Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

La Sirena

JOSE GIL ROMERO & GORETTI IRISARRI

LA SIRENA

«—Una mañana de 1810 —dijo mirando el vaso—, apareció, cerca de mi casa, una sirena varada en la playa. La encontró mi hermana, que entonces no llegaba a los cuatro años; yo acababa de pasar los diez».

Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

La sirena

Historias olvidadas - 1

ePub r1.0

Titivillus 14-03-2024

Título original: *La sirena*
Jose Gil Romero & Goretti Irisarri, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

La sirena

—Una mañana de 1810 —dijo mirando el vaso—, apareció, cerca de mi casa, una sirena varada en la playa.

Había conocido yo al caballero Hancourt algunos meses atrás, en una tabernucha que daba al río Lys —por motivos que no vienen al caso me había trasladado a vivir a Gante.

Las paredes de mi casa se me venían encima, apenas conocía a nadie en la ciudad y acostumbraba a dar largos paseos. Entré en aquella tasca como pude haber entrado en cualquier otra, en un intento de gastar el mucho tiempo de que disponía por las tardes. Adquirí así la costumbre de compartir barra con el viejo Hancourt en aquellas tardes frías de mis veinte años, sus ochenta; él en un extremo, yo en el otro, acodados los dos ante un vaso de vino.

—Apareció una mañana fría de enero —añadió—, entre la niebla.

Yo no tenía nada mejor que hacer hasta la hora de la cena y me levanté para sentarme a su lado.

Escuché la historia de la sirena de cabo a rabo. Fue tal la seguridad con que Hancourt narraba los acontecimientos que, por momentos, lo reconozco, llegué a dudar de que no fueran sino el fruto de una mente delirante.

Una mañana apareció una sirena, varada frente a la casa que teníamos en la playa. La encontró mi hermana, que entonces no llegaba a los cuatro años; yo acababa de pasar los diez.

Al principio pensamos que se trataba del cadáver de otro ahogado —de cuando en cuando aparecían los cuerpos sin vida de los contrabandistas—. Mas luego palidecimos: las olas de la orilla lamían aquella cola escamosa y brillante de agua, unida al cuerpo de una joven. Como es natural, salimos corriendo, espantados.

Cuando regresamos a la playa lo hicimos acompañados de mi

padre y de mi madre. Mi padre nos mantuvo a diez pasos y, tras vencer los temores primeros, se aproximó con cuidado hasta la sirena, armado de una caña. Convencido de que estaba muerta, le dio la vuelta al cuerpo; encontramos unos pechos que nos sobrecogieron, grandes y desnudos —yo jamás había visto desvestida a una mujer, ni siquiera mi madre—. También descubrimos unas feas heridas en el abdomen de la muchacha; sabíamos que mar adentro abundaban los marrajos y no nos costó imaginar que aquel sería sin duda el aspecto que tendrían sus mordeduras.

Fue entonces que la sirena entreabrió los ojos; mi padre, de la impresión, cayó hacia atrás. Aquella cosa estaba viva. Débil, muy débil, pero viva.

Hizo falta la ayuda de todos para trasladarla hasta nuestra hermosa casa, situada sobre un montículo a escasos cien metros de la orilla y desde donde se divisaba la playa.

El gran tamaño de la cola —habría de medir seis pies al menos — imposibilitaba que cupiese en ninguna cama. Apartamos los muebles del salón a fin de hacer sitio y allí mismo la tendimos, sobre una suerte de nido blando apañado con restos de hilado y mantas. Esta cola enorme estaba además descolorida, como enferma, y tan solo el rozar con las sábanas ya le hacía perder escamas; enseguida se le abrían raspones rosados que acabaron deviniendo en pequeñas llagas. Parecía sufrir mucho tras cada movimiento. La piel la tenía muy blanca y como tumefacta, pero, al resguardo de la casa, las mejillas fueron recobrando una cierta tersura.

Acabado el traslado, sobrevino el atardecer. Mi padre nos reunió a mi hermana y a mí a la puerta del hogar, cuidando que no llegara su voz hasta donde descansaba la sirena. Escuchamos atentamente, fue muy preciso en sus palabras:

—Es evidente que su intención no era salir del agua; ha llegado hasta la arena porque está herida, es el océano quien la ha traído hasta nosotros. Parece una muchacha pero quizás sea solo una apariencia: el mar es un mundo en sí mismo y tiene sus propias leyes. Sea como fuere, animal o mujer, somos buenos cristianos; no podemos desampararla y dejarla morir en el frío de la noche. La cuidaremos y le daremos calor hasta mañana. No bien haya

amanecido, me acercaré al pueblo y pondré el caso en conocimiento de las autoridades para que envíen a quien pueda hacerse cargo de ella. Hasta entonces, hija, hijo, evitaréis acercaros.

La criatura aún no había despertado, pero en ciertos momentos emitía algún sonido gutural y se revolvía, como si estuviera soñando.

Mi madre, que era una mujer recia —no en vano se había criado con nueve hermanos—, se atrevió a limpiar las heridas del abdomen de la sirena, y la liberó de algas y conchas, pues tenía muchas adheridas por todas partes.

—Ya me ocupo yo —dijo, y miró aceradamente a mi padre—, tú no la tocas más. —A lo que respondió él de mal humor:

—Como quieras, mujer.

Durante el proceso encontramos que el cuerpo de la sirena era hermoso; grandes y firmes los pechos, y delicado el torso y los brazos; la cara, bellísima aunque con unas maneras lejanamente salvajes; la nariz, respingona, y más bien carnosos los labios.

Una vez estuvo curada y vendada, mi madre la vistió con una camisa de mi padre, a fin de tapar aquellos pechos enormes que tanto llamaban la atención.

La sirena despertó violentamente, se puso a vomitar una mezcla oscura, de repugnante olor. Apestaba como apestan las entrañas del pescado. Quedó muy débil, pero pareció despabilarse un poco.

—Le ha sentado bien echarlo todo.

Recelaba mi familia, ella nos miraba guiñando los ojos, muy claros, pero rojizos.

Ay, aquellos ojos. No eran ojos de mujer, sino redondos, igualitos que los del jurel. Rojos como rubíes. Yo no tenía ni once años, pero caí rendidamente enamorado de ella. Jamás, jamás, se lo aseguro, he vuelto a sentir algo así por una mujer.

Después de devolver y ya más despierta, la mujer del mar se estremeció en ligeros temblores. Miraba en derredor, estupefacta, como si estuviera descubriendo el aire mismo y pasaba la mano lentamente por el vacío, recorriéndolo. La camisa se había empapado de aquella sustancia repugnante y olía, se le pegaba a los grandes pechos, transparentados a través de la tela mojada. Aquello le pareció impropio a mi madre; nos ordenó salir a los varones.

Mi padre daba vueltas por el pasillo y de vez en cuando

suspiraba largamente, lleno de preocupación; echaba humo la pipa. Yo me las arreglé para espiar a través de los entresijos de los tablones, y desde la habitación contigua me dediqué a observar lo que pasaba.

—Anda —dijo mi madre a mi hermana—, trae un paño y limpia el suelo; mira cómo se ha puesto todo.

Mi hermanita negó fuerte con la cabeza y se quedó mirando, agarrada al dintel.

La criatura miraba sus movimientos con ojos curiosos, todavía temerosa. Hacía unos extraños boqueos; no sé precisar si tuvieran alguna utilidad o eran simples tics.

—Qué tonta eres, no tienes que tenerle miedo —insistió mi madre a mi hermana—; es una criatura del Señor, como lo son los caballos y los perros.

No hubo forma; la niña negó otra vez y, a regañadientes, mi madre tuvo que fregar el mejunje de tripillas, sangre y agua de mar.

La sirena se pasó el tiempo distraída, mirando aquí y allá; los muebles, las cortinas, todo le resultaba llamativo. Tomaba entre sus manos los objetos y les daba vueltas, revisando cada detalle. Cada cosa de este mundo era para ella una novedad.

Sus uñas eran fortísimas, largas y de color negro. El cuerpo entero lo tenía cubierto de cicatrices, viejas heridas y rasguños de todo calibre. Desacostumbrada a estar en tierra firme, al aire, babeaba constantemente y era repugnante ver cómo devolvía los jugos a su boca, igual que si temiera deshacerse en ellos.

Cuando mi madre hubo acabado, la sirena extendió la mano para buscarla, tal que si fuera un poco ciega, y al hallarla le palpó el brazo, luego el rostro; y mi madre permitió que se hiciera un mapa de su cuerpo.

—¿No habías visto nunca una mujer? —Apuntó una sonrisa—. Tampoco nosotros habíamos visto algo como tú.

Jamás escuchamos palabras salir de la boca de la sirena. O no entendía nuestra lengua o no contaba con la humana capacidad del lenguaje. Aunque parecía estar dotada de inteligencia, tampoco dio signos de comprender el lenguaje de gestos.

En cuanto a las emociones que se desarrollaban a su alrededor, le provocaban interés, sí, pero probablemente obtenía el mismo grado de comprensión que si nosotros asistiésemos por un agujerito

a la vida de una de esas tribus del lejano Pacífico, cuyas costumbres, según han relatado los exploradores, resultan extravagantes.

La sirena también parecía algo sorda; si le hablabas no salía de aquel ensimismamiento a no ser que la tocaras en el hombro para llamar su atención. Era, sin embargo, sensible a las vibraciones, y cuando mi familia se movía por la casa, acariciaba el suelo de madera como si pudiera sentir los pasos.

—Estará muy sedienta —dijo mi madre—, tráeme un vaso de la cocina.

Mi hermana obedeció esta vez. Fue hasta la cocina con la cara gacha y trajo un vaso lleno de agua. Se lo dio a mi madre estirando mucho el brazo, temerosa aún de acercarse. Mi madre dio de beber a la sirena, y esto le produjo a la criatura una gran arcada, pero ya no le quedaba nada por expulsar.

—Dile a tu hermano que vaya a la orilla y me traiga un balde con agua.

Allá fuera, en el horizonte, del sol quedaba apenas una raya extinguiéndose. Todo lo demás era azul profundo resbalando en la oscuridad.

Al acercarme a la orilla estaba ya todo negro, no había manera de ver nada, pero recuerdo oír muchos graznidos; muchos y bastante desagradables, como de pájaros marinos, que venían de lejos, del océano mismo. No he vuelto a escuchar nada igual desde entonces.

Llené el cubo con agua de mar y con esfuerzo lo cargué cuesta arriba.

Cuando entré de nuevo en la casa me encontré una suerte de bucólica escena familiar. La sirena estaba tapada con una manta, sobresalía la cola larguísima por debajo; mi madre desenredaba su melena con un cepillo. Desde la puerta, en suspenso y ensimismados, observaban mi padre y mi hermana, como sobrecogidos dentro de una brumosa inquietud. La criatura emitía una especie de vibración grave; no se podía considerar exactamente un canto, era algo que estaba entre el sonido de cigarras frotando sus patas y el de una cuerda de violín sonando largamente; por debajo parecía escucharse un eco, el rumor de las olas cuando baten contra una roca.

Muchos años más tarde tuve ocasión de viajar; recorrí el ancho mundo más de una vez. En el desierto pude oír el *zaghareet* ululado por las mujeres bereberes; escuché a una anciana dublinesa tocar una armónica de cristal, hecha de leves platos de vidrio que giraban y se frotaban. Pero nada de esto era, ni con mucho, parecido al suave quejido que escuché aquella noche en boca de la sirena.

Mi hermanita miraba su propio pelo castaño, que era su orgullo y que mi madre cepillaba cien veces cada noche. Comparado con el largo cabello de aquella mujer venida de las aguas se le pareció al espantamoscas de una vaca.

Cuando la sirena vio el balde se arrojó sobre el cubo y bebió hundiendo la cara. Este agua salada es venenosa, vuelve locos a los hombres, pero a ella pareció revivirla: sus ojos ganaron luminosidad y se pusieron de un rojo vivo, recorrido el iris por una iridiscencia móvil.

La luz de las velas deslumbraba sus pupilas, mayores de lo normal, de manera que mi madre apagó las lámparas, dejando solo la lumbre de la chimenea. Aquello tuvo un efecto benéfico: la sirena dejó de guiñar los párpados como un topillo y nos contempló, manteniendo fija la mirada en cada uno. La iridiscencia aquella reflejaba las llamas, aunque más parecía una lumbre ella misma.

Teníamos costumbre de cenar poco y en silencio, pero, aquella noche, después de que mi padre agradeciera al Cielo el alimento, los comentarios de la cena estuvieron centrados en la sirena; la familia se hallaba presa de la excitación. Solo se mantuvo callada mi hermana pequeña, la timorata; solo ella no había cambiado el inicial temor por la curiosidad. Los demás, en cambio, nos habíamos volcado en una suerte de afán naturalista, como el de esos hombres de aire distraído que pasean capturando insectos o dibujando plantas en un cuaderno.

Hice una observación: los brazos de la sirena estaban cubiertos de cerdas gruesas, similares a plumas pequeñas, pero muy devastadas. Mi padre aventuró que quizá los hubiera tenido cubiertos de plumón en algún momento de su naturaleza.

Con los años, yo mismo confirmaría esta impresión de mi padre, pues llegué a oír muchas leyendas en que las sirenas ¡eran mujeres-pájaro!, y no mujeres-pez.

Mi padre habló a su familia de la mujer-salmón en los ríos y de

las nereidas de pies de pato, y también de un hada que gustaba de esconderse bajo la piel de una foca. Recordó una historia que le contara su abuela, acerca de una muchacha a la que maldijeron para que se convirtiese en pez y que solo salía en la noche del solsticio para amamantar a su bebé. También nos dijo que, cuando él era niño, un sacerdote le aseguraba que el viejo Noé llegó a meter sirenas en su arca, junto a los restantes animales.

Me consta ahora que todo aquello eran patrañas, pero, por contraste, allí estaba aquel ser; allí mismo, ante nosotros, pura realidad, empapando el salón con su fuerte olor a algas y pescado, con sus uñas negras y su cola desgastada.

—Mañana —aventuró mi padre, ensimismado— buscaré en el pueblo un gran barreño, para trasladarla.

Quedamos en silencio, nos encogió el corazón la posibilidad de entregarla tan rápido a otras gentes.

Aprovechando que el ánimo había decaído, mi padre nos mandó acostar. La hora de costumbre había sido sobrepasada hace rato y los Hancourt nos levantábamos con el sol.

—Falta saber si duerme —dijo mi madre mirando a la sirena.

—Los peces no duermen —musitó mi hermana—. Solo se quedan quietos con los ojos abiertos.

Obedecimos, como obedecíamos siempre. Nadie dijo mucho más y los dos hermanos nos retiramos al dormitorio. También mis padres se retiraron al suyo.

Me negaba a dormir.

Se acercó la medianoche. Había dejado la puerta entornada a fin de agudizar los oídos en el silencio, y que no se me escapase ningún sonido de la mujer-pez que descansaba allí abajo, tan cerca. De la oscuridad y la quietud me fueron llegando, sin embargo, imágenes sinuosas que se confundían con la entrada del primer sueño. Eran imágenes de mujeres resbaladizas, empapadas de sal y algas, y embelesado por estos pensamientos llegué a dormirme un rato.

Me sobresaltaron unos sonidos abajo, en el salón. Tan silencioso como pude, me dirigí a la escalera. Descalzo, bajé los escalones con cuidado, uno a uno, para que no se quejara la madera; y acabé por asomar a la puerta del salón.

La piel de la criatura parecía emitir cierta fluorescencia y brillaba literalmente, en un fulgor delicado. Había resbalado la

manta y mostraba aquellos dos pechos redondos, grandes como calabazas.

Era yo demasiado pequeño entonces, pero he barruntado mucho sobre cómo se reproduciría y si habría, en este sentido, afinidad con los humanos. Claramente era una hembra, lo que llevaba a preguntarse si aquella raza suya tendría también su oponente masculino, según quiso hacerlo el buen Dios con todas sus criaturas.

Era de esperar que la sirena desovara como lo hacen los peces. Pero había posibilidad de que no fuera así, pues un día me mostraron unos pescadores un cazón que, aprisionado en la red, se echó a parir criaturas. Son varias las especies marinas que ejercen esta imitación de mamífero; tengo entendido que ocurre con la raya, la manta, o el mismísimo tiburón. El reino marino es tan variado como quiso la imaginación del Creador.

La sirena ladeó la cabeza y una lágrima de color amarillo, iridiscente como su piel, le resbaló por la cara.

Entonces, acaso porque me pareciera una impudicia seguir mirando, me giré para subir las escaleras y volví hasta mi habitación sin querer volver la vista. Allí caí profundamente dormido.

No fue hasta que se hizo de día que, al levantarnos, descubrimos que la sirena no estaba. Un rastro como de baba recorría el suelo desde donde la habíamos dejado por la noche, y acababa en la puerta de la casa, que hallamos abierta.

Mezclado con este reguero espeso y pestilente iba otro rastro, oscuro pero igual de viscoso.

Fui yo mismo el que lo dijo enseguida: era sangre. La criatura se había ido, sí; el rastro de baba y sangre continuaba por la arena y se perdía en el mar, allá donde pertenecía.

Lo primero que pensamos fue que había ido a morir a las aguas y rezamos, pobres de nosotros, una oración por su alma, si es que tuvieran alma las sirenas.

Pero, entonces, mi madre dio la voz de alarma.

Faltaba mi hermana pequeña.

Nos volvimos locos de miedo. La buscamos; no estaba en su dormitorio y tampoco la hallamos en la cocina o bajo ninguna de las camas. Buscamos en los armarios y en la leñera, en la chimenea; buscamos por la playa, en las dunas, hasta alejarnos tanto que la

casa se convirtió en un puntito. Mi hermana no aparecía.

Cerca de la orilla encontramos finalmente unos jirones de su ropa, tintados de rojo. Gritó de dolor mi madre; cayó de rodillas sobre la arena, apretando la tela contra su pecho, clavando la mirada en el mar, como, si por un milagro, su hija fuera a aparecer de pronto entre las olas. Mi padre se quedó clavado ante la inmensidad azul. Y durante muchas, muchas horas estuvo allí, como perdido, aguardando el regreso de su hija.

Mi hermanita, mi querida hermana pequeña no apareció. Nunca jamás volvimos a verla. Primero enfermó de pena mi padre y acabó muriendo un año después. Luego mi madre, enseguida.

Fue un precio muy grande el que tuvimos que pagar. Tuvo que desaparecer mi hermana para que descubriéramos la horrible verdad. Aquellas mordeduras que llevaba el animal en el vientre no eran de tiburón, sino de otras sirenas, tan fieras como ella. No sé cuánto tiempo llevaría observándonos desde la orilla, planeando cómo llevarse a uno de nosotros para poder comérselo.



JOSE GIL ROMERO (Las Palmas de Gran Canaria, 1971) y GORETTI IRISARRI (Vigo, 1974) forman un tándem creativo desde hace más de veinte años. Tras licenciarse en Comunicación Audiovisual, crean un exitoso colectivo de cortometrajes, galardonados con más de cuarenta premios en diversos festivales. Tras esto vienen años de trabajo conjunto en el mundo del guion de cine, la ficción televisiva o la animación, donde desarrollan proyectos propios y ajenos.

En 2011 fundan con otros compañeros el colectivo editorial y revista *La Playa de Madrid* donde realizan crítica de literatura y cine, además de ediciones experimentales. José Gil Romero ha sido profesor de diseño, narrativa cinematográfica y teatro; Goretti Irisarri ha obtenido un DEA en Filosofía con una tesina sobre Poe y ha publicado artículos en diversas revistas culturales.

Actualmente se encuentran preparando dos proyectos para televisión: *Todos los muertos* y *Mercenario don Quijote*.

Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

Las Aventuras de



El señor Geppetto lleva una vida solitaria; bebe de más y trabaja limpiando los burros de la isla de los Juguetes, recogiendo las ropas de los niños desaparecidos. Una mañana, sin embargo, el señor Geppetto se descubre en el brazo algo que cambiará su existencia.

Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

Las aventuras de Geppetto

Historias olvidadas - 2

ePub r1.0

Titivillus 14-03-2024

Título original: *Las aventuras de Geppetto*
Jose Gil Romero & Goretti Irisarri, 2020
Ilustración de cubierta por Jose Gil Romero y Goretti Irisarri a partir de las imágenes: *Tilia Americana*. Ilustración de *A history of British forest-trees, indigenous and introduced*, Prideaux John Selby, 1842
Ilustración de *Le avventure di Pinocchio, storia di un burattino*, Carlo Collodi, Bemporad & figlio, Florencia 1902 (Ilustraciones de Carlo Chiostri, incisiones de A. Bongini)
Relación de imágenes: *Grillo*. Ilustración a partir de *Hippiscus tuberculatus*, página 142 de *American insects*, Vernon Lyman Kellogg, New York, H. Holt and Company, 1905
Hada. Ilustración por Goretti Irisarri a partir de la ilustración *Little Wildrose peeps down from the eagle's nest* de *The Crimson Fairy Book*, por Henry Justice Ford, Longmans, Green & Co, 1903

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

No cuente el final. Es el único que tenemos.

ALFRED HITCHCOCK en la promoción de *Psicosis*.

É pau, é pedra.
É o fim do caminho.
É um resto de toco.
É um pouco sozinho.

(Es palo, es piedra.
Es el fin del camino.
Es un resto de leña.
Está un poco solo).

TOM JOBIM, *Águas de Março*.

Qué otra cosa puede hacer ya una criatura fabulosa de leyenda.

DOLORES CAMPOS-HERRERO, *Breverías*.



Las aventuras de Geppetto

Nada más romper el alba, el señor Geppetto se despertó como cada mañana. Y como cada mañana necesitó de un buen rato para salir del camastro: dolían los riñones, la mitad de los huesos. Apenas había amanecido y ya hacía un calor terrible, la triste tela que cubría la paja de su cama estaba mojada en sudor.

El señor Geppetto se engañó el paladar con un café de achicoria y, para respirar un poco de aire, salió desnudo al porche de su cabaña. Clavó la mirada en el horizonte, achinando los ojos, y se rascó el trasero. Se extendía el páramo reseco ante él: nada que contemplar en varias leguas a la redonda, nadie con quien hablar.

Andaba refunfuñando cuando se llevó a la boca otro sorbo de aquel mejunje; en un ratito, como cada mañana, le serviría al menos para obligarle a hacer de vientre. Regresó al interior y derramó en la taza una buena cantidad de aguardiente.

Sintió un picor en el antebrazo y se rascó fuerte. Al mirarse descubrió la piel enrojecida y pensó que habían vuelto a picarle las chinches.

El señor Geppetto echó la mirada atrás de soslayo, a la soledad terrorífica de su cabaña, y se preguntó cómo habría sido aquella estancia de haberse casado; cómo habría cambiado su lamentable existencia si ahora jugara entre aquellas cuatro paredes un chavalillo de mejillas arreboladas y pelo negro, tal como él mismo había sido un día. Parecía, qué desgracia, que hiciera siglos de aquello, su infancia le quedaba tan lejos como la guerra contra los hombres azules o como aquella granizada de cristales que, tantísimo tiempo atrás, lo había arrasado todo.

Bebió un trago largo del mejunje con aguardiente.

Tras las paredes, aleccionándole, sonó la voz chillona del grillo que vivía en su casa:

—Ah, debiste haber encontrado una mujer, infeliz. Debiste crear una familia.

—Calla, grillo maldito —masculló el señor Geppetto. Y escupió un lapo largo y flemoso.

Resonaba el ruidito seco de las alpargatas arrastrando tierra a lo largo del camino. Geppetto caminaba a su modo, algo encorvado hacia adelante y ceñudo, con la mirada clavada en el suelo. Los años le habían convertido en un hombre de pocas palabras, pero pensaba mucho, mucho, y de cuando en cuando hablaba solo porque se le escapaba algún pensamiento.

—Condenadas chinches —musitó.

Y enseguida, como si le respondiera, exclamó una voz lastimera, muy cerca:

—¿Hola?, ¿hay alguien? ¡Por favor, ayúdeme!

Geppetto miró en derredor. Nadie había por ninguna parte, solo el terreno pedregoso del páramo, llano e infinito.

—¡Quién es! —dijo—. ¡Quién ha hablado!

—¡Soy yo! —respondió la voz infantil—. Aquí, en el suelo.

Geppetto tuvo miedo de acercarse; dio uno, dos pasos, hacia el tronco reseco tirado en el suelo de tierra, y añadió la voz:

—¡Soy yo!, ¡soy el tronco de madera!

Geppetto creyó quedarse sin respiración. El pedazo de tronco que yacía a sus pies se revolvió para encararle, lleno de vida, pero él ya estaba lejos, muy lejos, huyendo sin mirar atrás.

—¡No me dejes aquí! —gritaba la vocecilla—. ¡Por favor, no me dejes aquí!

El señor Geppetto acercó sus huesos doloridos hasta la vera del río y montó en la barcaza que conducía hasta la isla. El calor había levantado una nube de neblina sobre el agua.

—Mal día hoy para trabajar, ¿eh? —comentó el barquero mientras se secaba el sudor de la frente con el antebrazo.

Geppetto respondió con una mueca de las suyas, arqueadas las comisuras hacia abajo en un gesto eterno de cabreo.

—¿Algún día es bueno? —replicó. Luego refunfuñó con un gruñido y ya no hablaron más.

Al llegar a la isla vecina, el señor Geppetto advirtió las ruedas del carromato: conducían hasta la ciudad de los Juguetes. El surco era profundo, señal inequívoca de que el carro, pesadísimo, había llegado cargado de niños la noche anterior. Geppetto suspiró largamente,

como quien ha de enfrentarse a un reto imposible, hizo acopio de fuerzas y continuó camino.

Ya cerca de la ciudad podían escucharse en la distancia los rebuznos, a cientos, a miles. Al cruzar el portón de entrada de la villa encontró las callejuelas atestadas de burros que iban y venían dando coces, sorprendidos, asustados, y rebuznaban y rebuznaban, pidiendo auxilio.

—¡Cierra! —le gritó el jefe.

Y Geppetto obedeció. Trancó el portalón a su espalda para que ninguno de aquellos burros pudiera escapar.

—Ocúpate de las ropas —le dijo el jefe—. Después los limpias y los dejas presentables, que luego van a venir unos caballeros que quieren comprar una buena cantidad de ellos.

Nadie que hubiera contemplado la noche anterior a aquel hombrecillo regordete, de boca pequeña y voz celestial, hubiera adivinado en él al patrón inmisericorde y cruel que era hoy.

—¿No queríais diversión, queridos? —le iba diciendo el jefe a los burros, mientras a su paso les daba fustazos—. Ahora os divertiréis.

Advirtió que Geppetto agachaba la cara por no ver cómo les pegaba.

—¿Te molesta que les pegue? —preguntó.

Y Geppetto, que era un hombre de temperamento, se obligaba a agachar las orejas si se trataba de su jefe.

—No, señor.

—Si te ofende ver cómo le arranco la piel a estos burros estúpidos, no tienes más que agarrar la puerta e irte, ¿comprendes? Eres tú tan burro como ellos, y cualquier otro valdría para ocupar tu puesto.

Apenas se advertía la voz apagada del señor Geppetto.

—Sí, señor.

Y el señor Geppetto, con la cabeza gacha, se acercó hasta el gran salón en donde la noche anterior habían dormido los niños. Al abrir la puerta encontró los cientos de ropitas alfombrando el suelo; y fue poco a poco recogiendo los pantalones pequeños, las camisas y los zapatos, las chaquetillas. Fue haciendo una montaña con ella y cuando ya tenía el salón despejado, por fin, fue haciendo fardos, según costumbre, que luego su jefe vendería al otro lado del mundo.

Al acabar esta tarea, a Geppetto le dolían hasta los sabañones. Echó mano a la petaca que llevaba consigo en el bolsillo de atrás, y se echó al gañote un buen trago de aguardiente.

Advirtió que el picor se había transformado en un dolor creciente. Al mirarse descubrió un callo enrojecido que le cubría medio antebrazo.

—Me ha salido una cosa aquí —le dijo a su jefe—. Tiene mal aspecto y me tiene preocupado, ¿puedo ir al médico?

—¿Has limpiado los burros?

—Todavía no.

—Termina tu trabajo, pedazo de membrillo, haz lo que te he dicho.

Con un pedazo de tela vieja, Geppetto improvisó una venda alrededor del antebrazo y se aplicó en cepillar, uno a uno, a los veinticuatro burros, para que cuando llegaran los gentileshombres los encontraran peinados y lustrosos. A esas horas de la tarde ya no rebuznaban los niños transformados en bestias, sino que lloraban con los hocicos agachados, en silencio, y les caían los lagrimones por las caras largas. Y cuando el señor Geppetto encontraba a uno que lloraba, con el corazón encogido le acariciaba el lomo mientras iba cepillándolo.

—No tengas miedo… —le decía al burrito por lo bajo—. No tengas miedo…

El regreso a casa ocurrió como cada día, solo que hoy Geppetto dio un rodeo para no tropezarse con el tronco que hablaba.

Estaba ya cerca la noche cuando el mozo de mulas llegó a casa; jugaba con las cinco monedas que llevaba en el bolsillo, *tintintintin*, paga calentita que le había dado el jefe, por su trabajo.

Allí le esperaba la soledad de su saloncito, el silencio, las sombras que decoraban su casa y que él conocía al dedillo. «Bien —se decía; y este era un argumento que solía usar a menudo—, estoy solo, es cierto, pero al menos tengo mi libertad. Y eso no hay quien me lo quite».

Se entrelazaban los últimos rayos de luz, anaranjados, con el ramaje del olivo que allí crecía, tan cerca de su cabaña que las raíces habían acabado por afectar la fachada. Geppetto se pasó la mano por la lengua y, para adecentarse un poco, se planchó el pelo encrespado. Encaminó los pasos hasta el pie del árbol, donde se advertía un madero clavado en la tierra. Labrado en letras de molde podía leerse un nombre, acompañado de la fecha del fallecimiento.

Geppetto se paró allí, ante la tumba y tragó saliva.

—Hola, padre —dijo agachando la cara.

La brisa sacudió las hojas del árbol, por encima de su cabeza; después, todo quedó en un pesaroso silencio.

—Un día más y aquí estoy. Esta mañana me he levantado con un sarpullido en el brazo; es la única cosa que me ha pasado, así como para contar; todo lo demás ha venido siendo como siempre, más o menos. Ah sí, he escuchado al grillo, el maldito grillo, que volvía a reprocharme no haber encontrado una mujer ni tenido hijos. ¿Y qué

culpa tengo yo, padre, si nunca tuve suerte con las mujeres? Quizás es que no supe escoger a la adecuada, ¿no lo creéis vos? O a lo mejor es que no encontré ninguna que me quisiera.

Llegó desde la casa la vocecilla chillona del grillo:

—¡Nunca quisiste tener hijos!

—¡Déjame en paz —replicó Geppetto—, que hable tranquilo con mi padre!

Volvió a encarar la tumba y se encogió de hombros.

—No tengo mucho más que contaros; la isla recibe a diario la visita de niños y más niños; cada vez hay más burros. Un día no cabrán tantos burros en la isla. Yo sigo como siempre, recojo sus ropitas, los cepillo y les relleno de alfalfa los pesebres, los tengo cuidados.

Hizo una pausa, como quien no se atreve a decir algo, y luego, por fin musitó:

—Quería que supierais que me acuerdo de vos todos los días. Que os echo mucho de menos.

Se arrodilló para tocar la tierra con la mano.

—Buenas noches, padre, que descanséis. Me voy para adentro, mañana será otro día.

El señor Geppetto entró en su casita de techos destartalados; en las paredes había tantas grietas que, en las noches de invierno, la cabaña se moría de frío. Echó dos maderos al fuego de la chimenea y cuando la estancia se llenó de luz advirtió por el rabillo del ojo el estuche de su padre, allá en una esquina de la antigua mesa de trabajo. Al abrirlo le vinieron a la mente escenas olvidadas de su infancia, cuando contemplaba al viejo trabajando de noche. Allí, en aquel estuche, envejecían los buriles, el martillo, los punzones adornados con puntas de diferente calibre.

—Debiste hacerte carpintero, como tu padre —dijo la voz del grillo tras una pared.

Y estaba a punto el hombre de sacarse la alpargata para liarse a zapatazos con él, cuando reparó en la mancha que cubría su antebrazo. Estaba peor; se había convertido en una costra rojiza, aquel callo que parecía nacer en el meñique y que ahora llegaba hasta el codo.

Geppetto tembló de terror. Acercó el brazo a la luz de las llamas y se frotó como si pudiera despegarse aquella segunda piel; se frotó sudoroso y asustado, y se echó agua, pensando acaso que si se lavaba desaparecería la costra.

Pero no se iba, no, y picaba, la condenada. El hombre agarró la botella que descansaba encima de la chimenea, mordió el corcho, lo

escupió y se metió entre pecho y espalda uno, dos, tres tragos largos, que le dejaron sin respiración.

—¿En qué parte se torció tu camino, infeliz —dijo el grillo—, para terminar como has terminado?

Geppetto lanzó la botella contra una de las paredes y la hizo reventar en un estallido de aguardiente y cristales.

—¡Cállate, pedazo de cabrón! —gritó—. ¡Cállate!

Bajo una gruesa capa de polvo y grasa había redomas y cazos, morteros con viejas escorias. La habitación estaba atestada de torres de matraces montados unos sobre otros, y en cada uno se descomponía una repugnancia que dejaba caer en el matraz inferior sus jugos lixiviados. Abajo lo recogía todo un alambique.

—Cincuenta y uno… —Tras las gafitas amarillas, el doctor Búho se concentraba sobre un pequeñísimo crisol de barro, echando gotitas—. Cincuenta y dos… Esto es rojo, ¿no es así? Habréis leído sobre la *Melancolía*.

—Pues el caso es que yo… —respondió Geppetto, incómodo, sin atreverse a introducir el tema de su brazo.

—Yo sufro de esa terrible enfermedad; debida sin duda a un exceso de bilis negra —dijo el médico—. Es por ello que llevo años tras el elixir filosofal; solo eso ha devolverme la alegría. ¿Vos cómo me veis de la bilis, así, desde fuera?

—No sabría deciros. Doctor, yo había venido…

Ante los decepcionados ojos del Búho, una capa aceitosa ascendió en la mezcla y tomó un inequívoco tono encendido.

—¡Rojo! ¡No! No, esto es un fracaso completo, ¡mirad, no es un *corpus* púrpura, sino rojizo!

El médico se sentó en un taburete, desfondado mientras una lagrimilla le resbalaba entre las afiladas cerdas canosas de su barba.

—Disculpad. Son tantos meses de trabajo en vano… —gimió—. Perdonadme un momentín.

Y con un cuentagotas se recogió la humedad del lacrimal. Después, la guardó en un frasquito y puso la fecha.

Geppetto se acercó al fin y extendió el brazo malo.

—Ayer me apareció esto, doctor.

Aquello despertó la curiosidad del Búho, que, ajustándose las gafitas, examinó el brazo de Geppetto. A continuación probó distintas tenazas, golpeando el callo como si usara un diapasón.

—¿Habéis perdido movilidad? —preguntó aplicando el oído. Tan de cerca, el doctor olía como huelen los armarios cerrados durante años.

—¿Movilidad? Un poco.

—¿Os duele?

—A decir verdad, doctor, pica más que duele.

—Curioso —decía el médico, muy interesado—. Sí, muy curioso.

Alzó su grueso cuello y, tras las gafitas amarillas, le miró con fijeza y señaló la costra que cubría el antebrazo de Geppetto.

—Es madera —dijo.

A Geppetto le subió una angustia desde el estómago.

—¿Madera?

—¿Por qué os empeñáis en repetir lo que digo? Es madera y de la mejor calidad, debo decir.

—¡Pero es mi brazo!, ¡no puede haber madera ahí!

—No veo que haya enfermedad por ninguna parte, amigo mío. Parece estar perfectamente sana; ni carcoma, ni hongos, ni xilófagos.

—¡Pero es mi brazo, quiero que vuelva a ser como antes!

—¿Madera que se transforma en carne y hueso? Lo veo del todo imposible, me temo. Voy a rasparos un poco, si no os importa; para el elixir que os decía. Pueden venirme bien unas virutas.

Al salir de la consulta del doctor Búho, Geppetto iba como mareado, estaba pálido. Creyó que no sería capaz de tenerse en pie y tomó asiento allí mismo, en los escalones que subían hasta una de las casitas, con la mirada perdida en ninguna parte. Se tapaba el antebrazo afectado con la mano, pero en seguida la retiró, no fuera a ser contagioso y se le extendiera al otro brazo.

Se le venían a la cabeza imágenes espantosas, convertidos en realidad sus más íntimos miedos.

—Es imposible —musitó.

Unos ladridos le distrajeron: un perrito que corría cuesta abajo tiró la mesa donde el mantequero había dispuesto la lechera. Lejos de huir, el animalillo se quedó dando saltos alrededor de la leche derramada, dándole lametones.

—Pero tendrá caradura, el bicho asqueroso —gritaba el mantequero, y se echó a darle palos con el mango de la escoba—. ¡A ver!, ¿es de alguien este perro?

Iba a intervenir Geppetto, solo que quedó en silencio y no se movió. Le dio miedo tener que hacerse cargo del animalillo.

—Por todos los diablos —murmuró. ¿Qué haría él con un animal?; no era hombre de cuidar a nadie. «Un perro es mucha responsabilidad —se dijo—. Además, ¿cómo podría yo mantenerlo, si no tengo un real?».

Este suceso se había ido fraguando mientras en la cabeza de Geppetto salía a la superficie un recuerdo que llevaba años dormido. Lo había decidido, sí, estaba seguro de no tener otra salida; por muy

difícil que le resultara, ¡tan inaccesible como fuera, e imposible e infactible e inalcanzable!

Geppetto avanzó calle abajo, en dirección a la salida del pueblo.

Al fondo, allá en lo alto de la colina, se divisaba el viejo Asilo para dementes y menesterosos. El señor Geppetto encaminaba sus paso hacia el edificio destartalado, convencido ya de que aquella era la única solución para su enfermedad.

La monjita era una mujer entrada en carnes y, al caminar, se bamboleaban hacia los lados las alas de la cofia enorme que le cubría la cabeza. Geppetto advirtió que iba descalza y que no parecía afectarle ir pisando la podredumbre que encharcaba las viejas baldosas del asilo, una mezcla infame de polvo y secreciones humanas.

—El pobre no recibe visitas desde hace años —dijo la monja—, se va a sorprender mucho, desde luego.

Geppetto la seguía sin decir palabra, temeroso de levantar la cara y encontrar los ojos de los allí acogidos; recorrían sin rumbo aquellos pasillos las prostitutas retiradas, los imbéciles babeantes y los locos de atar, indigentes sin un mal sitio donde caerse muertos. Las paredes estaban atestadas de desconchones, pero los altos ventanales impresionaban, con sus cristales opacados por el viento terroso que sacudía el exterior. Todavía se encontró Geppetto, desperdigadas aquí y allá, algunas de las sillas que su padre el carpintero había labrado cuando inauguraron el edificio, mucho tiempo atrás.

La monjita le condujo hasta una sala amplia, circular, situada en una de las esquinas del complejo, donde los asilados jugaban a cartas o se pasaban el día apoltronados mirando el techo. Señaló hacia una de las esquinas, donde un anciano, sentado en una silla de ruedas, contemplaba el exterior a través de un ventanal.

—Allí lo tiene.

—Gracias, hermana.

La mujer volvió por donde habían venido y le dejó solo. Geppetto tuvo la tentación de retroceder para no volver nunca, pero, aferrándose al antebrazo enfermo, hizo acopio de fuerzas y, pasito a pasito, fue acercándose al viejo.

Cuando estuvo ya a su lado, Geppetto observó que, a través del cristal, se divisaba el pueblo al pie de la colina, y al fondo las montañas negras, pero antes, como un puntito en medio del páramo, si uno se fijaba bien podía distinguirse su vieja cabaña.

El viejecillo advirtió su presencia, extrañado de ver en la sala a un desconocido. Geppetto trató de sonreír pero se lo impidió algo en el fondo de las tripas y se mantuvo serio. En su interlocutor encontró

blancos los pelos que habían sido rojos, y ralos en lo alto de la cabeza, a causa de la tiña; el bigote deslavazado; la mirada, que antaño había sido viva y acerada, lucía hoy triste.

—Hola, Zorro —le dijo.

Y el señor Zorro, que no le había conocido a primera vista, se quedó muy sorprendido y exclamó:

—Dios bendito, Pinocchio, te has hecho un hombre.

El hombre agarró una silla despintada por el sol y la atrajo hacia la ventana; tomó asiento junto al Zorro.

—Ya nadie me llama así —replicó.

—Es tu nombre.

—Todos me conocen por el apellido —dijo el señor Geppetto.

Observó la pata del pantalón del señor Zorro, anudada a la altura de la rodilla, ocultando el muñón.

—¿Y el gato? Antes ibais siempre juntos.

—Lo último que supe de él es que pedía limosna a la puerta del Cangrejo Rojo; pero creo que estaba más tarumba que nunca, y eso que nunca tuvo la cabeza muy buena que digamos. ¿Y tú, Pinocchio?, ¡cuánto tiempo!, ¿qué es de tu vida?

Pinocchio Geppetto se encogió de hombros; hablaba mirando hacia el ventanal, pues la mirada del viejo Zorro le recordaba a la suya propia, que también había envejecido, y le daba reparo enfrentarla.

—No gran cosa. Vivo en la antigua casa de mi padre, en el páramo.

—Te hiciste carpintero, como él.

—No —respondió Pinocchio, y agachó la cara; evitó decir que ahora trabajaba de mozo de mulas en la isla de los Juguetes.

El zorro adelantó el cuerpo, como quien comparte una confidencia. Al sonreír dejaba ver los huecos en la dentadura amarillenta.

—Contigo hizo un buen trabajo, Geppetto el viejo, ¿eh?

En respuesta, Pinocchio Geppetto se arremangó el antebrazo y exhibió la costra de madera que ocupaba ya parte de su mano y alcanzaba el hombro. El Zorro se quedó contemplando aquello un instante, admirado del prodigio; luego, musitó:

—Estás convirtiéndote en madera otra vez.

Pinocchio tragó saliva y se echó hacia atrás en la silla.

El Zorro le daba vueltas a la cosa.

—¿Un castigo del Hada, quizás? Algo habrás hecho, compañero.

—No he hecho nada —replicó Pinocchio Geppetto—. No hago otra cosa más que trabajar, mi vida es una condenada mierda.

Pero según el Zorro había insinuado aquello, la duda, siempre dispuesta a servirnos un par de cucharones, hirvió en el fondo del estómago de Pinocchio, como diciendo: «Aquí estoy». El hombre se

devanaba los sesos cuestionándose a sí mismo: a saber qué habría hecho, qué mal le habría ocasionado a alguien.

El zorro oyó también los borbotones y se sonrió.

—Pregúntale entonces a ella, que sabrá la explicación.

—Por eso he venido, Zorro. Hace mucho que olvidé dónde encontrar al Hada, desde que me convertí en niño. Tú, en cambio…, lo sabes todo de todo el mundo.

Sonrió el viejo. Se sacó un mondadientes del bolsillo de la raída chaqueta y se hurgó con él en la boca.

—Has venido a pedir mi ayuda.

—Así es.

—La última vez no quisiste compartir tus monedas conmigo.

—¿Me habría cansado de que me las robarais? Vamos, Zorro. Dime dónde puedo encontrar al Hada y haz algo bueno al final de tus días.

Acabó de hurgarse el viejo pellejo y le miró, sonriendo todavía.

—Puedo indicarte dónde está la casa del Hada. Pero tendrás que sacarme de aquí y llevarme contigo.

Todavía no se había vuelto hacia él Pinocchio Geppetto; contemplaba aquel puntito lejano en medio del páramo, su vieja y destartalada casita, cavilando si aceptaba la propuesta del viejo truhán o lo lanzaba a través del ventanal.

Suspiró el Zorro. Con los años habían decaído los párpados y le daban un aspecto perpetuo de lejana tristeza. Era de admirar, la lástima que producía su voz aguardentosa, apagada.

—Compañero, no me queda mucho de vida, no hay más que verme. Sácame de aquí, Pinocchio, por lo que más quieras. No me dejes morir en este asilo viejo y olvidado.

No es lo mismo caminar cargando el propio peso que ir arrastrando el propio y el ajeno. En esto debía andar cavilando Pinocchio, mientras tiraba de las parihuelas que transportaban al Zorro. Poca cosa había cambiado el canalla tras largos años; seguía siendo el mismo haragán aprovechado, y mientras el hijo del carpintero rebufaba en el esfuerzo, el Zorro iba trasegando, una a una, las uvas del racimo que sujetaba en alto, igual que un emperador romano.

—Qué más quisiera yo, muchacho, que ir a tu lado, pasito a pasito, con mis piernas, que ir aquí, reclinado y tullido. Yo tiraría de ti si otro fuera el caso.

—Si lo fuera, Zorro, pero como el caso es este, maldito, al final soy yo quien tira.

Le maravillaba al Zorro estar de nuevo en el exterior, a campo abierto, y, tras tantos años en el asilo, cada detalle de la naturaleza le llenaba de regocijo; aquellas plantas, aquellas abejas, el fulgor de los

mil brillos sobre la superficie del río.

—Qué bárbaro —decía—, el mundo es un lugar hermoso.

Y Pinocchio Geppetto, que no tenía ojos sino para mirar por donde avanzaba, refunfuñaba por lo bajo.

—El mundo es un estercolero —dijo. Y luego, viendo por dónde le estaba conduciendo el Zorro, añadió—: Por aquí se llega al bosque.

—Ahí es adonde vamos.

—No recordaba que el Hada viviera en el bosque.

—Eso dijiste —respondió el Zorro—, que nada recordabas. Deja que los que sabemos marquemos el camino y no seas tan protestón.

Y el hombre tuvo que tragarse el mal humor y tirar y tirar, mientras el Zorro acababa con el racimo de uvas.

Algo tenía inquieto a la alimaña, sin embargo; nada más abandonar el Asilo para dementes y Menesterosos le había parecido escuchar un sonido que solo un oído entrenado como el suyo podía percibir: el tintineo fino, finísimo, de las monedas en el bolsillo de Pinocchio.

—Ah —dijo el viejo canalla—, hay habilidades que nunca se olvidan.

—De qué hablas.

—Dime, Pinocchio, ¿recuerdas el Campo de los Milagros? Todavía podemos acercarnos y que plantes allí esas monedas, para que den fruto y renazcan dos mil.

Pinocchio se llevó la mano al bolsillo de manera instintiva, por asegurarse de que seguían allí las monedas, y solo respiró tranquilo tras sentirlas en el pantalón.

—¿Al Campo de los Milagros, miserable, donde el Gato y tú me engañasteis para robarme aquellas cuatro monedas?

—Qué cosas dices, compañero —dijo el Zorro, fingiéndose ofendido mientras se chupaba los dedos—. Cómo podría yo pensar siquiera en engañarte, ¿acaso no somos amigos?

La última vez que habían estado juntos, Pinocchio Geppetto era todavía un muñeco de madera. Tirando ahora de las parihuelas donde iba acomodado el Zorro, al hombre le pareció escuchar aquel característico sonido de sus articulaciones, que le delataba allá donde iba, *clac claclac clac claclac*… Tenía muy presente aquella sensación de cuerpo agarrotado, poco flexible, y recordaba que, nada más transformarse en niño, le costó algunas semanas acostumbrarse a la laxitud de la carne y los músculos, a no tener que caminar con aquellos ridículos saltitos que, siendo de rígida madera, hacían más fácil su desplazamiento. Mucho le habían sorprendido sus primeras reacciones fisiológicas, como el orinar o defecar, pero no había que ir

tan lejos: al niño Pinocchio le maravilló sentir las lágrimas surcando sus mejillas, la primera vez que lloró; o el simple hecho de comprobar cómo, después de dos semanas, habían crecido sus uñas, hechos estos insólitos mientras había sido muñeco.

Ahora volvía a sentir en el brazo aquella rigidez característica, que reaparecía como ciertos sentimientos que uno quiso hundir en el olvido y reflotan en medio de una pesadilla, pero que en este caso era real, muy real. Costaba articular el brazo afectado, y Pinocchio Geppetto advertía con toda claridad la presencia en el codo de aquella pieza de madera que había salido como por ensalmo para unir su brazo y su antebrazo. Varios dedos de la mano eran ya de madera, creados cada uno a partir de dos piececitas de pino unidas por alambre, desaparecidos ya la carne y los huesos. Y si de algo servía esta contemplación asombrada de sí mismo era para darle fuerzas y seguir y seguir tirando de las condenadas parihuelas, en pos del Hada.

—¿Seguro que es por aquí, Zorro?

—Seguro, seguro, sigue recto hasta aquel olmo y allí doblas a la derecha.

Pero, entonces, el señor Pinocchio Geppetto advirtió algo en medio de una arboleda.

Dejó al Zorro en las parihuelas y fue acercándose con prevención.

Había reconocido el carromato, a pesar de que estaba renegrido; un incendio había acabado con él para convertirlo en una estructura chamuscada. Todavía podían leerse los brochazos que adornaban el lateral: «GRAN TEATRO DE TÍTERES».

Vislumbró el interior a través de las maderas y los hierros y acertó a ver las marionetas, negras por el fuego, amontonadas unas sobre otras y muertas. Lo sintió por ellas, él, que antaño había sido un muñeco de madera, y apretó los dientes para no dejar escapar una lágrima.

Distanciado unos metros más allá, dijo el Zorro desde las parihuelas:

—Pinocchio. —Y señaló hacia un árbol cercano.

Pinocchio descubrió el enorme esqueleto, vestido con los grandes ropajes y sentado, con la espalda apoyada contra el árbol. Sobre la calavera aún quedaba la antigua barba, negrísima, y tan larga que llegaba al suelo. Habían desaparecido, claro es, aquellos ojos que recordaban a dos farolillos de vidrio rojo.

—Señor Tragafuego —musitó en un hilo de voz.

A un pastorcillo que pasaba por allí le preguntó:

—Muchacho, ¿qué fue lo que pasó aquí?

—Ah, el carro del maestro de títeres. Hace años un malvado le

pegó fuego ahí mismo, cuando estaban todos dormidos. Solo se salvó el señor Tragafuego, que pasaba la noche al raso.

El señor Pinocchio se quedó mirando el esqueleto vestido.

—¿Qué le ocurrió a él?

—Tenía tanta pena por lo que le había pasado a sus marionetas que se apoyó ahí, donde le veis, señor, y se dejó morir de pena, poco a poco. ¿Lo conocisteis?

Pinocchio asintió sin decir nada, le dio las gracias al chiquillo y volvió donde el carromato.

Hurgó en el interior hasta que encontró una pala y con ella se distanció unos pasos. En un lugar que juzgó discreto comenzó a cavar siete tumbas pequeñitas, para los muñecos, y una enorme, para su viejo amigo el señor Tragafuego.

El Zorro se impacientaba, sentado en las parihuelas.

—Se nos va a hacer tarde, Pinocchio.

Pero el hombre nada respondió. Cavaba y cavaba, entre resoplidos, sudando.

Todavía le parecía escuchar el vozarrón del maestro de marionetas: «Ahí tienes cinco monedas de oro —le había dicho, poniéndoselas en la mano—. Ve corriendo a llevárselas a tu padre y salúdalo de mi parte». Aún tuvo la impresión el señor Pinocchio de que, allá donde estuviera ahora, se emocionaba el amigo Tragafuego y estornudaba. «¡Aa-chís!»

—Salud —replicó el Zorro pensando que había sido Pinocchio.

Era casi de noche cuando acabó la última de las tumbas; había enterrado ya a las marionetas, y marcado cada lugar con una madera renegrida que había sacado del propio carro.

Tomó después, entre sus brazos y con delicadeza, el esqueleto vestido del señor Tragafuego y lo llevó hasta la tumba. Allí lo depositó despacito, igual que si entregara algo muy valioso.

Sin que el señor Zorro lo advirtiera, Pinocchio dejó dentro, también, las cinco monedas que le había pagado su jefe el día anterior.

—Gracias por haber sido bueno conmigo, señor Tragafuego —dijo en un murmullo.

Y llorando en la penumbra, acabó de enterrar al maestro de marionetas.

Nada más entrar en la villa le llamaron la atención las margaritas de aquella mesa de fantasía: con los pétalos blancos asemejaban un pastel de nata; entre todas las rosas, por su parte, dibujaban un asado de pavo, con sus dos muslos y su rostizado…, y así, imitada con cientos de flores, se había creado una perfecta mesa de banquete.

Pinocchio Geppetto caminaba asombrado. Había oído hablar de ellas, eran conocidas hasta el otro lado de las montañas, pero nunca había tenido el placer de ver las famosas alfombras de flores de la gente del Valle.

—Por sus muertos —exclamó una señora—, ¡cuidado!

El señor Geppetto había doblado un pétalo de *botón de oro*, de los que imitaban una enorme yema de huevo pasado por agua, cuya cáscara era abierta por una cucharita azul construida con nomeolvides.

—Dos días y dos noches nos ha costado hacer este arreglo, señor —masculló la mujer, furiosa—. Y aún nos lo vais a estropear antes de que lo vea el señor funcionario.

La mujer iba ya a encenderse contra los extranjeros cuando Pinocchio Geppetto fue salvado por el alboroto del fondo, donde el pueblo entero, entre vítores y aplausos, estaba recibiendo al dignatario.

Acababa de descender de su litera, sostenida en peso por cuatro sirvientes que sudaban a chorro, enfundados en su levita. El funcionario saludaba con la mano al gentío, mientras tocaba la banda del pueblo. Su alto sombrero de laca negra despertaba murmullos de admiración; el resto del atuendo provocó también asombro, sobre todo entre las señoras: los pantalones eran anchos, de lino tintado; y una mediacapa de las que estaban de moda en la corte caía descuidada sobre un hombro. En el cuello, completaba aquel aire oriental un pañuelo en tonos albaricoque, con un estampado de crisantemos.

El más asombrado era Pinocchio, sin embargo, que lo había conocido tan distinto en otros tiempos: vestido con toga. Solo de ver otra vez al señor Mono, le dio un vuelco el fondo del pecho.

Acudieron a recibir al dignatario las fuerzas vivas del pueblo; el alcalde, su esposa, el cura, el médico, el boticario, y estrechaban su mano con mucha reverencia.

—¿El banquete en mi honor —dijo el Mono— será antes o después de los pedidores?

—Después —respondió el alcalde.

El funcionario suspiró ante tanto trabajo: se había formado ya la cola de los pedidores, y era larguísima.

—Bueno, qué se le va a hacer. —Y añadió con aire displicente—: Pues que vayan pasando, vamos.

El alto funcionario tomó asiento en una mesa a la que se le había añadido un toldo con borlas, para que no tuviera que estar al sol, y bebió vaso y medio de la limonada que le servía una guapa moza; a aquella hora apretaba el calor. Uno a uno fueron acercándose los

pedidores. Tenían cierto despiste respecto del protocolo a seguir con el señor Mono: había quien le besaba en el anillo o quien se cuadraba ante él como en el ejército, pero a todos les hacía temblar una misma ansiedad.

—Encantado, encantado —decía él—. Hable, cuál es su caso, diga qué quiere.

El hombrecillo, *¡clinc!*, depositó una moneda de oro en el cuenco funcionarial, que le daba derecho a solicitar venia.

—Me llamo Vicenzzo, señoría, y soy herrero, pero he sufrido un ataque de artrosis y se me ha quedado impedida la mano. Necesitaría que se me sufragaran los gastos y obtener una indemnización por enfermedad.

Escuchó el Mono con atención e hizo un gesto indolente.

—Que le corten la mano —dijo.

El pueblo entero estalló en una ovación y dos guardias se llevaron al infeliz para cumplir la orden.

Le tocó el turno a una mujer, que tras depositar su correspondiente pago, pidió con mucho respeto cierta cantidad para montar un negocio, con todos los gastos y beneficios bien detallados.

—Diez latigazos —dijo el Mono.

Otra ovación del público enfervorecido y se llevaron a la mujer.

Así fue avanzando la cola ante el funcionario. Unos le contaban desgracias sin fin que incluían enfermedades propias y ajenas, ancianidad, ruina, catástrofes, una vida de empeños frustrados. Otros le explicaban complejos argumentos de obras de teatro, ideas para pinturas y poemas que querían llegar a crear si el Estado tenía a bien sufragarles. Sobre esos y aquellos el funcionario ordenaba que se cortaran orejas o narices, que se les apaleara, que le hicieran caminar de rodillas durante toda la jornada… Y todos, todos estos pagaban su moneda de oro antes de poder hablar.

Llegado cierto momento se detuvo ante el Mono un caballero gordo, de bigotito delicado y piel sonrosada, que depositó una moneda de cobre.

—Nada me falta, tengo de todo —dijo el señor Cerdo—, pero quiero más porque no me contento con nada.

Y el Mono ordenó que multiplicaran su fortuna por dos y que se le considerara exento en el siguiente cobro de impuestos.

La gente aplaudió hasta rabiar, pero, desde el otro lado de la plaza, Pinocchio Geppetto no cabía en sí de asombro.

—Pues qué quieres que te diga —le dijo al Zorro, que observaba a su lado en silencio—, no me parece justo.

A sus palabras se hizo el silencio en la plaza y todas las miradas se

volvieron hacia él. Nadie daba crédito, las pupilas de la villa al completo eran como abejas que se aprestaban a lanzársele encima.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó el Mono mirando en derredor con los ojillos vivos.

—Aquel zarrapastroso de la esquina, señoría —respondió el alcalde, señalándolo—, pero no es del Valle, a Dios gracias.

—Ah, un extranjero.

Y bastó un solo gesto del Mono para que dos guardias agarraran a Pinocchio Geppetto y lo condujeran hasta el centro de la plaza. Se apartaron todos para que el alto funcionario pudiera contemplar al susodicho, detenido ante él.

—¿Has sido tú quien ha proferido ese insulto?, di.

—¿Yo? Yo no he insultado a nadie, señoría, solo he dicho que no me parecía justa la manera en que se estaban haciendo las cosas.

También habían pasado los años por el antiguo juez, sus cejas y patillas pobladas, antes tan negras como el tizne, estaban repletas de canas.

—Ay, ay, ay, pero qué habla este idiota de justicia o injusticia; aquí se trata de moverse en los terrenos de la pura verdad.

El Mono le miró de pronto con los ojos entrecerrados.

—Dime, ¿nos conocemos?

—De hace años, señoría. Mi apellido es Geppetto, de nombre Pinocchio. Recuerdo sus palabras como si fuera ayer: «A este pobre diablo le han robado cuatro monedas de oro; así, pues, atrapadlo y a la cárcel con él». Me encerrasteis porque yo era inocente. Y no me dejasteis salir hasta que, cinco meses después, me declaré culpable de mil delitos.

El Mono se repantigó hacia atrás en la silla, con gesto de satisfacción, y la plaza prorrumpió en un aplauso.

—Acabáramos. Fueron mis comienzos, claro, cuando ejercía de juez, *apartando a brazadas el mar de la injusticia*. Y dime, Geppetto, viendo el estado de tus ropas no pudiera decirse que aprendieras aquella lección.

—Al contrario, señoría, me convertí en un niño cuando en aquel entonces no era más que un muñeco.

—¿Un muñeco, dices?

—De madera, señoría.

—¿Eras un muñeco de madera?

Incapaz de comprender el significado de aquel galimatías el funcionario se volvió hacia el alcalde.

—Que se lleven a este idiota y lo embreen y lo emplumen. Ya no caben más pedidores, amigos míos. El cupo está cerrado.

Se celebró la decisión con una ovación cerrada que aplaudieron hasta los que llevaban varios días haciendo cola y que no habían podido cumplir sus deseos ni los verían cumplidos hasta el año siguiente, si es que había suerte. Dos alguaciles paseaban el cuenco funcionarial y todo el mundo pagaba el derecho a participar en el convite; mientras, otros dos se llevaron en volandas al señor Geppetto, que gritaba:

—Pero ¿no veis que os están engañando? ¡Por todos los diablos, se aprovechan de vosotros y no os dan nada a cambio!

La esposa del alcalde susurraba ya en la oreja de soplillo del señor Mono:

—Tenemos una sorpresa en el menú, señoría: liebres de aquí, del Valle; colgadas hace tres días.

—Me dejáis sin habla, señora, justamente soy un encaprichado de la caza.

—Os confieso que nos lo había dicho un pajarito.

—¡Ah! Aquí manejáis información privilegiada —dijo el Mono riéndose, y tomó entre las suyas la mano de la señora—. Si os digo la verdad, querida, llevaba un rato oliéndolas; así no hay quién trabaje.

La plaza aplaudía todavía, sonaban los acordes de la banda, todo eran gritos y fiesta, pero apenas unos pocos pudieron catar el banquete; la mayor parte de ellos habría de contentarse con las sobras. Bajo los pies de la marea de gente revoloteaban los pétalos, deshechos; amarillos, violetas, rojos, blancos. Quedaron destrozadas incluso algunas florecillas azules que solo crecían muy lejos, lejísimos, allende la montaña.

Iba soplando plumas. Avanzaba como si tuviera cadenas en las piernas. Embreado, emplumado y rendido, esa noche el señor Pinocchio Geppetto ya no podía más. Ser de madera le restaba alguna fuerza, al parecer: apenas podía tirar de las parihuelas que cargaban al Zorro. Ya no sentía cómo se hinchaba su pecho al respirar, puesto que medio torso era rígido como un tocón de fresno, y solo funcionaba uno de los pulmones.

Se detuvieron junto a un riachuelo donde el hombre aprovechó para limpiarse de brea y plumas, lo que no resultó nada fácil. Primero tuvo que despegarlas de la brea reseca y luego, a base de agua y agua y agua, fue quitándose de encima aquella costra negra. Estaba tan furioso que tenía ganas de llorar.

El Zorro le miraba desde las parihuelas, silencioso.

Para cuando hubo por fin acabado aquella empresa, Pinocchio llevaba un rato contemplando su reflejo en el río, buscando señales de que la enfermedad de la madera estaba llegando ya a su cara.

—¿Lo tengo en el cuello?

—A mi parecer no —respondía el Zorro, poco pendiente, en verdad.

—Siento una rigidez aquí, en el gaznate, yo creo que ya empieza a ser de madera.

—Haríamos bien entonces en proseguir camino, antes de que sea demasiado tarde.

Pinocchio creyó temblar de miedo.

—¿Temes que *ella* no sea capaz de arreglarlo?

—Bueno, el Hada es mucha Hada, esto es verdad. Y ya lo hizo contigo antes, siendo pequeño, ¿no es cierto? Te transformó de muñeco en niño. Y de golpe.

—Eso es así, no hay duda.

—Pero quizás no sea igual para un adulto.

—¿Tú crees? —replicó Pinocchio Geppetto temblando.

El Zorro se encogió de hombros.

—Es una posibilidad. —Brillaban sus ojos amarillos en la penumbra—. Quizás llegado a un cierto estadío de la enfermedad sea… irreversible.

Geppetto se puso en pie, como activado por un resorte; sonaron sus huesos de madera, *claclac claclaclac*… Y corrió a aferrar de nuevo las parihuelas. La parte de su cuerpo que todavía no era de madera había terminado enrojecida, estaba llena de cortes y heridas.

—Tienes razón, Zorro, pongámonos en camino cuanto antes.

—¡Andando, mi querido burro de carga! —exclamó el truhán, y a pesar de que a Geppetto no le hizo gracia la broma, apretó los dientes y tiró de nuevo.

Con mucho esfuerzo atravesó un macizo montañoso, a través de un paso estrecho que, al costado, dejaba ver un abismo. Tirando de las parihuelas que cargaban al Zorro, entre resoplidos y sudores, todavía pensó el señor Geppetto que echaba de menos su vida anterior, aun tan miserable y esclava.

Primero subieron, bordeando la montaña escarpada de piedra blanca. Antes de bajar, arriba en la cumbre, le hizo detenerse un instante el Zorro, para admirar el valle, que se extendía abajo para perderse en el horizonte; y el mar más allá y al otro lado el bosque, hacia donde se dirigían.

—Mira, Pinocchio, el mundo a mis pies.

El señor Geppetto observó que estaba emocionado en verdad el Zorro: la alimaña acariciaba por un instante que todo aquello le pertenecía. Viéndolo tan mayor y acabado, tiñoso y sin cola, cojo de una pierna, el hombre sintió por él una suerte de ternura, más

parecida a una lejana lástima.

—Vamos —dijo el Zorro al fin, pesaroso por tener que irse.

—No tenemos tanta prisa —respondió Pinocchio Geppetto—. Podemos quedarnos un rato, para que lo disfrutes.

Dicho esto, el Zorro pareció enfadarse y le espetó con muy malos modos:

—No tienes que ser tan bueno conmigo, compañero.

—Yo…

—Tira de las condenadas parihuelas, he dicho —rezongó el Zorro —. Vámonos de una vez.

Y emprendieron el descenso para acabar dando con el bosque, que comenzaba a abrirse allí, al pie de la montaña.

El Zorro iba malhumorado y taciturno, no había vuelto a decir palabra.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Geppetto.

Pero la alimaña respondió con un gruñido, mirando hacia otro lado.

Llevaban unas horas adentrándose en el bosque cuando el Zorro le hizo detenerse.

—Es ahí —dijo.

—¿La casa del Hada?, ¿estás seguro?

—Seguro. Es ahí.

Pinocchio se adelantó, emocionado; apenas recordaba nada de su buena protectora, los mechones azules, la voz cálida y el tacto delicado; aquellos ojos llenos de cariño. No veía la hora de contemplarla de nuevo y abrazarla, pues, esto sí lo recordaba, los abrazos del Hada reconfortaban más que los de cualquier otro ser vivo.

Atisbó tras la arboleda un claro, y en el claro, a la vera de un río, un pequeño molino adosado a una casita con techos de paja.

Pinocchio Geppetto sentía ya que las rodillas comenzaban a transformársele en madera, de modo que se adelantó con un nudo en la garganta.

—¡Hada! —gritó—. ¡Soy yo!, ¡he vuelto! ¡Hada!

Le pareció, sin embargo, que aquella casa estaba abandonada desde hacía muchos años, cuando dos sombras salieron de detrás de las paredes derruidas.

—¿Hada? —dijo el Sapo—. ¿Por quién pregunta este imbécil?

—Te ha tomado por un espíritu del bosque —replicó el Tejón, riéndose entre dientes.

El señor Geppetto se quedó quieto ante el molino y la casita, lívido. Uno de ellos era tuerto; al otro le faltaban los dientes, y en

lugar de mano tenía un garfio de hierro. Estaban tan sucios que parecían haberse revolcado en carbón, y las ropas les caían, miembros abajo, en puros jirones.

La voz de Pinocchio era casi un lamento.

—Dónde… Dónde está el Hada.

—Agarradlo —dijo a su espalda el Zorro, que se había levantado—. Tiene unas monedas en el bolsillo.

De haber tenido costillas le habrían roto más de una y de dos, pues en cuanto lo tiraron al suelo de un puñetazo lo molieron a patadas. En este caso, por fortuna, casi todo el pecho de Pinocchio Geppetto era ya de madera. Los tres viejos despojos, que apenas se tenían en pie, parecían haber reservado sus últimas fuerzas para desahogarse en aquellos golpes terribles.

—Parad, que lo vais a matar —dijo el Zorro—. Levantadlo.

Así lo hicieron, entre el Tejón y el Sapo, y uno de ellos lo agarró del pelo para que alzara la barbilla y mirara al señor Zorro.

—Habla; dónde has escondido las monedas. Las escuché en tu bolsillo, nada más verte aparecer en el asilo, de modo que dinos dónde están.

Nada respondió el señor Geppetto, con la boca muy abierta y la cara llena de sangre y moratones, salvo esto:

—Por todos los diablos, te pueden ir dando por donde amargan los pepinos, Zorro traidor.

—¿Sí, eh? —respondió la alimaña, furiosa—. Traed una cuerda.

Fue uno de ellos hasta el viejo molino.

Renqueando de la pierna que no tenía, el Zorro contemplaba a Geppetto.

—Me sorprendes, Pinocchio, me maravillas; nadie es tan fácil de engañar como tú. Ya seas un hombre hecho y derecho, tienes todavía el corazón de un niño: podría engañarte cien veces, mil, y todavía confiarías en mí.

Regresó uno de los bandidos con la cuerda, riéndose por lo bajo como quien está a punto de cometer una diablura.

—Vamos a ver si ahora hablas.

Le pasaron la soga por el cuello y lo condujeron hasta un árbol seco que pendía sobre la margen del río. Allí ataron el otro extremo de la cuerda, con la amenaza de ahorcarlo.

—¿Dónde escondiste las monedas, Pinocchio? No seas cabezota y habla, mira que te vamos a matar, y ya sabes que soy capaz, no sería la primera vez.

Por un instante y viéndose a punto de caer sobre el río para quedar allí ahorcado, a Geppetto le pareció un alivio este final, y respiró

como quien se quita un peso de encima.

—No tengo las monedas, condenados idiotas.

Viendo que no conseguirían el botín, rechinaron los dientes de las tres bestias y patalearon en el suelo y se dieron coscorrones de pura furia.

—Al infierno con él —dijo el Zorro—, ahorcadlo.

Y ya se disponían a empujarlo como hacían los piratas con sus prisioneros sobre el tablón, para entregárselos a los tiburones, cuando una vocecilla que salía de entre los arbustos les sorprendió:

—Más vale que no le ocurra nada a mi amigo, asesinos. Soltadle ahora mismo.

Se giraron en derredor las alimañas, enseñando los colmillos llenos de huecos y los ojos rojizos con cataratas.

—Quién es. Quién ha dicho eso.

Salió el grillo de entre la sombras, agarrándose el cinturón, y allá sobre el río sonrió Pinocchio, emocionado de volverlo a ver.

Los criminales le reconocieron, pues la fama del grillo justiciero le precedía, y antes de enfrentarse a él todavía tuvieron la maldad de empujar a Geppetto, que cayó a plomo desde el árbol y, ¡*crac*!, quedó suspendido sobre el río, ahorcado.

—¡Canallas! —chilló el grillo—. ¡Asesinos!

Salieron huyendo los tres bellacos, cojeando uno, rebufando otro, tropezando con arbustos y ramas, en desorden; y mientras el grillo saltaba sobre el árbol para liberar a su amigo, escapaban los malhechores bosque adentro.

—¡Aguanta, Pinocchio, no te mueras!

El cuello del señor Geppetto era ya de madera, por fortuna, y fue eso lo que impidió que muriera ahorcado, de modo que este estaba muy tranquilo, sonriendo a la vista de su amigo el bendito grillo.

Una cosa por otra, no siempre sopla a favor, así que bastaron los quince gramos que pesaba el grillo para que cediera el árbol seco y se partiera por la mitad: fueron a dar los dos al río que corría por debajo.

—¡Socorro, Pinocchio, no sé nadar!

—¡Agárrate a mí!, ¡ya soy casi todo de madera, estoy flotando!

Se aferró el grillo al hombre y se dejaron llevar por la corriente que se los llevaba lejos, muy lejos, más allá del bosque y de las montañas y de la casita junto al molino abandonado, lejos de donde se suponía que Pinocchio Geppetto habría de encontrar al Hada que le salvaría de aquella transformación espantosa.

Al despertar, advirtió en la boca el sabor a sal, la arena mojada pegada a su rostro. Estaba empapado todavía y sentía entumecido el cuerpo.

Descubrió al grillo unos metros más allá, buscando maderas secas cerca de la orilla, para hacer una hoguera. Rompían las olas, cadenciosas; apetecía cerrar los párpados y dejarse llevar por el relajante rumor, por la brisa marina.

—¿Cómo estás, Pinocchio? —le preguntó el grillo con ojos preocupados.

—Molido, pero bien —respondió Geppetto, y se quitó del cuello la soga—. ¿Dónde estamos?

—Al otro lado del mundo, en una playa.

Pero el hombre de madera había dejado de escucharle, algo llamaba su atención. Se incorporó despacio, no daba crédito.

Ante él y a pocos metros, tan alto como un campanario, se alzaba el esqueleto de un pez. Geppetto reconoció la dentadura ominosa del «Atila de peces y pescadores», las tres hileras de dientes que él y su padre el carpintero habían atravesado para escapar del estómago del monstruo, hacia el mar. Fue como encontrarse con un viejo conocido, y ahora más que nunca, Pinocchio tuvo la certeza de que nada era para siempre, que todo envejecía y todo moría. Le asaltaron unas ganas terribles de llorar y allí, de rodillas sobre la arena húmeda, se llevó las manos a la cara.

Advirtió las piernas temblorosas; castañeteaban como si fueran dientes, *claclaclaclacla*, pero eran de madera. También sus manos lo eran, y los brazos. Se palpó el rostro, estremecido, para descubrir que las mejillas estaban frías y resbaladizas, ya se advertían las vetas y grietas en la barbilla, en la frente.

Al contemplar su reflejo en el agua de la orilla se descubrió transformado en madera, de cabeza a pies. Algo en su interior se alegró, sin embargo, como si le tranquilizara haber llegado por fin al final de un camino.

—¿Seguro… Seguro que estás bien, Pinocchio?

El hombre de madera suspiró, derrengado.

—Creía que el Hada podría curarme.

El grillo tragó saliva y calló unos instantes, buscando la mejor manera de decírselo. Un resquemor le subió por la garganta.

—Ya no hay hadas, Pinocchio.

Los ojos del mozo de mulas eran dos lucecitas expectantes.

—¿Qué?

—Ya no hay hadas, te digo; eran muy viejas cuando se fueron. Viajaron hacia al otro lado del mar, según dicen. Pero hay quien asegura que se embarcaron con el único fin de hundirse.

Pinocchio negó con la cabeza.

—No. No, grillo de los demonios, eso no puede ser; estás mal

enterado.

Empeñado en hacer caso omiso de las palabras del grillo, Pinocchio Geppetto se debatía entre sus propios tormentos.

—Esperaba que ella me perdonaría.

Le miró el grillo muy sorprendido.

—¿Que te perdonaría?

—Algo tuve que hacer, algo malo. Me ha castigado transformándome otra vez en madera.

El grillo no daba crédito.

—Pero Pinocchio… —dijo—. El Hada no ha tenido nada que ver en lo que te está pasando, ¿no lo comprendes?

Se miraban los dos como separados por un abismo, tan seguro uno de no comprender como el otro de comprenderlo todo. Y aquel enigma pudiera parecer muy fácil de resolver, pero lo cierto es que Pinocchio Geppetto no acertaba a armar las piezas del puzle.

—Yo…

Sonrió el grillo.

—Claro, Pinocchio —dijo—. *Tú*.

Un amago de tormenta se concentraba arriba: las nubes tomaban la forma de una mano oscura y enorme, de dedos extendidos, cuya sombra se estiraba a lo largo de la orilla, cubriendo las figuras del hombre de madera y del grillo.

Pinocchio no prestó atención a aquel espectáculo del cielo, tenía los ojos clavados en el fondo de una poza, que nacía junto a la roca en la que estaba sentado. Allí, el reflejo de las nubes quedaba diluido en una breve oscuridad doméstica, de algas y camarones que siempre habían vivido allí, siendo este *siempre* los apenas seis meses de su existencia. Qué podía importarle a alguno de aquellos camarones las angustias del mundo exterior: bastante tenían con alimentarse cada día y no morir a su vez, devorados. Debía ser una existencia dura la suya, aún tan discreta. Y pese a esta dureza, cumplían su ciclo: nuevos camarones nacerían en seguida, una eclosión de generaciones, abuelos, padres, hijos, se cumplía en aquella poza.

Pinocchio Geppetto volvió a mirar hacia su compañero, el grillo; allí seguía, sonriéndole muy ufano.

Al hombre de madera se le habían venido al estómago las palabras del Zorro, cuando estaba a punto de ahorcarle: «Ya seas un hombre hecho y derecho, tienes todavía el corazón de un niño».

Acababa de comprender el mozo de mulas, el hijo del carpintero, el muñeco, el niño que después se hizo hombre solo para volver a ser de madera.

Poco a poco, la mano de nubes se fue cerrando en un puño, y al

cabo descargó su amenaza: cayó sobre los dos una lluvia violenta, apenas eran capaces de distinguirse el uno al otro. La poza donde vivían los camarones quedó inundada, desaparecieron todos.

Y cuando el grillo volvió a mirar tras la cortina de agua también había desaparecido su amigo Pinocchio. Se puso en pie y en medio del vendaval lo buscó en derredor, lo buscó junto al esqueleto gigante del monstruo y allá en las dunas, pero no lo encontró.

—¡Pinocchio! —gritaba—. ¡Pinocchio!

Tan pronto como había llegado fue calmándose el aguacero y poco a poco dejó de llover. El cielo había quedado dividido en dos franjas, sin apenas transición: una era diáfana, brillante, de un azul casi blanco. La otra, un abismo.

Pero el abismo oscuro de arriba se fue rindiendo a la brillantez del otro lado, y poco a poco el cielo entero se entregó a la luz. No tardaron en oírse los graznidos de los pájaros que planeaban sobre las olas, presa del goce. El día había clareado: hoy ganaba el azul y el sol.

—¡Pinocchio! —Se desgañitaba el grillo haciendo pantalla con las patas. Y a pesar de que la suya era apenas una vocecita, su eco se perdía a lo largo de la playa—. ¡Pinocchiooo!

Hasta que, igual que si fuera una respuesta, rompió una ola contra la orilla en un estruendo, y el mar devolvió el cuerpo exánime de Pinocchio.

El grillo se abalanzó sobre él; tuvo que valerse de todas sus fuerzas para darle la vuelta; estaba cubierto de algas, como si miles de ellas se le hubieran adherido, y el grillo las retiraba a puñados.

—¡Por Dios bendito, amigo mío!, ¡no te puedes morir ahora, que has llegado tan lejos!

El hombre expulsó una tos llena de agua.

—¡Por todos los diablos! —dijo.

Despegó los párpados, confuso, y al encontrarse los ojos de uno con los del otro, quedó patidifuso el grillo. Retrocedió, espantado, mientras el hombre tosía y tosía, y al cabo de un momento rompió a reír. Y reía y reía como un crío.

—Qué… qué es… —musitó el hombre—. Qué pasa, de qué te ríes.

Le dolía todo el cuerpo igual que si acabaran de retorcerle los huesos.

—Los huesos —se dijo en un murmullo.

Las manos eran suyas de nuevo, y no de madera, sino de carne y hueso y sangre; también los brazos y el torso, las piernas y los pies. Se llevó las manos a la cara y reencontró los dientes, los labios y las mejillas.

—¡Pero qué ha pasado! —exclamaba el grillo—. ¡Ya no eres de

madera! ¡Qué ha pasado!

En respuesta, Pinocchio Geppetto solo pudo sonreír; pues en aquel breve ratito solo una cosa era diferente respecto a aquel que había sido un momento antes. Que Pinocchio Geppetto había aceptado que no quería escapar hacia atrás, hacia la infancia, donde todo era más fácil y llevadero; nunca más niño, nunca más. Que le pertenecía la pequeña poza que era su vida, con su orden y su caos, con sus alegrías y sus miserias. Sintió que, como el Zorro ante el abismo vertiginoso, todo estaba a su alcance.

Se alzó en la arena y miró hacia el horizonte.

—El mundo es un lugar hermoso —dijo.

Todavía le quedaba una cosa por hacer.

Nada más romper el alba, Pinocchio Geppetto se despertó como cada mañana. Y como cada mañana necesitó de un buen rato para salir del camastro: dolían los riñones, la mitad de los huesos; ya no hacía calor, por fortuna.

Se engañaba el paladar con su café de achicoria cuando escuchó una voz en el exterior de la casita. El bibliotecario Luzzone venía a recoger su encargo.

—Aquí te tenía preparada la mesa, Luzzone.

—Caramba, todavía dudaba yo: entonces es verdad que has recuperado el oficio de tu padre. ¡Qué bonita ha quedado!, ¡si hasta le has labrado las patas!

—Me parecía que le daba un aire elegante.

—Y tanto que sí. ¡Buen trabajo!

Recogió su mesa el cliente: estaba tan satisfecho que le pagó dos monedas de más.

Pinocchio Geppetto volvió al interior; aquella tarde le esperaban otros encargos, que tenía todavía a medias: una cama de matrimonio, cuatro ruedas para un carromato…, pero había reservado las mañanas para su proyecto personal.

Lo había depositado sobre la mesa de trabajo de su padre; llevaba varios días trabajando en él, despacito, con esmero, valiéndose de aquellas herramientas que usaba el viejo. El grillo, que se sentaba muy cerca a contemplar cómo iba avanzando, estaba que no cabía en sí de ilusión, y frotaba nervioso las patitas.

—Te está quedando muy bien.

—No está mal, no, pero yo no soy tan buen ebanista como mi padre. Todavía le falta.

—Fíjate qué curioso: se parece a ti.

—¿Tú crees? —respondió Pinocchio Geppetto contemplando el muñeco de madera.

No hacía ni diez días que habían recogido aquel tronco de árbol en el páramo, y entre los dos lo habían traído a casa. Desde entonces iba trabajando en él y ya había modelado la cabeza y los hombros.

—¿Cuándo me harás las piernas? —preguntaba el muñeco muy feliz.

—Ya queda menos —respondía Pinocchio Geppetto, sabedor de que en cuanto se las hiciera le faltaría tiempo al niño de madera para salir corriendo. Y se sonreía solo de pensarlo, recordándose a sí mismo —. Pero te lo tienes que tomar con calma, ¿entiendes? Cuando te haga las piernas no saldrás corriendo para ver mundo, ¿no?

—No, claro que no —dijo el muñeco. Y le creció un palmo la nariz.

El hombre y el grillo se rieron con ganas. El maestro ebanista le cinceló la nariz para dejársela como nueva.

Mientras trabajaba en él, el muñeco miraba aquí, allá, observando todo con los ojillos curiosos.

—¿Voy a vivir aquí para siempre? —preguntó un día.

—Esta es tu casa, si así lo quieres.

—¿Entonces tú eres mi padre?

Pinocchio se quedó contemplándolo en silencio. Es verdad que se parecía a su creador. El hombre agarró la pipa y le dio una buena calada. Asintió.

—Soy tu padre —dijo.

Y esto puso muy contento al muñeco, que después de haber estado tan solo en el páramo horrendo se veía en aquella casa tan bonita, recién reparados los techos y encaladas las paredes, con aquel señor tan amable y aquel grillo, que, a pesar de que era un poco plomo, estaba cosiéndole una ropita, los pantalones y la camisa rojos. Al muñeco le parecía admirable que hubiera fabricado un gorro con miga de pan y, como todavía no tenía brazos, a menudo le pedía que se lo pusiera en lo alto, para mirarse en el espejo.

—Me gusta vivir aquí —dijo el muñeco—. Y me gusta que seas mi padre. Pero…, todavía hay una cosa que no sé, y yo creo que es importante.

—¿Sí? —preguntó el maestro Pinocchio.

A pesar de que el muñeco de madera llevaba unos días pensando en ello siempre se le olvidaba hacer la gran pregunta, abstraído en tantas cosas de su nuevo hogar, de su nueva existencia.

—Dime, padre —dijo al fin—, ¿cómo me llamo?





JOSE GIL ROMERO (Las Palmas de Gran Canaria, 1971) y GORETTI IRISARRI (Vigo, 1974) forman un tándem creativo desde hace más de veinte años. Tras licenciarse en Comunicación Audiovisual, crean un exitoso colectivo de cortometrajes, galardonados con más de cuarenta premios en diversos festivales. Tras esto vienen años de trabajo conjunto en el mundo del guion de cine, la ficción televisiva o la animación, donde desarrollan proyectos propios y ajenos.

En 2011 fundan con otros compañeros el colectivo editorial y revista *La Playa de Madrid* donde realizan crítica de literatura y cine, además de ediciones experimentales. José Gil Romero ha sido profesor de diseño, narrativa cinematográfica y teatro; Goretti Irisarri ha obtenido un DEA en Filosofía con una tesina sobre Poe y ha publicado artículos en diversas revistas culturales.

Actualmente se encuentran preparando dos proyectos para televisión: *Todos los muertos* y *Mercenario don Quijote*.

JOSE GIL ROMERO & GORETTI IRISARRI

TRES GRANDES ROBLES JUNTO A LOS AVELLANOS

UN CUENTO DE TERROR

Mediados del siglo XIX. Un bosque en la Rusia prerevolucionaria. Un hombre. Una mujer. Un rastro. Un lobo. Un monstruo.

Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

Tres grandes robles junto a los avellanos

Historias olvidadas - 3

ePub r1.0
Titivillus 14-03-2024

Título original: *Tres grandes robles junto a los avellanos*
Jose Gil Romero & Goretti Irisarri, 2020
Cubierta por Jose Gil Romero y Goretti Irisarri Relación de imágenes: *Registrum huius operis libri cronicarum cu figuris et ymagibus ab inicio mudi*, Nuremberge, Michael Wohlgemuth y Wilhelm Pleydenwurff, 1493

Editor digital: Titivillus ePub base r2.1

Esa criatura infernal no tenía nada de humano. No abrigaba sino temor y odio.

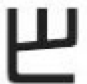
ROBERT LOUIS STEVENSON. *El Dr. Jekyll y Mr. Hide*

—¿Y cómo era? —preguntó Henry.

—No pude distinguirlo bien. Pero tenía cuatro patas, boca y pelo.

JACK LONDON. *Colmillo Blanco*

Tres grandes robles junto a los avellanos



Hacía rato que había divisado el bosque allá al fondo, horizonte verde hacia el que, siguiendo las instrucciones de la carta, ahora se dirigía.

Aquellos que rondaron al maestro sangrador nunca escucharon que de su boca saliera una queja, a pesar de que su vida fue siempre miserable. Su trabajo itinerante a bordo de aquel carromato le exponía al calor y al frío, al hambre y la soledad, a tantos rigores que el

maestro soportaba con el estoicismo de los viejos filósofos. Si tenía hambre se entretenía mordisqueando alguna ramita; si se sentía solo conversaba con el caballo. Nada más ver asomarse a la temida melancolía entretenía el espíritu preparando uno de sus bebedizos, o limpiando por dentro el carromato y afilando las navajas, o se detenía a la vera de un bosque a recoger hipérico y aloe vera, dedalera y pasiflora. Así, poquito a poquito, con sus altos y sus bajos, pasaban de largo los pensamientos negros que acechan de cuando en cuando a los hombres; así pasaba también la soledad de los días interminables.

Siguió las señales tal y como en aquellas letras se le indicaba: el árbol de cuatro ramas que parecían cuatro brazos, la pequeña cascada y la cueva cuya entrada tenía forma de boca, que había que dejar a la izquierda para seguir adentrándose en el bosque. En cada traqueteo se bamboleaba el candil que colgaba de una esquina, las ruedas de su carromato apenas conseguían atravesar el fango: había llovido la tarde en que Iósif Mikhail Grigoryev encontró la cabaña.

Mientras se guardaba la carta salió a recibirle un perro, flaco y pulgoso, que le ladró demandando comida. Viendo que nada recibiría de él sino una mirada desdeñosa, enseguida le dejó en paz.

La cabañita le pareció a Grigoryev tan pobre y lúgubre como el resto de mundo que le había tocado vivir. A pesar de que no halló signos de que la vivienda estuviera habitada, su nariz advirtió el aroma de la madera quemada: hacía poco que aquella chimenea había estado encendida. La habían apagado a su llegada.

Iósif Mikhail Grigoryev se bajó con pesadumbre, molido del traqueteo; arreciaba la ventisca que anunciaba la noche y el maestro sangrador se subió hasta las orejas la gruesa pelliza.

—Lo primero es lo primero —dijo.

Descorrió el pestillo que cerraba el lateral del carromato. El maestro echó un vistazo al interior y no encontró destrozos, las botellas habían resistido bien el bamboleo de las últimas horas; las cajas estaban amontonadas según su orden y concierto; ninguna herramienta había escapado de su encierro.

—Mi marido está a punto de volver —dijo una voz femenina—, ha ido a por leña.

Grigoryev detuvo sus movimientos. Se giró despacio en dirección al sonido y encontró abierta la puerta de la cabaña; asomaba una mujer apuntándole con un mosquete.

—Él no tendrá tanta paciencia como yo —añadió—. Súbase al carro y márchese por donde ha venido.

El maestro sangrador reconoció el hermoso Minié, cuyas temidas balas habían perforado tantos cuerpos y huesos en la reciente guerra

de Crimea.

Procuró aparentar templanza.

—Tuve que amputar muchos miembros en Chiórnaya —dijo—, por culpa de fusiles como ese.

—¿Es usted médico?

Grigoryev señaló con la barbilla. En el portalón del carro se apreciaban pinturas ya desvaídas, en las que se adivinaba a un barbero cortando el pelo, aplicando sanguijuelas o sacándole una muela a un paciente que sonreía.

Esto no pareció afectar en cosa alguna a la mujer, que afianzó el mosquete.

—Si estuvo en Crimea ya sabe cómo se las gasta aquí mi amigo. Soy buena tiradora y usted, señor, está muy cerca: no fallaré el tiro.

—No digo que no sea capaz de disparar, señora —replicó Grigoryev; pero a la vista de la herrumbre en el cañón añadió—: Aunque es muy posible que, si aprieta el gatillo, eso le reviente en las manos.

—Yo estoy dispuesta a arriesgarme. ¿Y usted?

La mujer rezumaba tierra y barro, y en las uñas negras, en las cicatrices de las manos, Grigoryev adivinó la penosa labor diaria de la campesina. No había marido, estaba seguro: ella sola se encargaba de mantener aquella casa y alimentar aquel cuerpo delgado, bajo cuyas tristes ropas se adivinaban las formas que un día fueron sinuosas.

—Carajo —dijo Grigoryev—, no estoy aquí por gusto.

Apenas hizo el ademán de sacar algo de la pelliza, la mujer aferró el mosquete, presta a disparar.

El maestro sangrador alzó la mano hacia ella como si con esto pudiera detener el disparo.

—Calma, solo voy a sacar la carta. Me escribió usted, ¿no es así? Por eso estoy aquí, fue usted la que me escribió.

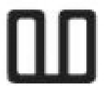
Nada más escuchar acerca de la carta la mujer relajó el gesto, descendió un punto el cañón del arma.

—Es usted el maestro sangrador —dijo como si se hubiera quitado un peso de encima.

Solo entonces se dio cuenta Grigoryev, al advertir los costurones en la cara, viejas cicatrices de quemadura sobre unos ojos vacíos de vida.

—Que Dios me valga —murmuró.

—Que nos valga a los dos —replicó la mujer ciega. Y apoyó el mosquetón en el suelo para indicarle la puerta que conducía hacia el cálido interior—. Pase, el viaje habrá sido largo y tendrá frío.



—Disculpe el desorden —dijo recogiendo una prenda del suelo—, nunca recibo visitas.

Las brasas que avivó en la pequeña chimenea hicieron del interior un lugar confortable, pese a que no disponía de lujos y apenas de muebles: un jergón cubierto de raídas telas; una mesa, dos sillas, un arcón. Olía a cerrado, a sudor. De una de las paredes colgaban las pieles despellejadas de un par de hurones, encima de algunas trampas destartaladas, fabricadas por ella misma.

La mujer ciega anticipaba cada movimiento buscando en el aire con las manos. Colocó la silla.

—Por favor, siéntese. Guardaba un poco de estofado, pero lo puedo compartir con usted si no ha cenado.

—He cenado, sí —respondió él, a pesar de que tenía tanta hambre que se comería el caldero—; no se preocupe por mí.

—Lo guardo entonces para mañana.

Estaban a punto de protestar las tripas del maestro cuando también ella tomó asiento, al otro lado de la mesa. Alzaba un tanto la barbilla, elevando la mirada ciega hacia el techo; «Que Dios me perdone —pensó el maestro—; recuerda a un cadáver». La mujer ciega sujetaba todavía el mosquete, igual que si fuera un bastón largo: era claro que no había querido desprenderse de él; podía leerse el miedo en el temblor de sus manos.

—Perdone —dijo amagando una sonrisa, azorada, y no supo qué hacer con el mosquete, que aferró contra su pecho—. No es fácil para una mujer sola.

—Lo comprendo.

El maestro sangrador llevaba todavía la carta en la mano, doblada en cuatro. La abrió sobre la mesa.

—En su carta…

La mujer se levantó y acudió hasta la chimenea.

—Curó usted de unas ulceraciones a una amiga mía en el valle de Baydar, ella siempre hablaba maravillas de sus conocimientos; por eso se me ocurrió escribirle para pedirle ayuda. —Tanteó hasta encontrar cierto ladrillo que sobresalía y lo extrajo—. El buhonero pasa por aquí cada varios meses, aproveché uno de sus viajes para darle la carta a él y que se la hiciera llegar.

—Él mismo me la dio en mano.

De aquel agujero en la pared sacó ella una bolsita de cuero.

—Temía que no le sirvieran las indicaciones, esto está muy perdido.

—Eran buenas: ya ve que estoy aquí.

Iba el maestro a añadir algo, pero la mujer dejó la bolsita sobre la mesa y se adelantó:

—¿Suele aceptar encargos? No estaba segura.

—No suelo, si le digo la verdad. Y más si tengo que desplazarme tan lejos. Pero… —posó la mirada sobre el papel— lo que usted relataba en la carta despertó mi interés.

Un nube de melancolía cruzó el gesto de la mujer ciega mientras volvía a sentarse.

—El lobo —dijo.

—Me interesa —replicó él—. Nunca me he topado con algo así.

La mujer empujó la bolsita hacia el maestro. Un rubor tintó sus mejillas.

—Confío en que será suficiente. Me ha costado mucho reunirlo.

Grigoryev desató el cordel que la anudaba y echó un vistazo al interior; brillaba el polvillo dorado al contacto con la luz de la chimenea.

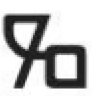
—De sobra —respondió, y señaló el papel con un par de golpecitos —. Si ese monstruo es lo que dice usted en su carta, señora, no veo la hora de atraparlo.

La mujer se puso en pie aferrando el mosquete, había determinación en sus palabras.

—No se atrapa vivo a un *volkulaku*, maestro.

—Sería más fácil si consiguiéramos devolverle su naturaleza humana, desde luego.

—De eso se trata —concluyó ella. Había en su porte una dignidad natural que la hacía resplandecer entre tanta miseria—. Ayúdeme a convertirlo en humano para que yo pueda pegarle un condenado tiro.



Se llamaba Zenya Nikolaevna, así se lo dijo al maestro, y había vivido en aquel bosque toda su vida, aunque no en aquella cabaña, sino más hacia el interior. Era armoniosa de rasgos, a pesar de que la vida durísima le había endurecido el gesto; rondaría los cuarenta.

El nuevo día había traído con él una brisa que olía a tierra húmeda. La mujer ciega observaba los sonidos que él hacía en el interior del carromato mientras preparaba las cosas que habría de

necesitar para esta cacería.

—Seguiremos su rastro hasta dar con él. Y por el camino iré preparando el brebaje con que le devolveremos su naturaleza humana.

Grigoryev iba anotando mentalmente los ingredientes de aquella receta; murmurando, rebuscaba entre los frascos. De algunos extrajo unos pellizquitos de hierbas que fue metiendo dentro de una vieja bolsa de cuero. Boca de dragón, para repeler maldiciones y devolverlas al lugar de dónde provienen; hinojo, fresno y caléndula, que alejan a los espíritus malvados; ortiga, para eliminar hechizos. Faltaba el ingrediente principal, por desgracia: deberían buscar el *aconitum* por el camino.

También llenó el zurrón con botes vacíos, de cristal opacado; no olvidó los cuchillos de diferente filo para cortar estas y no aquellas plantas, un calderito pequeño y varios envueltos de papel que contenían polvillos de distintos colores y calidades.

—Lo conoce, ¿no es verdad? —le dijo a la mujer sin abandonar la tarea.

—¿Que si lo conozco?

—Al monstruo. Al *lukánthrōpos*.

También ella había tomado un zurrón; seguía acompañándola el viejo mosquete, que no soltaba ni por un momento. Al escuchar la palabra se había quedado detenida junto a la puerta, pensativa.

—¿Es así como lo llaman los maestros?

—Significa «persona lobo» —respondió él—. Pero no me ha respondido: ¿conoce al *volkulaku*? Entiendo que es alguien importante para usted.

La mujer ciega cerró la puerta de su cabaña.

—Lo conozco, sí. ¿Partimos ya?

El maestro repasó en su cabeza todo lo que podría necesitar y se afianzó el zurrón al hombro. Había dejado a su caballo junto a la cabaña, protegido tras la valla. Cerró el portalón de su carromato y le dio dos vueltas a la llave. Se guardó esta en el bolsillo de la pelliza y suspiró.

—Partimos. Usted dirá.

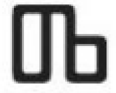
—Hay una mujer que vive con sus hijos siguiendo la linde del bosque. El lobo se comió vivo a su marido.

El maestro sangrador enfrentó la espesura; el halo amarillo de la luz del amanecer coronaba los árboles, pero detrás de toda aquella belleza se adivinaba una corrupción tenebrosa.

—Quizás ella pueda darnos alguna pista de dónde encontrar al monstruo.

La mujer ordenó al perro que guardara la casa y allí se quedó el

animalito mientras ellos se echaban a caminar, tan flaco que apenas era capaz de cargar con su sombra.



En su juventud, Iósif Mikhail Grigoryev ya había estudiado, y con profundidad, la gran variedad de espíritus inmundos que habitan en el тот свет o reino espiritual, y que eran capaces de manifestarse en el nuestro en muy diversas formas, ya fueran hechiceros, brujas o no-muertos; también tenía experiencia con los llamados «muertos impuros», incluidos los suicidas y los bebés no bautizados. Al maestro le eran conocidos el vampiro, el *domovoi* ni el *leshy*, y también el *vodianoi* o la *rusalka*. Por descontado sabía del ansia devoradora del *volkulaku*. Resultaba inconcebible enfrentarse a uno en su forma monstruosa; era indispensable devolverle a su naturaleza humana o esta cacería terminaría con la presa devorando al cazador.

La mujer se había empeñado en ir delante, a pesar de la ceguera. Se defendía bien, con todo, Grigoryev fue testigo: la Nikolaevna conocía de memoria aquellos pedruscos o aquel árbol caído, y, antes incluso de llegar a él, levantaba el pie para pasar por encima. Con una mano aferraba el mosquete, pero la otra era como un faro que bandeaba de un lado a otro abriendo camino.

—Los sonidos también me dicen por dónde ir —le dijo al maestro —. Es como si con cada paso me hiciera un mapa en la cabeza: algo me dice la distancia que me queda hasta esos árboles, o si hay obstáculos en el suelo.

—Verdaderamente sorprendente.

—En lo que no le puedo ayudar es en buscar esa planta suya. Algunas las sé reconocer por el olor, pero…

—No tenga problema, voy atento.

Los ojos del maestro sangrador buscaban a cada paso, en efecto, rastreando entre la infinita variedad de verdes del bosque en busca del afamado *aconitum*.

—Es un veneno muy potente, si uno no lo sabe preparar en su dosis justa —explicó Grigoryev—. El nombre le viene de *lycotonum*, que significa «perdición del lobo». El jugo que se sacaba de la planta se usaba para envenenar las flechas con que los mataban.

A medida que se internaban en el bosque era todo más frondoso, había trechos por los que se hacía difícil avanzar: a fin de encontrar *aconitum*, Grigoryev había pedido expresamente apartarse del camino.

La mujer avanzaba con pasos seguros.

—De modo que usaban flechas envenenadas —dijo sin volverse hacia él.

—Desde tiempos inmemoriales. Pausanias relata la historia de un arcadio llamado Damarchus de Parrhasia, que se convirtió en lobo después de probar las entrañas de un niño sacrificado a Zeus Lycaeus. Esta misma historia también la recoge Plinio *el viejo*.

—No me suenan de nada esos nombres, maestro.

—Antiguos sabios, Zenya Nikolaevna; voces del pasado que dejaron sus testimonios por escrito para hacerlos inmortales. Y no fueron los únicos: hace dos mil años Cayo Petronio escribió en el «Satyricon» sobre un hombre que se convertía en lobo. En su obra «Historias», Heródoto dejó anotado que una tribu que él localizaba al noreste de Scythia, los Neuri, se transformaban en lobos una vez al año durante varios días, y luego volvían a su forma huma…

Se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Que me ahorquen…

—Qué. ¿Qué ha visto?

—Agua de lluvia, señora.

El maestro se alejó unos metros, emocionado como un niño ante un regalo.

—Agua de lluvia empozada en las huellas del monstruo.

Había encontrado, en efecto, las huellas del lobo. Se asemejaban a las de un *Canis lupus* normal, solo que más grandes; había, sin embargo, ciertas particularidades: los dedos eran más largos, recuerdo de su naturaleza original, la humana.

Grigoryev sacó del zurrón un tubito de cristal vacío y con todo cuidado recogió aquella agua hasta llenarlo.

—El agua de lluvia obtenida de la huella del *lukánthrōpos* sirve como magnífico remedio para revertir la transfiguración.

Tapó el tubito con un corcho y lo guardó con delicadeza. Iósif Mikhail Grigoryev sintió renovadas fuerzas, igual que si ahora se hubiera armado con un machete.

—Este no vuelve —dijo la mujer ciega.

—¿Qué?

La Nikolaevna jadeaba, elevando la barbilla como si buscara hacerse ese mapa en la cabeza y situarse en el entorno.

—No vuelve —añadió—. Este lobo no recupera su aspecto humano.

—Ah, entiendo. Ocurre también, a veces. En esos casos es más difícil hacerles retornar a su naturaleza. ¿Hace mucho que ocurrió la

transfiguración?

—¿La transfiguración?

—Que se convirtió en el monstruo.

Zenya Nikolaevna agachó la cara, perdida ahora en un recuerdo que pareció sobrecogerla.

—Dos años.

—Mucho tiempo convertido en bestia. Será difícil.

La mujer hizo un gesto en alusión a la bolsita de cuero que Grigoryev se había guardado en la pelliza.

—Si es por el oro…

—No —respondió el maestro—. No es por el oro, desde luego, el pago es bueno, señora. Y, por lo demás, mis motivos son científicos más que pecuniarios.

—No entiendo muchas de las palabras que usa, maestro, me tiene que disculpar.

Iósif Mikhail Grigoryev sonrió.

—Que lo haría aunque fuera gratis —dijo.

Le interesaba mucho estudiar al monstruo, analizar su comportamiento y morfología. Incluso curar de su enfermedad al hombre que estuviera atrapado en aquella maldición. Esta posibilidad era para Grigoryev la más gozosa fantasía.

—Sea como sea, maestro —dijo la Nikolaevna—, ese es el trato. Voy a matar al *volkulaku*. Le doy la oportunidad de cambiarlo a su forma humana, pero le juro que si se interpone usted en mi camino le descerrajo un tiro.

Y hablaba en serio, lo decían aquellos ojos muertos, blanquecinos como la niebla.



Al doblar el recodo se toparon con un muchachito; apenas levantaba cuatro palmos del suelo y les miraba con desconfianza. En un claro, a su espalda, se levantaba una cabaña, tan misérrima, en opinión del maestro, como la de Zenya Nikolaevna, pero algo más grande. Había vivido tiempos mejores, aunque ahora presentaba un aspecto descuidado: tanto se la estaban comiendo las malas hierbas que en poco tiempo desaparecería bajo ellas.

—Es un niño —le dijo Grigoryev a la mujer ciega.

—Será uno de los hijos de la señora Rabbek —respondió ella y alzó la barbilla hacia el pequeño—. ¿Y tu madre?

Iba a contestar el niño cuando unos gritos infantiles que provenían

de la choza llamaron su atención. El maestro y la mujer, alarmados, salieron corriendo hacia la casa.

Al entrar tropezaron con una imagen imposible. En aquel interior exiguo se arracimaban varios niños sentados en bancos alargados, que ocupaban las cuatro paredes excepto al llegar al hueco de la cocina, donde hacía mucho que se habían extinguido las brasas; apuraban un cuenco de comida hasta los restos. En medio de ellos, se retorcía en el suelo otro de los pequeños, con los ojos en blanco y dando gritos; se había untado la cara de ceniza y se arrancaba el pelo a mechones. Ninguno de sus hermanos reaccionaba a su sufrimiento.

El maestro sangrador se abalanzó sobre él.

—Vosotros dos, ¡sujetadle! —dijo—. Tú, chico, dame esa manta.

Ninguno de ellos hizo nada, sin embargo, lo que dejó perplejo a Iósif Mikhail Grigoryev. Los pequeños se afanaban en terminar su comida, y en cuanto que uno apuraba el cuenco trataba de ir a por el de su hermano.

El maestro abrazó al crío por la espalda; con una mano acarició la frente murmurando palabras tranquilizadoras y con la otra retenía el brazo izquierdo del chiquillo, que palmoteaba como un ave desesperada. Estuvo así un rato largo hasta que el muchacho se fue relajando y relajando.

Al terminar, Grigoryev jadeaba. Pudo al fin aflojar la presión. Sudaban él y el crío.

Allí dentro, tan repugnante era el hedor a comida quemada que al maestro se le había quitado el hambre de golpe. Todo estaba sucio y desastrado, y aparte de la bancada, que hacía de sillas, mesas y camas, no había ni un mueble en la casa.

Solo entonces reparó Grigoryev en la mujer.

Aniuta Rabbek se mecía en una mecedora destartalada allá en la esquina, entre la penumbra. Le sorprendió a Grigoryev que habiendo parido varias veces fuese tan delgada; en cuanto a su rostro, compartía con la Nikolaevna cierta cinceladura de rasgos propia de las mujeres de aquella región.

También la mujer ciega se volvió hacia ella, al escuchar el sonido de la madera gimiendo.

—¿Aniuta?

Nada dijo la señora Rabbek, meciéndose ensimismada.

—Aniuta —repitió la Nikolaevna—, este hombre que me acompaña es un maestro sangrador.

El muchacho, ya sereno, ronroneaba en brazos de Grigoryev.

—Ya va estando tranquilo. ¿Le pasa mucho?

Los berrinches y riñas de los hermanos eran continuos, mientras la

madre parecía por completo sorda a ellos.

Iósif Mikhail Grigoryev dejó al muchacho en el suelo y se puso en pie ante la mujer. Saludó con una leve inclinación.

—Señora Rabbek, he venido a ayudar.

Aquellos ojos se perdían en el infinito. Había en ella cierta disposición aislada, rumiadora, similar a la de las vacas. Igual que estas mastican una y otra vez la hierba almacenada en su estómago, la atención de aquella mujer parecía volcada a una permanente conversación consigo misma, lejos del aquí y el ahora.

—Ha venido por el *volkulaku* —añadió la mujer ciega.

Solo esto hizo salir de su estupor a la Rabbek: clavó la mirada sobre el maestro sangrador.

—¿Por el *volkulaku*? —dijo.

Callaron los niños al escuchar que hablaba su madre, se hizo el silencio.

A la vista de aquellos ojos encendidos, el maestro tragó saliva, y por escapar de ellos rebuscó en su zurrón y comentó en referencia al niño: —Le voy a dejar unas hierbas. Caliéntelas con agua, o mejor con vino, si lo consigue; y tiene que tomarse esa mezcla cada noche. También cuiden que esté tranquilo, que no tenga sobresaltos.

Aniuta Rabbek se puso en pie despacio; era una mujer grande y parecía estar hecha de largos trozos de madera.

—¿Sobresaltos? —dijo entre dientes.

El maestro dio un paso atrás. Los niños habían dejado de comer y observaban la escena en tensión, como gatos prestos a salir huyendo.

Intervino la Nikolaevna.

—Aniuta —dijo interponiéndose—, estamos buscando al lobo. El maestro me va a ayudar. Pensábamos que quizás tú pudieras decirnos algo.

—Este niño mío —dijo la mujer, encendida, señalando al pequeño que había quedado tendido en el suelo— vio cómo un monstruo venido del infierno se comía vivo a su padre. Está así desde entonces; apenas come, apenas duerme, y ya va para dos años. Dos años.

Pasito a pasito iba acercándose al maestro, revitalizada. La negritud de sus pensamientos se la había ido tragando y cuando hablaba se le agolpaban las palabras, era un incontenible tósigo amargo lo que le salía por la boca.

—Mi marido era un buen hombre; su único pecado fue salir a cazar adonde no debía en el momento en que no debía. Dios le perdió de vista un momento y, un segundo después, mi Fiódor ya se había encontrado al monstruo. Se lo comió, señor. Ese animal cabrón se comió a mi Fiódor y desde entonces nos acompaña la miseria. Mírelos

—dijo señalando a los otros niños; y como Grigoryev se negara, repitió —: ¡Mírelos, digo! El *volkulaku* se nos va a comer a todos, estoy criándolos para nada. Esto es alimentar gallinas para el zorro.

Se detuvo; los ojos se le habían vuelto hacia algún pensamiento, como si de pronto hubiera descubierto una verdad terrible.

—Es como si ya estuviésemos muertos —dijo.

Nadie encontró palabras para replicar a esto, tenían todos las miradas gachas.

Iban a marcharse cuando uno de los niños tiró de la falda de la mujer.

—Madre —dijo—, yo sé dónde está el lobo.

—¿Tú? —respondió ella soliviantada—. ¿Qué sabes tú?, ¿de qué hablas?

Grigoryev se adelantó para acuclillarse frente al crío.

—¿Sabes dónde está, muchacho? ¿Nos lo dirías?

Miró el chiquillo a su madre, pidiendo permiso para hablar, pero ella estaba ya a otra cosa. La Rabbek acudió de nuevo a sentarse en la mecedora, ajena otra vez al mundo, incapaz de sentir nada por nadie.

El maestro tomó la mano del pequeño, estaba sucia, negra de tierra.

—Dinos dónde, chico. ¿Dónde viste al monstruo por última vez?

La voz del niño salió de su garganta como en un susurro.

—La casa de la bruja, donde los tres robles. Iba malherido, tenía muchos cortes.

El maestro sangrador cruzó la mirada con la mirada ciega de la señora Nikolaevna. Nada se dijeron, bastó este silencio.

Zenya Nikolaevna puso su mano sobre el hombro de la mujer, que había quedado con una expresión de terror en el rostro, devastada, y le dijo con todo cariño: —Vamos a ir a mirar donde la bruja, Aniuta.

La mujer se retiró la mano con un movimiento seco y replicó:

—No me toques, perra; eres tan bruja como ella.



Iban penumbrosos ahora, como si tras la visita a la mujer les estuviera siguiendo una nube negra.

Al salir a un claro, el maestro respiró aliviado. Tenía la impresión de que la espesura le había estado oprimiendo el pecho, de modo que tomó una bocanada de aire fresco.

Zenya Nikolaevna se detuvo, aferrando el mosquete, aunque nada indicaba peligro. Y también paró Grigoryev. Les rodeaban varios cientos de metros de césped y arbustos; no había un solo árbol y todo estaba en silencio.

—¿Continuamos? —preguntó él—. Íbamos hacia la casa esa, ¿no es así?, donde los tres robles.

—¿No lo huele?

El maestro aspiró por la nariz varias veces, pero le pareció que el olor a tierra mojada lo impregnaba todo.

—Supongo que su olfato, Zenya Nikolaevna, es mejor que el mío.

—Lo olería un muerto, válgame Cristo. Es imposible que no lo huela usted, maestro.

Volvió a probar Grigoryev.

—Nada. ¿Es un rastro?

—Un rastro, sí. Por allí. —Señaló con la barbilla al otro lado del claro, donde unos árboles que se cruzaban formaban una suerte de entrada hacia la espesura.

Habitaba un hálito tenebroso en aquella oscuridad, que parecía llamarles. Habrían podido tocar el silencio espeso. Al maestro sangrador le bajó por el pecho una suerte de frío; el miedo se estaba adueñando de su corazón. Fue esta la primera vez que Grigoryev se hizo consciente de que perseguían a un monstruo asesino y rumió por lo bajo los versos protectores de San Rainero de Baño: —«Con el sonido de mi campana no pueden estar aquí lobo-hombre, ni serpiente venenosa, ni agua enfurecida».

La mujer ciega señaló con el mosquete y los dos se pusieron en camino.

—Sigamos ese rastro.

Daba la impresión de que, sin árboles alrededor, la orientación de la Nikolaevna se había resentido; caminaba algo insegura. Esta vez iba él delante.

—¿Por qué ocurriría? —se preguntó en alto el maestro—. La transformación en lobo, digo. ¿Qué fue lo que pudo causarla? He leído que te ocurre si bebes allí donde ha bebido un lobo. O que si te ataca un *volkulaku* acabas volviéndote uno, como cuando te muerde un perro rabioso. Aunque también sé que estas cosas ocurren si hay de por medio un pacto con el diablo o la intervención de algún santo.

—¿De un santo?

—Oh, sí —respondió el maestro—: San Patricio transformó en lobo al rey Veretico; y San Natalio maldijo a una ilustre familia irlandesa y los condenó a ser lobos durante siete años. También cuentan que algunos hombres se convierten en *lukánthrōpos* cuando hacen enfadar

al diablo. —Se detuvo Grigoryev para enfrentarla—. ¿Fue este el caso, Zenya Nikolaevna?

La mujer estaba descompuesta, pálida como un sudario; a pesar de que sus ojos amenazaban llanto se mantenía firme y fría.

—Me imagino, maestro, que es difícil de entender para ustedes, los forasteros. Aquí, en este bosque hay… *algo*. Algo que convive con nosotros, en los árboles y las flores, en los robles y los avellanos, por todas partes. Bien está, es lo que nos ha tocado vivir, pero hay almas torcidas aquí, se lo aseguro, que se van enfermando de esa oscuridad; se les aloja en el corazón y este se les vuelve duro y negro. Se ven incapaces de dar un triste beso, ni siquiera les nace una caricia o una mirada. Fríos. Fríos y crueles, igual que demonios. Y no son ningunos tontos, no; sino listos como raposos, muy capaces de ver más allá de las cosas que a los demás nos pasan desapercibidas. Es inevitable que, con el tiempo, esas personas acaben llamando a ciertas puertas, ¿no cree? Puertas a las que no se debe llamar.

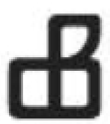
Asintió él, cabizbajo.

—No me resulta difícil entenderlo, Zenya Nikolaevna, a pesar de que soy forastero.

La mujer ciega rebasó al maestro y a través de aquellos dos árboles que formaban un dintel se adentró en el bosque.

—¿De verdad que no lo huele? No haga ruido ahora, está muy cerca.

Hacía rato, sí, que Grigoryev había percibido el olor a cadáver.



Para avanzar entre la nube de moscas tuvieron que taparse la boca: la peste a putrefacción resultaba insoportable.

—Cristo misericordioso —murmuró el maestro.

La Nikolaevna, igual que una niña asustada que busca cobijo, se había apoyado contra un árbol.

—Dígame que no es una persona.

—Ojalá pudiera. ¿Qué clase de furia sería capaz de…?

Avanzó un par de pasos. Tenían ante ellos una depresión en el terreno, de varios metros de circunferencia; recordaba a un cráter. En su interior, como una alfombra que lo cubriera todo, Grigoryev encontró decenas, cientos de huesos humanos, muchos de ellos tan roídos como si hubieran pasado por una manada de perros; otros a medio comer todavía, colgaban los jirones de carne sanguinolenta

entre pedazos de piel reseca.

—Es su cubil, señora Nikolaevna. El cubil del monstruo. —Vio algo y dio un respingo.

—¿Qué es, maestro?, ¿qué ha visto?

Descendió Grigoryev hasta el centro de la hondonada, en donde yacía el cuerpo de un hombre comido por las moscas, pero sin síntomas todavía de putrefacción.

—Aquí hay una víctima reciente; no debe llevar ni un día. —Iósif Mikhail Grigoryev se arrodilló junto al cuerpo—. Viste el uniforme del correo del Zar.

—Ocurre a veces: debió cruzar el bosque sin saber dónde se metía, de camino hacia algún sitio.

En toda su vida había visto tal saña en un animal: el vientre del hombre se hallaba eviscerado y su cuerpo, por todas partes, presentaba marcas de garras, laceraciones y mordiscos. En sus manos, a puñados, se veían restos de pelambre de lobo, grisácea y robusta. La pelea había sido cruenta.

—Aquí en el suelo hay un hacha pequeña: trató de defenderse el infeliz, y seguramente le hizo un buen apaño a la bestia, pero le fue imposible ganar.

Grigoryev extrajo del zurrón una pieza de madera que fue desplegando. La mujer ciega no se había movido del árbol donde había encontrado apoyo.

—Maestro, ¿escucha usted eso?

—¿Qué? No oigo nada, ¿a qué se refiere?

Grigoryev aplicó aquel instrumento de medición a uno de los mordiscos que el infeliz presentaba en el torso.

—Estoy midiendo su mordedura. Es grande, tiene casi el tamaño de un humano adulto y una dentadura abominable. ¿Qué pesará?, ¿cuatro, cinco puds? Solo contamos con una suerte: y es que quizás tenga el estómago lleno todavía, eso jugará a nuestro favor.

—Maestro, ¿no escucha usted? Es como un quejido.

—¿Qué? ¿Un quejido?

La mujer, desencajada, dio un paso adelante.

—¡Maestro, hay alguien vivo ahí abajo!

El correo del Zar agarró de pronto la muñeca de Grigoryev, que dio un grito. Estaba vivo el pobre desgraciado.

—¡Dios mío! —exclamaba el maestro—. ¡Dios mío!

—Ayuda… —murmuró el hombre mientras contemplaba boquiabierto cómo se le habían salido las tripas—. Por favor… Se me ha comido vivo…

—¡Dios mío!

Aferraba el brazo del maestro sangrador, que pataleaba por alejarse del correo, pero le tenía tan agarrado que mientras retrocedía sentado en el suelo se traía consigo el cuerpo del otro; enseguida quedó manchado de la sangre y de las vísceras del hombre.

—Se lo suplico… —decía el desgraciado con el gesto lloroso—. Por lo que más quiera, máteme.

—¡Dios mío!

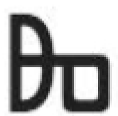
—¡Se me ha comido vivo! ¡Máteme!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Sonó un estruendo, *¡boooom!*

Grigoryev se quedó mudo y quieto, contemplando el cadáver que a la fuerza había quedado inmóvil por fin. Todavía tardó el maestro en comprender, necesitó de un instante.

Al girarse descubrió a Zenya Nikolaevna con el mosquete todavía en alto, humeaba el cañón.



Los jirones de nubes se habían ido solapando unos sobre otros hasta tapar el sol; privado de su juego de rayos de luz, el techado de hojas que sombreaba el camino daba la impresión de ser un angosto túnel, encaminado hacia lo más profundo del bosque.

Aunque ninguno de los dos habló durante un buen rato, Grigoryev sabía que cada uno mantenía una conversación consigo mismo, aunque solo fuese por despejar la mente de los horrores que acababan de vivir. Como buen solitario, él mismo estaba acostumbrado a trepar y destrepar por los escalones de sus pensamientos.

Miró a la Nikolaevna, tan callada; evidentemente era una mujer fuerte, forjada en los rigores del bosque, pero sabía el maestro que no se quita la vida de un hombre todos los días.

—¿Cómo se siente, Zenya Nikolaevna?

—¿Por haber disparado, dice? —respondió.

Y, cabizbaja, se encogió de hombros.

Iba a decir algo el sangrador, pero decidió dejar a la mujer resolver a gusto los dimes y diretes que tuviera con su conciencia, y se concentró en la búsqueda de la hierba que necesitaba, dirigiendo los experimentados ojos a cada posibilidad del terreno. Aquel suelo que ahora pisaban, cubierto de aguja de pino, suponía una excelente morada para muchas especies, que crecían al abrigo de esa capa de delicioso abono que se formaba entre la podredumbre y la tierra. «Ahí

—pensó— asoma algo de color violáceo». Apartó la hojarasca con el pie, pero solo encontró una *russula*, de un morado brillante.

—La cabaña de esa mujer, la que la señora Rabbek llamó «de la bruja», ¿queda lejos todavía?

—Un rato caminando.

El maestro observó de reojo a la mujer.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que volvamos atrás?

—No —replicó ella—. Estoy bien.

Si había alguien sobre la faz de la Tierra que no necesitara de protección era Zenya Nikolaevna. Un rubor acudió a las mejillas del maestro sangrador.

—Lamento haberme escandalizado antes —dijo.

Nada respondió ella y tampoco quiso él abundar en el tema: le hacía sentir ridículo.

Acabaron saliendo del pasillo de enredaderas, árboles y arbustos y accedieron a una garganta; se vieron flanqueados por dos paredes de piedra.

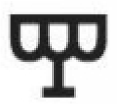
«¿Y ahí arriba? —pensó Grigoryev deteniéndose—. Al *aconitum* le gustan las rocas».

Entreveía algo azulado, pero era apenas era un fulgor, poco definido. Fuera lo que fuese, colgaba en lo alto de una pared de roca tan empinada que solo una cabra joven se animaría a subir.

—Y yo no soy una cabra, eso es seguro.

—¿Decía algo, maestro?

—Que voy a necesitar que me ayude, Zenya Nikolaevna.



La ciega se iba empequeñeciendo. Ahora parecía una miniatura, bajo los pies del desventurado sangrador. Grigoryev se agarraba con todas sus fuerzas a la pared, pero el pánico le traía una y otra vez imágenes de su cuerpo cayendo a peso y estrellándose. Parecía que el abismo tirara de sus tobillos. Hacía años que Iósif Mikhail Grigoryev no había vuelto a luchar contra aquel viejo espanto suyo a las alturas, pero había elegido el peor de los sitios para enfrentarse a sus temores, colgando de una pared de roca a quince metros.

La mujer le gritaba desde abajo:

—¡25 de septiembre!

Jadeaba el maestro mientras calculaba. Apretando la mandíbula, buscaba un asidero de donde agarrarse.

—23, 24, 25… ¡Lunes! —respondió—. ¡No!, martes. ¡Fue martes!

El eco de sus voces reverberaba a lo largo de la garganta de piedra.

—¡2 de julio!

—Veamos… 1, 2…

Los pétalos de color azul estaban ya muy cerca, casi al alcance de su mano. Era sin duda un bonito ejemplar de *aconitum napellus*, asomando en un saliente.

Desde aquella altura pudo ver que, más adelante en el sendero, se hallaba un caballo tirado en el suelo, destripado en medio de un gran charco de sangre. Se trataba sin duda del caballo del correo del zar; allí les habría tomado por sorpresa la bestia.

Bastó esa mínima distracción: Iósif Mikhail Grigoryev perdió pie y dio un resbalón en la roca, tuvo que aferrarse con manos y brazos al saliente, los ojos petrificados en la nada y respirando a trompicones, aguardando, aguardando, al momento fatal.

—¡Me voy a caer! ¡Me caigo!

Abajo, la Nikolaevna daba vueltas como un animal enjaulado.

—¡Maestro! —dijo—. ¡No tiene que sentirse mal por lo de antes!

—¿Qué? —replicó él en un bufido.

—¡Antes me pidió perdón por lo que pasó con el correo! ¡No tiene que sentirse mal, digo! ¡El miedo es así; por aquí lo conocemos bien! No es malo tener miedo, ¿no? Es algo natural.

—¡Eso creo! —gritó él.

—Miedo tenemos todos. Todos. Yo la que más.

Como si flotaran hasta él convertidas en su sustento, las palabras de la mujer ciega le ayudaron a encaramarse en la roca. El maestro Grigoryev consiguió vencer el contratiempo y acomodarse en el saliente, más a salvo.

La Nikolaevna añadió desde abajo:

—¡Solo espero que si llego a encontrarme en una de esas tenga usted a bien dispararme a mí, maestro! No me deje sufrir.

Iósif Mikhail Grigoryev no dijo una palabra, pero la sola posibilidad le produjo arcadas.

—¡Viernes! —gritó mientras se aferraba a aquella pared casi vertical y se alongaba hacia el *aconitum*.

—¿Me ayudará llegado el caso?, ¡diga! —insistió ella.

Ya casi era suyo, solo tenía que estirar un poquito el condenado brazo.

—¡Uno más, Zenya Nikolaevna!

—¡7 de enero!

Echó a reír el maestro sangrador, entre resoplidos; le caían los goterones de sudor por la cara.

—¡Domingo! —respondió.

Y sus dedos temblorosos se cerraron alrededor del tallo del *aconitum*.

Llevaban media hora andando, quizás más. «Si seguimos el curso del agua llegaremos a la cabaña», había dicho ella. La canción de aquel río se había ido volviendo distinta, y ambos escucharon susurros perfectamente articulados, que viajaban allí donde los insectos acuáticos estiran las largas patas. Al río no se le tenía amor en aquella región, y se le arrojaban toda clase de secretos, enfados y mezquindades: el agua bajaba oscura.

Cuando al fin divisaron la casa, fue un alivio abandonar aquella frondosidad húmeda. Allí estaban los tres grandes robles, gruesos y ancianos; a Grigoryev le entristeció que los avellanos adyacentes pareciesen haber agotado su salvia y que las ramas colgasen estériles; casi no sintió vida en ellos. Uno de los robles, por contra, había ido desarrollándose con tal hambre que sus raíces penetraban el mortero de la cabaña. Las ramas superiores bebían de los rastrojos del tejado, donde el verdín acumulado le debía resultar un manjar goloso. Debido al peso del árbol, la vieja choza se desmoronaba hacia aquel lado.

—Hacía mucho que no venía por aquí —dijo la Nikolaevna estremecida—. ¿Cómo está la casa?

Lo que en tiempos había sido una cabaña acogedora apenas era hoy un techo desvencijado, cuatro paredes tomadas por las enredaderas. Había por todas partes agujeros por los que se podía vislumbrar el interior; animales y pájaros habían hecho de aquello su patio de recreo y muchos de los muebles, cortinas y ropas, en pedazos, aparecían sembrando los alrededores, como si un vendaval los hubiera arrastrado hacia afuera.

—Destrozada.

Hubiese pasado desapercibida para otro que no fuese un maestro de hierbas. La huerta que allí se daba era de lo más peculiar: el maestro pudo distinguir muchas especies que no pertenecían a aquellas latitudes. Abandonadas por la mano que las plantó se habían desarrollado en una maraña desordenada, que entremezclaba el pie de león con el tártago, las serapias y la candelaria con la belladona. El maestro halló incluso determinada composición de piedras que solía disponerse para proteger a la *Mandragora autumnalis*, y tuvo la

seguridad de que si cavaba encontraría las raíces.

Alzó el rostro para escrutar a la ciega.

Había llamado «bruja» a la mujer que habitaba esta casa; y por primera vez Grigoryev dudó de Zenya Nikolaevna. Sabía de su honestidad, pero era cada vez más patente que, si la mujer ciega no le había mentido, al menos sí se había guardado mucha información.

—Esa mujer —dijo el maestro—, la señora Rabbek. Cuando se refirió a la persona que vivía aquí dijo que usted…

La Nikolaevna se apoyaba en el mosquete, cabizbaja.

—Que yo era tan bruja como ella.

—Eso es. Me extrañó mucho. ¿Qué quiso decir?

—No soy ninguna bruja, maestro.

—¿Entonces…?

—Entonces dejémoslo ahí. Mi pecado fue otro.

No se había alejado más que unos pasos cuando el maestro halló unas deposiciones frescas, grandes y negras.

—Aquí vomitó el monstruo. El niño de la Rabbek tenía razón: hay sangre, tengo la impresión de que el lobo estaba herido por dentro. El correo del Zar debió hacerle mucho daño.

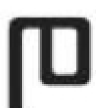
A esto reaccionó con inquietud la mujer ciega.

—Debemos darnos prisa, entonces: el *volkulaku* puede estar cerca y herido, nunca tendremos mejor oportunidad.

Se alzó el maestro Grigoryev y enfrentó la casa abandonada.

—Espere aquí —dijo.

—¿Y dejarle entrar ahí solo? Desde luego que no. Voy con usted.



Hubieron de agacharse para entrar en la casa, porque el dintel había cedido al peso del tejado y se había deformado. La puerta en sí aparecía destrozada, como si alguien la hubiese violentado a empellones. La luz del atardecer entraba en tajos por los agujeros del techo. No hallaron al lobo en su interior ni a cosa viviente ninguna; el silencio era total, parecían haberse adentrado en un mundo aparte. Aquí y allá, dispersos, los muebles eran pocos; a Grigoryev le llamaron la atención los motivos labrados que adornaban alacenas y estantes; aquel estilo de ebanistería la había visto él una sola vez, en su juventud, en unas islas territorio de eremitas, situadas tan al norte de aquella región que sufrían noches en las que no oscurecía.

A los pies del maestro, una cama se deshacía en podredumbre: el cabecero estaba partido, como si una fuerza descomunal lo hubiera

dividido en dos, igual que una cortina.

—Está todo manga por hombro, da la impresión de que aquí dentro hubo una pelea.

Hacía ya mucho de aquella violencia: una gruesa capa de polvo lo cubría todo como una alfombra macabra y estaban envueltos en densas telas de araña la cama destrozada, la cómoda y los propios restos de la puerta. Esta red de telas cubría también los anaqueles repartidos por las paredes; si un día aquel tendido gris alojó generaciones de arañas, ahora carecía de vida.

El ojo experto del maestro sangrador arrancó verdaderos tesoros de entre el velo: una laminilla muy fina, en oro, de un tipo que Grigoryev había oído mencionar: sabios y ladrones las hallaban escondidas dentro de las bocas de los muertos en antiguas tumbas órficas; no pudo interpretar la inscripción, parecían tal vez unas instrucciones, o bien salmos protectores. En una solución de carbón y mercurio halló también un homúnculo a medio formar, por supuesto sin vida, pero con un cartílago de piel bastante más avanzado que el que, allá en su juventud, había visto obtener a los estudiosos de Einsiedeln. Se asombró de hallar tales maravillas tan lejos de las fuentes de saber, en un bosque de una región misérrima: la mujer que había habitado la choza era sin duda una iniciada.

—Usted también cree que era una bruja.

Hasta decir esas palabras, la ciega Zenya Nikolaevna había permanecido sin preguntar qué era lo que Grigoryev estaba viendo. Quizás lo adivinaba.

El sangrador tosió.

—Yo no la llamaría así, señora. Sin embargo me inquieta lo que veo.

—¿Por qué?

Grigoryev apartó con la punta de la bota una pátera, un cuenco ritual de libación, cuyos textos, grabados en el metal, le dieron mala espina. Conocía del uso de estos cuencos en rituales de culto a un *oscuro* llamado el Dios negro.

—El diablo —murmuró el maestro sangrador.

La pátera había sido utilizada. Una excrecencia compacta se adivinaba todavía en el fondo.

—Hay normas, señora Nikolaevna. Normas que son incómodas, rígidas, eso es verdad, pero en acatarlas estriba la seguridad de todos. Ni hombre ni mujer deben acceder a la ligera a ciertos *saberes*; jamás sin un maestro, y menos tan lejos de los grandes centros. Si esta mujer convocó aquí a un espíritu inmundo, no me extrañaría que ahora ardiera en el infierno.

Sonrió la ciega.

—No, no era de seguir normas la vieja —dijo la Nikolaevna—. Siempre hizo lo que le entró en la santa gana. Y si lo oyera a usted hablar así, maestro, lo habría echado de aquí en un decir «amén».

—Me he explicado mal, señora; por más que estas prácticas me parezcan peligrosísimas, admiro lo que veo.

—¿Lo admira?

—Admiro la curiosidad que movió a esta mujer.

—Cuidado, maestro —dijo ella.

—¿A qué se refiere?

—La atracción del mal puede volverse irresistible.

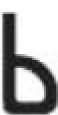
Entonces escucharon la respiración.

Grigoryev miró a sus pies, pues de allí había venido el gruñido; a Nikolaevna se le evaporó la sonrisa.

—Es el lobo —dijo el maestro, espantado.

Fue entonces que descubrieron, abierta al fondo del pasillo, la puerta que bajaba al sótano.

—Dios misericordioso, lo tenemos debajo.



Sudaba la espalda del maestro, pegada contra la pared; tenía tanto calor de pronto que le sobraba la pelliza, el zurrón. Si el miedo no le hubiera petrificado se lo habría quitado todo de encima. Zenya Nikolaevna se hallaba también arrebujada contra la pared y sostenía en alto el mosquete, apuntando hacia la puerta que bajaba al sótano.

—¿Lo llevo yo? —preguntó el maestro en un susurro.

Pero la mujer ciega estaba tan petrificada como él, con los ojos blancos clavados en la nada y la boca entreabierta.

—Zenya Nikolaevna, ¿quiere que lleve yo el mosquete?

La mujer reaccionó aferrando el arma contra su pecho, igual que si fuera un tesoro, y respondió negando con la cabeza.

—El *volkulaku* es mío —dijo.

Nada había vuelto a escucharse en el sótano, desde que oyeran la respiración cavernosa de la bestia, pero estaba allí abajo, esto era claro. Era este el final del rastro que habían empezado por la mañana; su oportunidad, al fin.

Iósif Mikhail Grigoryev observó la puerta abierta del sótano. Quizás le diera tiempo a acercarse y cerrarla.

—Tenemos que bajar —murmuró temblando la mujer.

Escucharon las pisadas del monstruo subiendo las escaleras del sótano y una súbita fuerza movió las piernas y manos del maestro: se abalanzó contra la puerta mientras el peso de un cazador cuadrúpedo avanzaba lentamente hacia ellos.

Antes de cerrar de golpe la puerta, *¡blam!*, Iósif Mikhail Grigoryev acertó a ver entre la penumbra la masa oscura que ya estaba a punto de salir, la cabeza enorme y hocicuda, las orejas altas, los ojos encendidos.

Al otro lado de la puerta cerrada tronaron aquellos sonidos guturales, que eran mezcla de gritos y ladridos, mientras una fuerza descomunal trataba de echar la madera abajo con grandes golpes, arañando, rugiendo. El maestro sangrador había encerrado al *volkulaku*.



—Rápido, señora Nikolaevna, encienda un fuego.

Ella permanecía quieta, ante aquella puerta tras la que resonaban los bufidos del monstruo.

—Señora —insistió Grigoryev.

La mujer ciega aspiró una bocanada de aire, como si despertara, y se puso en marcha. Acudió tanteando hasta la chimenea que asomaba en la pared del fondo, entreverada de raíces y malas hierbas; en el camino iba tropezando con muebles desvencijados, las manos extendidas hacia el vacío.

El maestro sangrador acudió a su zurrón y comenzó a sacar las hierbas, el frasco con el agua de lluvia recogida de la huella, los otros elementos que habría de usar. Ya disponía del *aconitum*, ingrediente esencial. Tomó un puñado y lo añadió a lo que ya había juntado.

—No le hará usted daño, ¿verdad, señora? Cuando esa bestia se transforme en una persona, ya no será un *volkulaku*.

Viendo que Zenya Nikolaevna se encogía de hombros, el maestro añadió:

—No sé qué deuda tiene usted que saldar con el monstruo, y me imagino que será algo terrible lo que le hizo, pero una vez recupere su naturaleza humana no puede matarlo a sangre fría.

—No puedo, ¿eh?

—No debe.

La mujer torció una sonrisa amarga.

—Qué sabrá usted, maestro, de lo que no debo o no debo hacer.

—No es lo mismo disparar a una bestia o un hombre moribundo que está en una agonía dolorosísima, que matar a alguien a sangre fría.

La voz de Zenya Nikolaevna temblaba mientras se disponía a encender el fuego.

—En cualquiera de sus formas es una bestia, créame.

—Señora, usted me habló antes de lo que este bosque hace a las almas.

—Sí.

—¿Ha sucumbido usted también a la negrura de estos parajes, Zenya Nikolaevna?

—Quizás.

—Conozco bien a la negrura —replicó él— y por eso la combato. Pero la natura es como una balanza: en donde nace la oscuridad también hay una contraprestación de belleza o de dulzura. De luz.

Como si esto le hubiera recordado algo, no pudo ella evitar sonreír, melancólica.

—Es usted un ingenuo, maestro. Y puede que tenga razón, también. Pero no en este caso.

La sonrisa le hacía parecer veinte años más joven. Estaba, en la forma más sencilla que pueda darse, hermosa. Solo un arraigado hábito de prudencia contuvo al sangrador de decírselo, pero no le faltaron ganas.

—Estos bosques vuelven oscuros los corazones de la gente, ¿verdad?, usted lo dijo, y les incitan a abrir ciertas puertas.

—Por Dios que así es.

—Pues ahora es usted misma, Zenya Nikolaevna, la que enfrenta una de esas puertas. No la cruce matando a un inocente.

La mujer se puso de pie.

—Maestro —dijo en un hilo de voz—, no hay inocencia ahí. Ninguna. ¿Le queda claro?

—Siempre hay un… —replicó él, pero ella le interrumpió:

—No se interponga. Se lo suplico, Iósif Mikhail Grigoryev: no se interponga o primero lo mataré a usted y luego al condenado *volkulaku*.

Asintió Grigoryev, aunque ella no pudo verlo. Y los dos volvieron a su quehacer.

Era difícil para la mujer, acostumbrada al orden de casa, donde todo estaba en su sitio conocido; había dejado el mosquete en el suelo y ahora tropezaba con todo, manoteaba, se golpeaba los dedos con objetos imprevistos. Apretaba los dientes, furiosa e impotente, pero no cejaba en su empeño de sacar fuego de aquella chimenea abandonada.

Viéndola tan resuelta, el maestro sintió por ella una suerte de admiración.

—¿Cómo fue, que perdió usted la vista?, ¿un accidente?

Hubo un estremecimiento. Antes de responder se mantuvo gacha un instante.

—Alguien me quemó —dijo por lo bajo.

—¿Alguien?

—Mi madre.

Volvió el rostro hacia el maestro, con sus costurones y la quemadura que le atravesaba media frente hasta el puente de la nariz.

—Me lo había advertido muchas veces —dijo—. Siempre fui una niña curiosa; un día quise ver lo que no debía y me castigó.

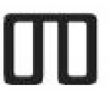
Nada respondió Grigoryev, detenido en el gesto dolido de aquella mujer fuerte y serena. El maestro sangrador ni siquiera alcanzó a imaginar la vida terrible que sufrían las gentes de este bosque olvidado; no era solo la consabida miseria y el hambre, sino la espantosa soledad… y desde hacía dos años el *volkulaku*, la peor de las amenazas, pesadilla salida de la negra mente de Satanás.

—Es usted una mujer valiente, Zenya Nikolaevna —dijo.

Y ella, para que no descubriera el rubor en sus mejillas, volvió la cara hacia la chimenea.

Por no importunarla, el maestro recogió hierbas y mejunjes y se puso en pie.

—¿Está ya ese fuego? Necesitamos mezclar todo esto en un caldero con agua.



Se basaba en la pura especulación, desde luego; ni Iósif Mikhail Grigoryev había preparado nunca una cura para la licantropía ni conocía de otro maestro que la hubiera llevado a cabo. Acudió a sus conocimientos, a lo que había leído aquí y allá, añadiendo, además, algunas gotas de su imaginación, que no era escasa, por cierto: si tal o cual cosa funciona así —se dijo—, por lógica funcionará ahora.

Como quiera que era imposible dárselo de beber al monstruo, Grigoryev pensó que sería buena práctica envolver al lobo con el humo que despidiera la mezcla. No era suya la idea: la vieja técnica exorcista judía de fumigación, cosa curiosa, había sido muy usada en el período del Segundo Templo para expulsar los espíritus inmundos.

—Vamos a ahumar a ese maldito —murmuró para sí.

Hacía rato que desde el sótano solo llegaban unos sonidos

lastimeros, los gruñidos de un animal herido que se duele. La mujer ciega no había dicho palabra desde que comenzara aquel fuego que ahora ardía en la chimenea de piedra. Al maestro no le pasó desapercibido el gesto preocupado, el temblor de las manos.

—Han pasado dos años, señora Nikolaevna, es mucho tiempo viviendo como bestia; acaso cuando recupere su naturaleza humana se encuentre confuso —dijo—. Puede incluso que ese enemigo suyo no la reconozca.

—No lo dude —replicó la Nikolaevna cabizbaja—. Me reconocerá.

Dudó él si hacer la pregunta.

—¿Es… su marido?

La Nikolaevna, en silencio, echó un par de maderas al fuego.

Como quiera que no dijo nada, el maestro sangrador no insistió. El preparado estaba listo, humeaba el líquido espeso en el caldero. El tubo de la chimenea se hallaba medio derruido y por toda la casita flotaba aquel vapor plomizo y apestoso.

—¿Funcionará? —preguntó ella.

—Quiera Dios —respondió el maestro—. Coja una tea encendida, ¿quiere? Que haga de antorcha.

Así lo hizo la ciega, sin preguntar para qué, mientras el maestro se anudaba dos telas viejas alrededor de las manos para poder agarrar el caldero hirviendo.

—Vaya conmigo con la antorcha por delante, Zenya Nikolaevna, pero tenga cuidado de no quemarme.

Caminaron pasillo adentro hacia la puerta cerrada del sótano; iba ella con el mosquete y la antorcha; él con el caldero ahumando el camino. Crujieron a su paso las cosas que había en el suelo: tierra de años, hojarasca, los cristales de una botella de vino hecha añicos.

—Todos los animales sienten terror por el fuego, este no va a ser distinto. Abra con cuidado y mantenga siempre la antorcha por delante. Confío en que eso lo mantenga a distancia para que yo pueda depositar el caldero ahí abajo. Luego saldremos corriendo y volveremos a encerrarlo. Si todo sale como espero, en un rato el humo habrá hecho su efecto.

El corazón de Zenya Nikolaevna latía con tanta intensidad que Grigoryev podía escucharlo, bombeando a su lado.

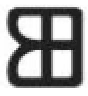
—Abra. Despacio.

La mujer ciega tanteó hasta encontrar la llave en la cerradura y la aferró.

Aún se miraron unos instantes; ella contemplando la oscuridad, rezando por que todo saliera bien; él, detenido en aquel rostro ajado pero hermoso. Por dentro no hacían sino rezar los dos porque aquel

vapor funcionase.

Aspiraron una bocanada de aire, como quien está a punto de sumergirse en agua helada, y Zenya Nikolaevna dio la vuelta a la llave y abrió la puerta.



El primero de los escalones crujió bajo el peso liviano de la mujer ciega.

Nada más cruzar el dintel se iluminó la negrura con la luz de la antorcha: Grigoryev atisbó, como en ráfagas, la composición del sótano que les esperaba abajo.

Era un lugar pequeño y cavernoso, no más grande que un establo, excavado en la pura tierra; el suelo se hallaba encharcado. Arriba sobresalían los tablones de la casa que tenían encima, entremezclados con raíces y tierra. Al pie de la escalera se amontonaban viejos muebles y cachivaches, un par de baúles.

—Despacio, Zenya Nikolaevna —musitó el maestro—; despacio por lo que más quiera.

Advirtió que, abajo, en la penumbra, se revolvía una forma. Gruñía el monstruo, a cuatro patas e incómodo, como el paciente que no termina de hallar la postura que calme su dolor. La exigua luz de la antorcha bastó para descubrir los cortes sangrantes que el hacha del correo había hecho sobre aquel cuerpo musculoso.

Se asemejaba a un perro, pero era más grande y más oscura la pelambre, que le cubría entero a excepción de antebrazos y pantorrillas; tenía, además, ciertos rasgos antropoides, que recordaban de lejos al humano que había sido un día. Llamaba la atención el rojo brillo de las pupilas, parecían dos ascuas encendidas; el tamaño de aquellas garras, las uñas negrísimas. Del hocico babeante asomaban unos dientes afilados y amarillos.

La mujer ciega movía la antorcha de un lado para otro mientras descendía.

—El *volkulaku* —murmuraba espantada—. Puedo escucharlo. Ya sabe que bajamos a por él.

Al maestro, que disponía de vista pero cargaba el caldero, le resultaba más difícil que a ella descender peldaño a peldaño aquella escalera destartalada. El humo que brotaba del mejunje hirviendo empezaba ya a extenderse por aquel espacio tenebroso. Grigoryev rogó a Dios por que al monstruo le bastara respirarlo para recuperar su forma humana.

Ocurre, como siempre, que el hombre propone y el diablo mete la zarpa: tres cosas sucedieron entonces que, en cadena, dieron al traste con tantos bienintencionados planes.

Lo primero fue que el monstruo, dolorido, se giró hacia ellos y habló. Había en aquellos ojos rojos una sombra de pena; parecía más que nunca humano aquel rostro animal. Su voz rota, algo cavernosa y como fusionada con la tonalidad de una anciana, resultaba irreal: —Hija —dijo mirando a la mujer ciega.

Escuchar aquella voz heló de terror a Grigoryev.

Al verse ante su madre, la bruja, Zenya Nikolaevna perdió la determinación que tanto la había acompañado: se detuvo de golpe en su descenso por las escaleras e hizo tropezar al maestro sangrador.

La escalera destartalada se vio incapaz de soportar aquel estremecimiento y se vino abajo, este fue el tercero de los desdichados acontecimientos. Cayeron al suelo del sótano el maestro y la mujer, entre maderas y tablones; y el contenido del caldero se desparramó en un charco ante sus ojos espantados.



Hubo primero algo de confusión, por el golpe; pero enseguida se recompusieron, ella y él, y fueron a dar con las espaldas contra la pared por escapar de la cercanía del monstruo.

El *volkulaku*, malherido, les observaba a unos metros de distancia, no más de tres. Grigoryev se preguntaba si la bestia tendría fuerzas todavía para lanzarse sobre ellos: ¿qué podría ser más reconstituyente que una buena zampada de carne fresca, para recuperarse de aquellos hachazos? Del brebaje apenas quedaba nada en el fondo del caldero, pero el vapor se había extendido por toda la estancia y confió el maestro en que todavía sirviera a su propósito.

La vieja bruja convertida en monstruo se hallaba pendiente de Zenya Nikolaevna.

—Hija. —Parecía en verdad emocionada de volver a verla—. ¿Qué puedo decir? Fue más fuerte que yo, no pude resistirme.

La mujer ciega apretaba los dientes.

—Perra maldita —decía. Se le saltaban los lagrimones, de odio y de rabia, mientras buscaba con la mano el mosquete que había perdido—. Me quitaste lo que más quería del mundo. Tonta de mí, qué estúpida, qué inocente. Había oído que estabas enferma, tenía que haber venido yo. Enviarla aquí fue el mayor error de mi vida.

Grigoryev se hallaba perplejo: contemplaba cómo la ciega extendía

la mano a la búsqueda del mosquete, pero no era a sus pies donde había caído, sino a los suyos; al maestro sangrador le bastaba con extender el brazo y aferrarlo.

El *volkulaku*, sin embargo, tenía otros planes. Giró el hocico hacia él.

—¡Tú!, quieto con eso —le dijo enseñando los dientes y gruñó amenazadora.

Qué experiencia para ellos, si hubieran estado allí los sabios de la isla Vasílievski, los doctos maestros de la escuela de Berzelius; ya estaba haciendo su efecto el vapor que inundaba el sótano: operaba sobre el cuerpo de la bestia maravillas asombrosas. Se contraían las patas en su camino hacia convertirse en piernas, iba encarnándose el pelo en la piel de la vieja, por partes, y en algunas zonas era todavía un pelaje oscuro y áspero para dejar ver, en otras, la piel sonrosada. La vieja se dolía, aquella no era una transfiguración pacífica; y en cierto modo parecía luchar contra ello, como si la naturaleza lobuna fuera la real y no la humana: se resistía a ser mujer.

—Zenya —decía entre dolores, apretando las mandíbulas de lobo, y extendía la garra hacia ella en petición de auxilio—. ¡Zenya!

—Me quitaste lo que más quería —repetía la Nikolaevna, con una expresión devastada.

La mujer *volkulaku* comenzó a arrastrarse hacia su hija.

Aprovechó Iósif Mikhail Grigoryev para agarrar el mosquete y apuntarle; era ya mitad hembra, mitad monstruo. El maestro escuchaba su propia respiración, jadeante de terror, por debajo de los gruñidos, de los chasquidos de los huesos que se quebraban al paso de la transfiguración hacia la anatomía humana. Restallaban las vértebras del monstruo, las rodillas y los codos, se reorganizaban las costillas y los hombros, pero en la oscuridad del sótano todavía brillaban aquellos ojos rojos.

—Maestro —dijo la mujer ciega en una súplica. «Dispare», decía el tono de su voz temblorosa.

Iósif Mikhail Grigoryev se resistía, sin embargo: aquella no era ya una bestia, sino una bestia que se encaminaba a ser mujer. Quería su espíritu pensar que, una vez transformada, ya no habría peligro.

La mujer *volkulaku*, retorciéndose, todavía extendía la zarpa hacia su hija, cada vez más cerca de ella.

—¡Zenya, perdóname! ¡Fue más fuerte que yo!

—¡Maestro, dispare!

Temblaba el mosquete en manos del sangrador. Lo suyo era curar las heridas, sanar los cuerpos, nunca en su vida había disparado un arma. También él lloraba, de miedo.

—La vi tan delicada —dijo la vieja—, tan hermosa, al pie de mi cama…

—¡Maestro, dispare, por el amor de Dios!

Caían unas babas espesas del hocico de la bestia, se relamía aquella lengua asquerosa entre los colmillos.

—¿Cómo resistirse? —dijo—. ¡Cómo resistir aquel hambre terrible!

—¡Maestro, dispare!

Restaba apenas un metro para que la mujer agarrara por fin la pierna de su hija ciega, por más que Zenya Nikolaevna se encogía aterrada, rodeada de la negrura de su ceguera, y solo pudiera atisbar en su cabeza la distancia cortísima que ahora la separaba de su madre la bruja.

—¿Sabes lo que dijo antes de que me la comiera? —preguntó la bestia.

—¡Dispare!

—Lo que dijo aquella boca preciosa, tan rojita…

—¡Dispare!

Se abrieron las fauces de la bestia, a pesar de que era ya más humana que lobo. Estaba a punto de morder a Zenya Nikolaevna, a pesar de que era su madre, la condenada alimaña, incapaz de amar y de besar, incapaz en su más profunda naturaleza, a pesar de que apenas quedaba en ella nada de *volkulaku*.

—Dijo: «¡Abuelita, qué dientes tan grandes tienes!».

Amagó el brinco que habría de dar para abalanzarse sobre su hija ciega y resonó en el sótano el estampido, como un trueno. En un instante se llenó de humo la estancia tenebrosa y se hizo el silencio.

Humeaba el mosquete que Iósif Mikhail Grigoryev acababa de disparar.

Un fuerte pitido sonaba en los oídos de los dos, tras el fogonazo, por encima de los llantos de Zenya Nikolaevna.

El cadáver de su madre, la bruja, transfigurada ya en humana, reposaba a sus pies con media cabeza descerrajada.

El maestro temblaba. Enfrentado a aquella naturaleza corrompida fue a reírse, de puro terror, pero a su rostro solamente asomó una mueca rígida.

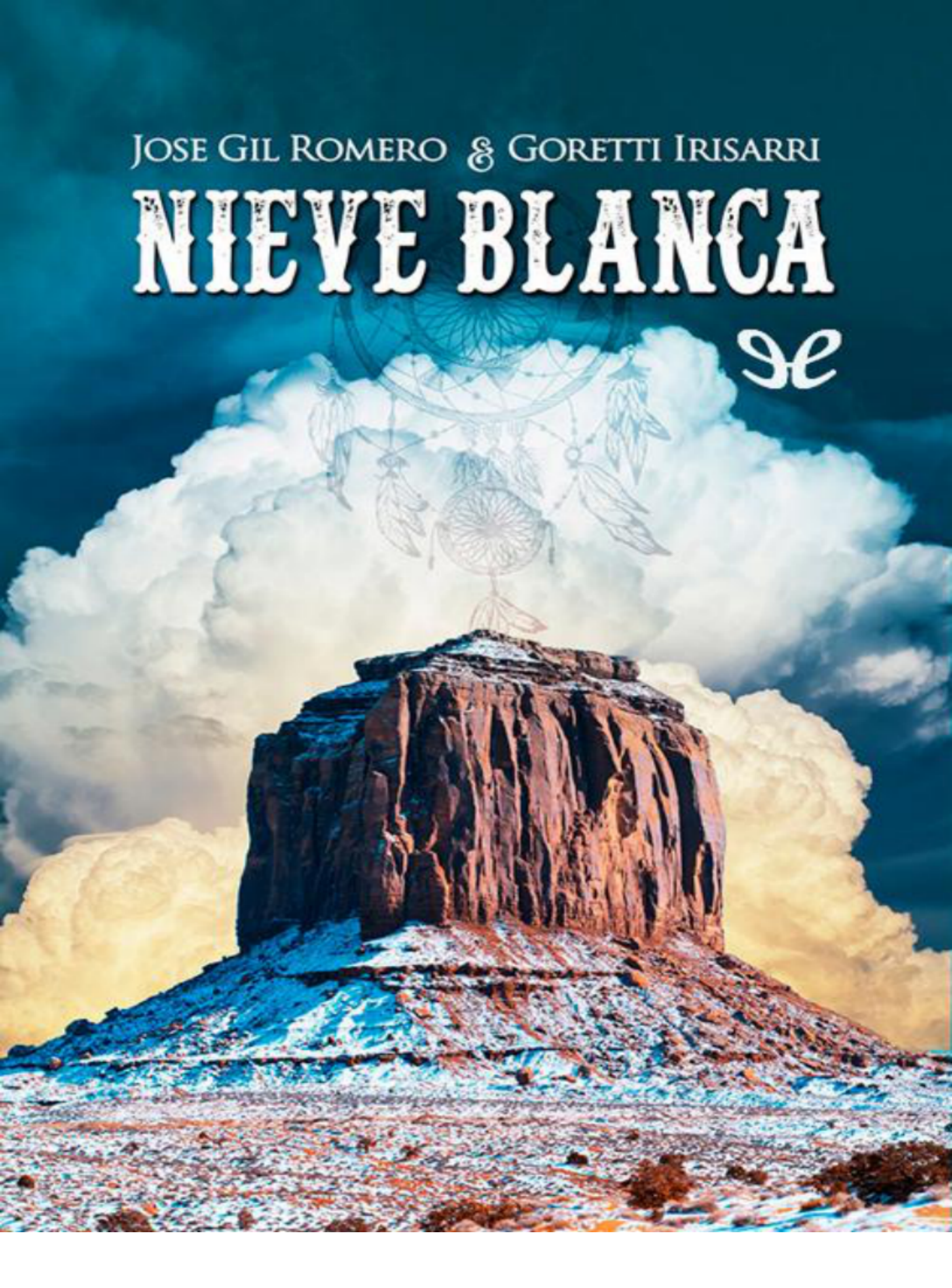
Allá en la esquina del sótano, donde había caído la antorcha, aparecían ahora iluminados unos restos humanos; roído hasta el último de los huesos el esqueleto desmembrado de una niña junto a sus ropas, a las que los años habían convertido en jirones. Sobre las ropitas, destacaba el alegre colorido de una pequeña caperuza roja.



JOSE GIL ROMERO (Las Palmas de Gran Canaria, 1971) y GORETTI IRISARRI (Vigo, 1974) forman un tándem creativo desde hace más de veinte años. Tras licenciarse en Comunicación Audiovisual, crean un exitoso colectivo de cortometrajes, galardonados con más de cuarenta premios en diversos festivales. Tras esto vienen años de trabajo conjunto en el mundo del guion de cine, la ficción televisiva o la animación, donde desarrollan proyectos propios y ajenos.

En 2011 fundan con otros compañeros el colectivo editorial y revista *La Playa de Madrid* donde realizan crítica de literatura y cine, además de ediciones experimentales. José Gil Romero ha sido profesor de diseño, narrativa cinematográfica y teatro; Goretti Irisarri ha obtenido un DEA en Filosofía con una tesina sobre Poe y ha publicado artículos en diversas revistas culturales.

Actualmente se encuentran preparando dos proyectos para televisión: *Todos los muertos* y *Mercenario don Quijote*.


Jose Gil Romero & Goretti Irisarri
NIEVE BLANCA

En su camino hacia una vieja mina de diamantes, siete bandidos terminan cruzándose con una india llamada Nieve Blanca, que huye de una mujer que ha intentado asesinarla.



Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

Nieve Blanca

Historias olvidadas - 4

ePub r1.0

Titivillus 15-03-2024

Título original: *Nieve blanca*
Jose Gil Romero & Goretti Irisarri, 2021
Ilustración de cubierta por Jose Gil Romero y Goretti Irisarri a partir de imágenes de Joshua Kantarges y Adam Kring
Relación de imágenes: *Mosa, Mohave girl*, foto de Edward S. Curtis, 1903

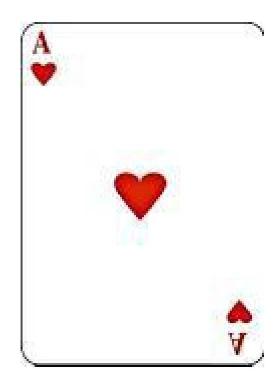
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



—Eran criminales perseguidos por la Justicia; fugitivos.

ELMORE LEONARD,
Un tipo implacable.

Nieve Blanca



—Recarajo, con los años te has vuelto un cascarrabias.

En eso tenía razón Doc: la mala vida se había encargado de avinagrar a su hermano; William *Bill Grumpy* Marsden se pasaba el día farfullando.

—No veo muchas razones para estar contentos —replicó Bill con su acostumbrado rictus de cabreo.

La luz de la luna entraba por el ventanuco de la celda e iba a caer sobre una rata que, allá en medio, se lamía las patas observando a los dos hermanos. La oficina del *sheriff* apestaba a orines: el anterior preso, de puro miedo, se había meado en los pantalones minutos antes de salir hacia el patíbulo.

Cooper Doc Marsden colocó las manos sobre la cabeza para que hicieran de almohada.

—No vamos a recibir nada que no merezcamos —dijo.

Se encogió de hombros el gruñón de Bill y acabó por darse la vuelta hacia la pared.

Todavía resonaba en su cabeza el sonido del cráneo del viejo, estrellándose contra el suelo de madera.

«Está muerto», dijo su hermano Doc, y Bill respondió: «Todavía respira». De modo que el más agrio de los hermanos Marsden se arrodilló sobre el vientre del usurero y comenzó a estrangularle. De la cabeza del viejo comenzó a manar un flujo de sangre viscosa, oscura. «Te digo que ya está frito», insistió Doc, pero Bill apretaba y apretaba,

sentía la tráquea comprimida entre sus pequeñas manos. Nadie habría dicho que aquel hombre tan bajo, bajísimo, pudiera tener semejante fuerza.

El viejo soltó un estertor prolongado y por fin dejó de respirar. Bill Marsden, jadeando, se retiró hacia atrás para contemplarlo. «Ahora —dijo—. Ahora está muerto».

No fue difícil acusar de asesinato a los dos hermanos cuando los capturaron en una taberna: llevaban encima el maldito reloj del viejo. Habían conseguido un dinerito tras vender los gemelos de oro y estaban tan borrachos que fueron incapaces de ofrecer resistencia al *sheriff* manco de Independence.

Vuelto hacia la pared, a Bill Marsden le invadió una angustiosa sensación de desamparo, como cuando era pequeño y temía que, después de acudir a la iglesia, los otros niños vinieran a darle una paliza.

—No quiero morir —dijo por lo bajo.

Había un tercero en discordia, acostado en el suelo frío de la celda: el tercero de los inquilinos, que sacó un pañuelo de su chaqueta astrosa y se sonó los mocos haciendo mucho ruido.

—Caballeros —dijo—, no hace mucho me encontraba yo en una situación parecida a la de ustedes. —Después estornudó.

El traje que vestía había conocido tiempos mejores, estaba lleno de remiendos y pelusas. Al charlatán lo habían encerrado por vender un tónico crecepelo que no hacía sino provocar diarreas a quien lo tomara.

—¿Con una situación parecida, señor, se refiere a esperar para ser ahorcado al amanecer?

—Oh no —respondió el hombrecillo guardándose el pañuelo—. Me refiero a estar encerrado en una celducha sin ningún horizonte por delante. Como ustedes, caballeros, no se ofendan.

Bill Marsden se revolvió en el camastro.

—Bonito horizonte te espera cuando salgas, matasanos. Arrastrando los huesos de pueblo en pueblo y vendiendo esa porquería. Donde no te reciban con una paliza te llenarán de brea y plumas o te meterán en una celda. Más te valdría que mañana te ahorcaran con nosotros.

—*Ocontrer, mesié* —replicó el matasanos imitando el francés—. Esa vida terminó para mí. Me atraparon precisamente de camino hacia *cierto sitio*. Cierto sitio que va a procurarme un retiro soñado, caballeros, pues tengo intención de hacerme asquerosamente rico.

Se acodó en el camastro el viejo Doc para observarle, divertido de escuchar al cantamañanas.

—¿Cómo es eso, señor? ¿Piensa heredar?

—No, yo…

Calló de pronto, receloso de contar su secreto a los canallas. Pero luego, sabiendo que por la mañana estarían muertos y que en nada podrían entorpecerle, el muy vanidoso decidió compartirlo con ellos.

Se levantó del suelo antes de proseguir y, por asegurarse de que no estuviera escuchando el alguacil, asomó la cara entre los barrotes. Allá roncaba el muchacho, con los pies encima de la mesa y la barbilla apoyada en el pecho.

Sabiéndose seguro, el charlatán reculó hasta las dos camas donde se acostaban los hermanos Marsden.

—Ha llegado hasta mis oídos cierta información —susurró acuclillándose—. La localización de una mina, mal administrada por un alemán, que no consigue sacar de ella más que pedruscos, pero que, según me cuentan, si uno sabe dónde buscar, esconde diamantes del tamaño de puños. De puños, caballeros.

Se giró Bill y cruzó la mirada con la de su hermano Doc.

—Cuando dice «en esta mina»…, ¿dónde se refiere?

—Ah, pues…

Se mordió los labios. Le miraban los cuatro ojillos Marsden, brillando como zafiros.

—No creerán que les contaría a ustedes eso.

—¿Por qué no? —replicó Doc—. Mañana colgaremos a dos metros de altura, en la horca.

Todavía los miró con recelo, el matasanos.

Se llamaba Cletus Culpepper y no había hecho otra maldita cosa en la vida que engañar a sus semejantes. A tal fin se había hecho pasar por abogado y por médico, por comerciante de vinos y de telas, se había hecho pasar por viudo, por padre, por hijo, por cura y por alcalde; arrastrando el culo por medio oeste había estafado a hombres, mujeres y niños.

En esta ocasión, sin embargo y por primera vez en su vida, era verdad lo que contaba: la mina existía y también el alemán que la estaba desperdiciando. ¿Iba a contarles a estos dos asesinos dónde encontrar el dorado final del arco iris?

Estornudó otra vez y sacó el pañuelo.

—Mis labios están sellados, caballeros —dijo. Y se sonó.

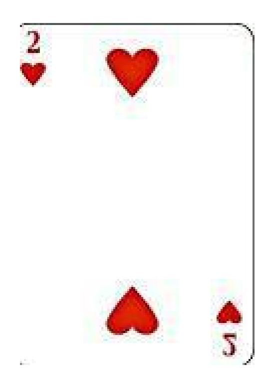
Volvieron a repantigarse en el camastro los hermanos Marsden; Bill refunfuñando, Doc mirando al techo. Su mente cavilaba tranquila desde que les habían metido allí; ahora, sin embargo, tenía un aliciente poderoso para tener prisa. No era lo mismo escapar de la muerte para recuperar una vida miserable que le aburría desde hacía

años, que escapar para convertirse en un hombre rico.

—¿Estás seguro de que vendrá? —preguntó Bill desde su cama.

Cooper *Doc* Marsden sonrió.

—Estoy seguro. Paciencia, hermano. Paciencia.



Era claro que los hermanos Marsden organizarían alguna de las suyas para escapar de allí.

Quedaban todavía un par de horas para el alba cuando una voz alborozada susurró al otro lado del ventanuco que daba refresco a la celda.

—Inútiles, llegó el rescate.

Se incorporaron Doc y Bill, con las caras iluminadas por la luz de la luna.

—Apartaos —dijo Fenimore *Happy* Marsden—, va a ser un poco ruidoso.

Los dos hermanos se llegaron hasta la puerta de la celda para alejarse lo más posible del ventanuco.

—Señor —dijo Doc al cantamañanas—, le sugiero que se aparte de ahí si no quiere terminar sin tripas.

Sorbiéndose los mocos acudió junto a ellos el vendedor de crecepelos Cletus Culpepper, y los tres se arrebujaron contra la puerta de la celda.

—Que corra el aire —dijo Bill *Grumpy* apartándolo con el codo.

En unos segundos escucharon el siseo, como si una serpiente se hubiera puesto a silbar al otro lado del muro.

—Dios mío —dijo Cletus.

Sonó un petardazo terrible y la celda se llenó de humo. Hubo tal estruendo que el alguacil que dormitaba allá en su mesa cayó al suelo de culo; despertó muy confuso, ni siquiera recordaba que se hallaba en la oficina del *sheriff*, montando guardia contra los temibles hermanos Marsden.

Cuando, de rodillas todavía, echó un vistazo a la celda la encontró llena de humo y de polvo. Echó a correr hacia los barrotes y descubrió

el boquete en la pared, por donde habían escapado los desalmados Marsden y el patán de los crecepelos.

—¡Madre del amor hermoso!

Y se dispuso a abrir la celda y a desenfundar, pero llaves y pistola se habían quedado atrás, en el armario del *sheriff*, y no pudo hacer ni una cosa ni otra. Acudió al armario, escuchaba ya a los caballos relinchando en la trasera de la oficina, y sacó uno de los colt .45. Era muy picajoso el *sheriff* respecto de mantener guardadas las armas; no confiaba en ellas, después de que un rifle Remington le estallara dejándole manco.

Salió a la calle principal del pueblo el joven alguacil, mirando en derredor. Observó que, por un lado, escapaba el charlatán, llevándose, además, su caballo pinto; y que, en dirección opuesta, escapaban los hermanos Marsden acompañados de un tercero.

—¡Alto en nombre de la ley! —gritó el alguacil—. ¡Tú!, ¡hijo de perra, mi caballo!

Tiró un disparo al aire, que tras resonar por todo el pueblo no hizo sino meter más prisa a los bandidos, y después apuntó con su colt y disparó hacia ellos. La bala silbó junto a la cabeza de Fenimore *Happy* Marsden, que celebró su buena suerte.

—¡Un poco más a la derecha, borrico! —gritó desde su caballo.

El chico disparó una vez más, dos, tres, pero ninguno de sus disparos acertó en el blanco.

—¡Coño!

Comenzaron a salir a las ventanas los vecinos de Independence, con cuidado de no asomar demasiado y encontrarse con una bala perdida. En una de las puertas de la casa apareció el *sheriff* manco subiéndose los tirantes.

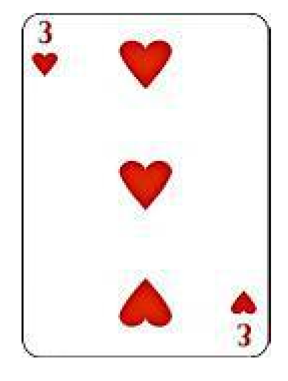
—¡Muchacho!, ¿quieres dejar de disparar en medio de la calle, por el amor de Dios?

—¡Es que se escapan, *sheriff*, los Marsden y el charlatán! ¡Se lleva mi condenado pinto!

—Ya iremos a por ellos, carajo, deja de pegar tiros en el pueblo, que todavía matarás a un inocente.

Iba descalzo y en camiseta interior, el *sheriff* manco Hackman Harris. Con la mano sana acabó por subirse el segundo tirante, mientras contemplaba la silueta de los bandidos, apenas unos puntos en el camino alejándose entre una nube de polvo.

Y así fue como escaparon de la prisión de Independence los hermanos Bill y Doc Marsden, liberados por su hermano Happy, a pocas horas de ser ahorcados en el patíbulo.



Llevaban un rato cabalgando a toda carrera cuando, por no reventarlos y en lo alto de una colina, detuvieron los caballos. Jadeaban también los tres hermanos, a lomos de las bestias; fue entonces que se dieron un apretón de manos.

—Creíamos que no vendrías —dijo Doc.

Happy se echó una buena risotada.

—Me lo estuve pensando hasta el último momento. Hubiera tenido su gracia veros colgando de la horca.

—Tú le encuentras la gracia a todo, don Pamplinas —replicó huraño Bill.

Desde aquel alto podían observar el pueblo, abajo. Independence se hallaba alborotado tras su huida; iban y venían sus habitantes como hormiguitas.

—Están organizando una batida.

—En unos días saldremos de su jurisdicción; solo tenemos que aguantar hasta entonces.

Doc Marsden se adelantó y apoyó los antebrazos en el cuerno de su silla.

—Tenemos una cosa pendiente; hay un charlatán, un bribón de estos que venden crecepelo, estaba con nosotros en la celda.

—Maldita la hora —replicó Bill.

—Bendita si lo que nos contó es cierto. Dice que conoce el paradero de una mina de diamantes. El dueño es un alemán.

Happy Marsden le vio posibilidades a la cosa.

Fenimore Marsden era uno de los hermanos de en medio; delgado como un cadáver y medio calvo, la sotana que siempre llevaba encima le venía como anillo al dedo. Tan bajito como sus hermanos y disfrazado de predicador, nadie diría de él que constituía una amenaza. Acostumbraba a decir que un alzacuellos abría muchas más puertas que una pistola; quizás por eso lo suyo eran los explosivos. Lo cierto es que a su paso se abrían los despachos de los bancos; tras ver a un sacerdote en medio del camino, se detenían las diligencias.

Llegado ese momento, atacaban Fenimore *Happy* Marsden y su eterna sonrisa. Era el más encantador de los hermanos; el que más disfrutaba de la vida, también. No había placer del que Happy se privara, ya fuera beber o comer o follar. En todo era capaz de ver el lado positivo.

—Una mina de diamantes suena bien.

Fenimore apoyó los pies en los estribos y se puso de pie para atisbar el horizonte. Allá se veía el camino de salida del pueblo, aquel que había tomado el charlatán con el pinto que había robado; aún podía vislumbrarse el reguero de polvo que levantaba en su escapada.

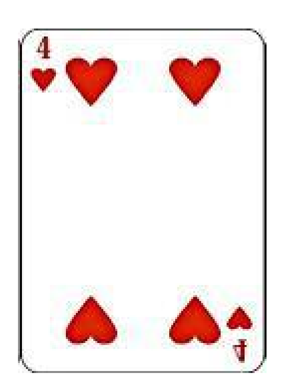
—No irán a por él, preferían salir a por nosotros.

—Si echamos una carrera podemos atajarlo en una horita.

Estuvieron de acuerdo los tres; valía la pena probar, si es que aquella mina y aquellos diamantes podían por fin sacarles de tanta miseria y de tiros y de huidas.

—Como sea mentira le voy a meter por el culo un frasco del crecepelo.

Azuzaron a los caballos y los tres hermanos se pusieron en marcha, en dirección a la nube de polvo que en el horizonte levantaba el pinto.



Los lamentos del lechón se oían de lejos; eran tantas las ansias por despertar a su madre que el pobre empujaba el cuerpo exánime contra la valla.

—Está como loco —se lamentaba la porquera, de rodillas en el barro y tratando de separarlo. Los lagrimones que le caían por la cara dibujaban surcos en la mugre—. La ruina, señor, la ruina.

Junto a la granja, ofrecía una silueta estrafalaria la cabaña, en la que sobresalía el piso superior como si al tejado le hubiese salido un absceso. Una valla levantada con restos de somieres y colchones impedía que los gorrinos huyeran; era contra este vallado que el lechoncillo empujaba el cadáver de su madre muerta: el suelo en derredor y el cuerpo del animal se iban nevando de bolas de lana.

Con los años, la porquera había ido adquiriendo un aire de cerdo ella misma, con la nariz chata y los mofletes hinchados de hidropesía.

Sus ojitos reflejaban una estulticia tan elemental como la de cualquiera de sus animales, pero Cletus Culpepper monologaba tal que si estuviese frente a un corrillo de doctos.

—*Influenza gorrinae* —dijo rebuscando en su chaqueta— de las del tipo *fatidicalis*; una conocida lacra del *porcus domesticus*. Hablamos de una peste peligrosísima, señora, que puede propagarse también al *homo sapiens*.

—¿A quién?

—Entiéndaseme: que se contagia espantosamente a los humanos.

La porquera miró al lechoncito y, temerosa, dio un paso atrás para colocarse a prudente distancia.

Culpepper sacó un frasco del bolsillo interior.

—Menos mal que me tiene usted aquí. Dispongo de un específico potentísimo, fabricado en Europa, que cura este mal en el cerdo y, milagrosamente, en las personas. Solo con una cucharada a sus gorrinos cada noche, querida señora, y le prometo curación segura. Por el mismo precio, además, cura las almorranas, los males femeninos, elimina cualquier verruga y, por si esto fuera poco, previene del mal alien…

Los ojos de Cletus Culpepper se volvieron platos al reconocer a sus compañeros de celda, que se acercaban con aire amenazante acompañados de un predicador. A pesar de ser achaparrados los tres, inspiraban temor.

—Doctor Cletus Culpepper —dijo el primero de los Marsden—. La última vez que nos vimos apenas pudimos despedirnos.

Se plantaron los tres hermanos en la empalizada de los cerdos; la porquera los miraba recelosa.

—¿Los conoce usted? —preguntó al cantamañanas.

—Por encima. De vista. Más o menos.

—Estaría usted explicándole a la señora, me imagino —dijo Doc—, que su universidad estaría muy interesada en estudiar ese lechón, ¿no es así?

—¿Sí? Bueno, yo…

—No sé de dónde voy a sacar fuerzas para matar a este pobrecín —dijo la porquera—; no quiero que me emponzoñe al resto de la piara.

—¿Matarlo? Pero cómo, señora —replicó Doc—. Si se lo entrega a este caballero, él le dará a cambio una bonita suma.

Saltó el cantamañanas como un resorte:

—¿Yo? Oiga…

Bill *Grumpy* Marsden apoyó su mano en el revólver enfundado.

—Qué buena labor hace usted, doctor Cletus, pagando a los granjeros por los cerdos enfermos —dijo; los ojos parecían de hielo. Y

añadió silabeando—: Páguele.

Sudaba el charlatán pasándose el pañuelo por la nariz, no sabía dónde meterse.

—Bien, yo… No sé si dispongo ahora de liquidez…

—Claro que dispone. Pague a la señora, doctor.

Las manos de los tres hombres se habían posado sobre las culatas de sus revólveres. Cletus Culpepper pudiera ser un canalla, pero de necio no tenía un pelo.

—Desde luego —dijo—. Le pagaré con mucho gusto.

—Páguele treinta pavos.

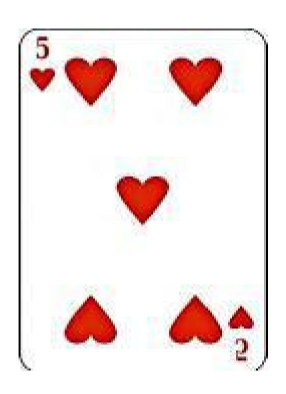
—Co–coño, ¿treinta?

Estaba verde el charlatán. Terminó pagando treinta dólares por un cochino que no valdría más de siete. Forzaba tanto la sonrisa que se le marcaban las venas del cuello.

La mujer, exultante, le colocó en los brazos el lechoncillo.

—Qué favor me ha hecho usted, doctor Cletus. Se me lleva el cerdo y me deja un buen dinero, no sabe lo mucho que esto me va a ayudar.

—Sí, ¿verdad? —respondió el truhan cargando el lechoncillo—. Yo encantado.



Con el lechoncillo berreando al brazo como un bebé, no veía la hora Culpepper de subirse al pinto y salir de allí cuando el predicador le agarró las bridas y se apoyó en el caballo.

—¿A qué tantas prisas, amigo? *Coooc coooc*. Me pregunto si pones huevos.

Los otros dos hermanos, Doc y Bill, le cortaban cualquier camino de huida.

—Trae eso para acá —replicó Bill con su acostumbrado gesto de vinagre.

Llamaba la atención ver el mimo con que le arrebató el cerdito, poniendo cuidado de no hacerle daño. En sus brazos calló el lechón, igual que si de repente se hubiera sentido a salvo.

Para Cletus Culpepper, sin embargo, tan inquietante resultaba la

sonrisa de unos como la fiereza del otro.

—¿Qué quieren de mí?, apenas me queda dinero, se lo he dado todo a la maldita porquera.

—¿Dinero? ¿Por quién nos tomas, Cletus? ¿Crees que somos unos bandidos?

A Culpepper le vinieron a la cabeza las muchas bravuconadas que había soltado en la cárcel. Se maldecía a sí mismo por haber hablado de más; y no sería la última vez que maldijese ese momento.

—La mina del alemán —murmuró.

Happy le dio unas palmaditas en la espalda.

—Hemos venido a ofrecerte nuestros servicios, don Crecepelo. Servicios remunerados, quiero decir.

—Yo…

—No tiene usted pinta de hombre de acción, señor, sin ofender —dijo Doc.

—No me ofendo. Y tiene razón, caballero, mis armas siempre han sido las palabras.

—Eso me parecía. Entonces nos preguntábamos…

Dio un respingo sobre el caballo el gruñón de Bill, harto de tantas idas y venidas.

—Carajo, no comprendemos cómo piensas deshacerte del alemán ese de la mina.

El charlatán se repasó los bajos de la nariz con el pañuelo.

—¿Cómo pienso deshacerme de él, dice?

—¿Vas a quedarte con su condenada mina y sus condenados diamantes pidiéndole por favor que se marche?

Intervino Doc; su voz recordaba al susurro de una serpiente.

—En esta vida todo tiene un precio, señor. Si quiere usted los diamantes, tendrá que deshacerse del alemán.

El matasanos nada respondió, pensativo.

—Quizás —añadió Doc— no le vinieran mal las manos expertas de unos profesionales.

—Aquello —añadió Happy— es un enorme filetazo de carne; y tú, ¿qué eres tú? —hizo el gesto con el índice y el pulgar—, una sola patatita.

Culpepper sudaba.

—Entiendo que ustedes son el resto de la guarnición.

Happy echó un vistazo al cerdito y se relamió.

—A todo esto, joder, qué hambre.

Bill *Grumpy* Marsden apretó el lechón junto a su pecho.

—Cómete las botas, Happy. Te juro que si te acercas al cerdo acabo contigo.

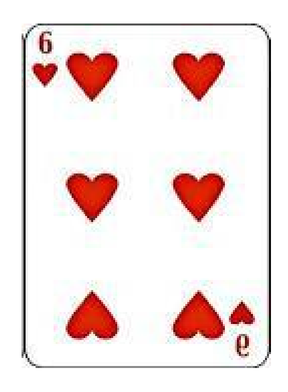
Se rio el predicador.

—Me mantendré a distancia, hombre, no me había dado cuenta de que te habías enamorado.

Ninguno había reparado en que, atrás, Doc permanecía atento a algo en la distancia, con aire preocupado.

Fenimore *Happy* le pasó el brazo por los hombros al cabizbajo Cletus Culpepper.

—Entonces, gallinita, ¿estamos de acuerdo? Dinos dónde queda esa puñetera mina.



Atado por una cuerda, les seguía el cerdito tan contento. Cabalgaban los tres hermanos Marsden al trote, junto al cantamañanas de Cletus Culpepper, que montaba el pinto del alguacil.

—Eres inteligente, don Crecepelo —dijo Happy—. Un hombre tiene que conocer sus limitaciones, ya lo dice la Biblia: «¡La sabiduría es más preciosa que el coral, más que el cristal de roca y que las perlas!», Job 28,18. Con nosotros estarás seguro.

—No sé yo —replicó Cletus. Y los hermanos le miraron—. En fin —añadió tragando saliva—, no son ustedes conocidos por ser unos santos, precisamente. ¿En cuántos estados se les busca?

—A mí en cuatro —dijo uno.

—En dos —dijo otro.

—A mí me buscan vivo o muerto en cinco.

Miraron todos a Bill, y Happy, a carcajada limpia, amagó el darle un puntapié desde su caballo.

—¡Largo de aquí, fanfarrón mentiroso! ¿De cuándo a dónde te buscan a ti en cinco estados?

—¿No me crees, idiota?

Bill se puso a contar con los dedos.

—El robo de la diligencia de Riobravo; el asalto al burdel de Big Whiskey; lo del banco de Hadleyville; el asalto a la armería de Elmore; el robo en la pensión de…

—Para el carro, muchacho —replicó Happy—; el robo en la

pensión lo hice yo, tú estabas esperando en los caballos.

—Díselo al *sheriff* del condado de Leonard, que tiene un retrato mío colgando de la pared donde se pide doscientos dólares por mi jodida cabeza.

—Se lo diré si me lo pregunta: que mientras tú te tocabas los cojones la pensión aquella la desvalijé yo.

—¿Queréis callar los dos? —dijo Doc—. No os volváis, pero nos están siguiendo.

Como activados por un resorte, los tres hombres se volvieron a la vez.

El camino parecía despejado.

—Yo no veo a nadie.

—¿El *sheriff* manco?

—Sea quien sea nos sigue desde lo de lo del cerdo, de modo que callaros la boca y no discutáis por bobadas, estaos atentos.

Callaron los hermanos, por no soliviantar al mayor, aunque por lo bajo, y ante la atemorizada mirada de Cletus Culpepper, se decían todavía: —Cuatro estados.

—Cinco.

—Cuatro.

Al cabo de un rato se habían apaciguado los ánimos. Bebían los caballos en un riachuelo y los hombres, sentados aún sobre ellos, les dejaban hacer. Estaban callados los Marsden y el charlatán, pero contentos y algo expectantes. Culpepper se veía ya inmoralmente rico. Cada uno de los hermanos, por su parte, se preguntaba si, llegado el caso, compartiría los diamantes con los otros o se los quedaría todos para él. Si en algo se parecían los tres era por vivir solo el presente; de modo que, casi al unísono, decidieron que ya enfrentarían ese problema cuando llegara.

—¿No vive Averell por aquí cerca? —preguntó Happy mirando en derredor.

—Eso me parece recordar.

—Hace años que no sé de él. Desde que se casó, ni más ni menos.

—Lo más probable —intervino Bill— es que lo colgaran de un condenado árbol hace años.

Se elevó Happy sobre la silla para observar el terreno; tenía la impresión de reconocer los abedules que coronaban aquella colina, el caminito que subía serpenteando.

—Si estamos donde yo creo, la cabaña de Averell está a una hora de camino. Nos vendría bien alguien como él.

—¿*Como él*? —preguntó Cletus.

Planteó Happy la pregunta sobrevolando a sus hermanos con la

mirada.

—¿Acaso no necesitaremos una carreta si sale lo de la mina?

Cletus Culpepper se encogió de hombros. Solo Bill rezongó por lo bajo.

—Ese idiota no puede traernos sino problemas. Yo digo que pasemos de largo.

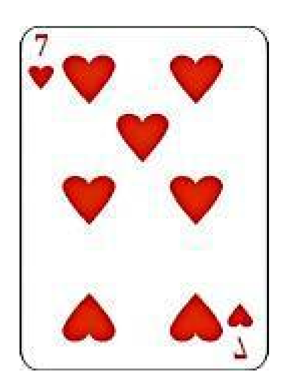
—Iremos a verle, pues —replicó Happy.

Y echó una de sus risotadas.

Fue *Doc* Marsden el primero en enfilar el caminito que ascendía por la colina. Detrás, enseguida, le siguieron Happy y Cletus, a quien todavía le costaba un poco dominar aquel pinto nervioso. Atrás quedó rebufando Grumpy, detenido sobre su caballo.

—Válgame Cristo, Bill —replicó Happy, entre risas—, ¡cabalga y no rezongues más, coño!

Todavía resopló una vez el cascarrabias de Bill, antes de espolear a su caballo y seguir al grupito de miserables.



—Averell —dijo Happy— no acudió a la cita el día en que Dios, en su infinita sabiduría, repartió el don de la inteligencia entre los cuatro hermanos Marsden.

Era conocida y reconocida su habilidad para conducir una carreta con mulas, pero más allá de eso era inviable pedirle a Averell mucho más. «Lo que queráis, cabronazos, pero conducir así no es fácil». Y no lo era, por cierto: en cada recodo se podía vencer la carreta hacia un lado, llevada por el peso, o acabar metiendo alguna de las ruedas en el barro o partiendo el eje contra las piedras de un río. Averell Marsden era capaz de conducir a la carrera a lo largo de un camino estrecho que bordeara un precipicio; nadie como él para tomar las curvas, para evitar obstáculos. «No es fácil, cabronazos».

Averell llevaba retirado algunos años. Tras mucho tiempo compartiendo correrías y asaltos con sus hermanos acabó conociendo a Olga, la sueca. La sueca había perdido a su marido en el trayecto desde Nueva York. Después de recorrer medio mundo y atravesar

medio país, cuando el matrimonio estaba a punto de llegar a su destino, pasadas las Rocosas, al sueco le mordió una serpiente de cascabel. Agonizó durante dos largos días y se murió, dejando a la sueca Olga sola en medio de aquellos páramos.

Iba de allá para acá, la sueca, recorriendo pueblos en su pequeño carromato a la búsqueda de un trabajo. No sabía hacer nada, sin embargo, y acababa mendigando un plato de comida: no sabía coser ni cocinar, no sabía planchar ni lavar ni tocar el piano; por no saber, ni siquiera sabía una palabra de inglés. Era rubia, le caían dos trenzas largas por la cara, que terminaban apuntando a sus enormes pechos; bruta como ella sola, pesaba ciento veinte kilos y cuando hablaba en su idioma imposible parecía que insultaba.

Así transcurrieron unos meses penosos hasta que la sueca Olga encontró en su camino a Averell Marsden, se enamoraron y acabaron yendo a vivir juntos a una cabaña abandonada. Tardaron casi dos años en acondicionarla, porque lo que reparaba el idiota de Averell acababa viniéndose abajo enseguida. Si finalmente tuvieron un techo sobre sus cabezas fue porque sus vecinos del rancho Spencer se apiadaron de ellos y les ayudaron a transformar aquella covacha inmunda en un hogar.

Desde entonces, los hermanos Marsden nada sabían de su hermano Averell.

El día que Doc, Happy, Bill y Cletus llegaron hasta su cabaña encontraron a la sueca viniendo a recibirles; caminaba a zancadas todo aquel tonelaje, apuntándoles con un fusil Kentucky dispuesta a disparar y soltando maldiciones en aquel idioma del demonio.

—¡Eh, no dispares, Olga!, ¡somos nosotros, tus jodidos cuñados!

La sueca era tan rematadamente imbécil como Averell, les observó un instante como si le recordaran a alguien, pero enseguida decidió que no los conocía de nada y aferró el fusil. Si no mató a ninguno de ellos fue porque todavía estaba decidiendo a cuál disparar primero.

—Que me parta un jodido rayo —dijo una voz.

Salió de entre los árboles Averell Marsden, secándose el sudor de la frente con el antebrazo. Cargaba una cesta con troncos para leña y se les quedó mirando igual que si hubiera visto a unos aparecidos. Había perdido pelo y engordado; como era igual de pequeño que sus hermanos, ahora recordaba a una albóndiga con piernas.

—Que me parta un jodido rayo —repitió; había reconocido a Cooper, a Bill y a Fenimore.

Tenía en su rostro aquella misma expresión bovina de entonces; la boca media abierta, asomando la lengua entre unos dientes de caballo, los ojos a punto de caer vencidos por la idiocia…, de modo que por el

gesto no pudieron saber si se alegraba o no de verlos.

—Averell, muchacho —dijo Doc desde lo alto de su montura—, qué te cuentas, cuánto tiempo. Dile a tu esposa que baje eso, ¿quieres? No queremos que nadie salga herido.

—No tan pronto, al menos —añadió Bill.

Averell le hizo a la sueca un gesto para que dejara la maldita cosa. Llevaban juntos la tira de años y ella seguía sin saber una palabra de inglés ni él una palabra de sueco. Fuera como fuese, Olga obedeció y, de mala gana, bajó el fusil.

Allí una letrina, allá un huertecito, donde dormitaba un perro lleno de pulgas. Tendida al sol colgaba la ropa mojada, junto a la cabaña. Seguía siendo un cuchitril de mierda, pero ya no tenía agujeros.

—Amigo, te has hecho aquí un hogar.

Averell Marsden, ruborizado, se encogió de hombros y echó una risa bobalicona que recordó a un rebuzno.

—No nos falta de *na*, la *verdá* —dijo, y se rascó la entrepierna. Señalando a Culpepper con el ombligo, preguntó—: ¿Quién es el lechuguino?

—Oiga usted, pollo —replicó el charlatán, pero enseguida intervino Doc:

—El caballero tiene un proyecto entre manos; nos lo ha contado y estamos interesados en participar de él —dijo; pasó por la pierna por encima del caballo y se dejó caer—. ¿No nos vas a invitar a pasar, Averell?

—No sé yo —respondió el idiota, receloso.

Asomaron los dientes amarillos de Happy en una sonrisa franca y amplia.

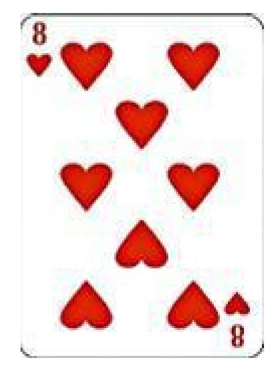
—Averell, no lo he escrito yo, fíjate en lo que digo, sino el 12,7 del Deutoronomio.

—Happy, no empieces con esa mierda que no te crees ni tú.

—«¡Y en compañía *de vuestras familias* —exclamó Happy muy teatral— os alegraréis del fruto de vuestro trabajo con que el Señor vuestro Dios os haya bendecido!».

—¿Y eso qué carajo quiere decir?

—Que queremos que trabajes otra vez con nosotros.



Entregó la pistola a Olga para que se la guardara en la cómoda y dejó sobre la mesa una botella de güisqui. Happy agarró la botella por el gañote, le quitó el tapón de corcho y echó un trago.

—¿Piensas envenenarnos con esta mierda? —preguntó riéndose mientras se limpiaba la boca con el antebrazo.

—¡Es güisqui de a medio dólar! —replicó Averell, y se sentó en la cabecera.

A su alrededor fueron pasándose la botella los otros hermanos; bebió Doc, bebió Bill y cuando se la ofreció a Cletus Culpepper este declinó el ofrecimiento con un gestito de la mano. Mientras el lechoncillo correteaba bajo la mesa, Olga merodeaba atrás, en la cocina, dándole vueltas a un guiso que apestaba a berzas; los Marsden repasaban los detalles de la cosa.

—Yo por mí —dijo Averell— me apuntaba a eso de la mina, pero la sueca me puede arrancar el hígado y luego hacer albóndigas con él. Hace albóndigas con todo. Dice que le recuerda a Suecia.

—¿Lo dice? Si no sabe hablar.

—Hace gestos. —Escupió Averell en el suelo y replicó mirando de reojo a la sueca en la cocina—. A veces me parece que es capaz de adivinar lo que pienso. Tengo que tener mucho cuidado con lo que se me pasa por la cabeza, por si no le gusta a la jodida.

—Te necesitamos, Averell; si sacamos de esa mina el cargamento que nos ha prometido aquí el señor Culpepper, tendremos que mover una condenada carreta por esas montañas.

El charlatán apartó la botella que Bill había dejado sobre la mesa.

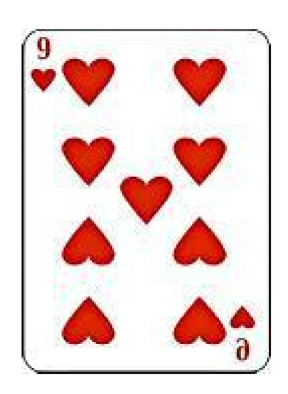
—El negocio es seguro, amigo Averell. Ustedes me quitan de en medio al alemán y yo les hago partícipes de las ganancias que dé la mina.

Cooper *Doc* Marsden tenía por seguro que, llegado el caso, nunca repartirían con el cantamañanas; una cosa era que se quedaran una parte los de la familia y otra darle tantos diamantes a aquel cretino.

—No hay más que hablar. Aquí mismo vamos a sellar el trato —

dijo.

Se escupió en la mano un lapo y la ofreció al charlatán. Cletus Culpepper se lo pensó un instante, pero al cabo se avino a estrecharla. Después, los otros tres hermanos se escupieron en la suya y también se la ofrecieron, chorreando.



Al perseguidor de las narices lo encontraron una noche, agazapado tras una roca mientras ellos cenaban al calor de la fogata. Era negro, más negro que los carbones, casi un muchacho, pero no levantaba más de metro y medio del suelo; lo sorprendió Happy acercándosele por detrás. Llevaba semanas siguiéndoles. Era fácil advertir que en los tobillos tenía marcas de haber llevado grilletes.

—Mirad lo que he encontrado —dijo el predicador riéndose—. ¡Nos lo podemos cenar!

El muchacho pataleaba tratando de zafarse de aquella garra que le aprisionaba por la nuca.

Bill dormitaba cerca del fuego, con el cochino entre sus brazos. Se alzó la punta del sombrero que le tapaba la cara y murmuró: —Me pido muslo.

Fenimore *Happy* Marsden obligó al muchacho negro a detenerse ante Doc.

—¿Quién eres, chico, y por qué nos sigues?

Nada respondió el pequeño. Era valiente, todavía trataba de darle a Happy una patada en la pantorrilla.

—No vas a hablar, ¿eh? El *sheriff* tullido de Independence, ¿te ha mandado él que nos sigas?

—Habla, descarado —dijo Happy apretándole la nuca.

El chico se revolvió hacia él, furioso, y, con la palma de la mano, se dio varios toques en los labios.

—¿Qué hace? —murmuró Cletus.

—¿Qué haces, chico? ¿Sabes hablar nuestro idioma?

Como ante un barbero que le fuera a sacar la muela, abrió el niño la boca para mostrarles el interior.

—Mierda —musitó Happy.

Al muchacho le habían cortado la lengua. Apenas era capaz de emitir balbuceos.

—Que me parta un jodido rayo —dijo Averell rascándose la cabeza.

Fue Doc el que, por su experiencia, examinó la boca del pequeño.

—Cortada y cauterizada. ¿Quién te hizo esto, chico? ¿Tu amo? ¿Te has escapado?

El niño agachó la cara, una sombra de tristeza le había nublado los ojos como si se los hubiera apagado.

Los hermanos se miraron. Cambió el tono con que se dirigían a él.

—Di, ¿por qué nos seguías?

El niño se encogió de hombros. Se señaló a sí mismo y luego hizo un círculo mostrando lo que le rodeaba.

—No tiene a nadie —dijo Bill.

El crío le dio la razón asintiendo.

—Bueno —dijo Averell—, pues vete por donde has venido, aquí no puedes estar.

El niño se agarró las ropas de Doc e, implorando, se puso a decir que no.

—Muchacho, no te puedes quedar con nosotros. Mira a ese hombre —dijo burlón, señalando a Culpepper—, es un estafador y un canalla, sería capaz de robarte los pantalones cuando estuvieras dormido.

—¡Oiga!

Se rieron los hermanos, y hasta sonrió el niño.

Llevaba semanas alimentándose de bayas y de raíces, estaba flaco, rapado el pelo a trasquilones; apestaba a sudor y venía cubierto de roña y cicatrices. Había clavado los ojillos famélicos en los restos del guiso que acababan de cenar.

—Que coma algo y se acueste —propuso Bill—. Mañana lo largaremos.

A todos les pareció bien.

—Siéntate ahí, chico, come algo.

Obedeció el pequeño, se aferró al caldero y ni siquiera esperó a que le dieran una cuchara. Metió una mano y se puso a comer a traguñones.

—Válgame Dios, no había visto tanta hambre desde el perro del abuelo Leone.

Cletus observaba a los cuatro hermanos.

—No se puede quedar —murmuró preocupado—. Son ustedes conscientes, ¿verdad? Es un esclavo fugado, estarán buscándolo.

—No se quedará —replicó Doc.

Echó una mirada hacia arriba: ante ellos se alzaban las montañas que conducían a los grandes bosques. Si Culpepper estaba en lo cierto, después de varias semanas avanzando no les quedaban ni dos días para llegar a la mina.

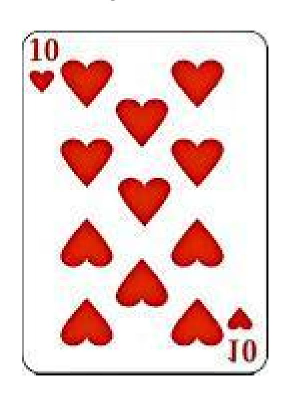
—A dormir todos —dijo—. Mañana tenemos que salir temprano.

Acabándose por fin las sobras, el muchacho negro observó al lechoncillo que Bill rodeaba con sus brazos.

—A este no te lo puedes comer, ¿estamos, Mudito?

Luego le guiñó un ojo.

Fue la primera vez que el pequeño adquiría el aire inocente de los niños: cuando las llamas de la fogata iluminaron su sonrisa.



Tenía razón el cantamañanas, y ni dos días tardaron en dar con la mina, el primero que la vio fue el niño negro. Iluminada por la luz de la tarde, se alzaba ante ellos en medio del bosque, en lo alto de un roquedal.

Andaban todos agazapados tras árboles y arbustos, pues Culpepper les había advertido de que el alemán no estaría lejos y que era un tipo peligroso; se habían distribuido en un arco cuyo centro convergía en la entrada de la mina.

Desde el interior les llegaba el sonido de un pico golpeando la roca. Estaba trabajando duro, el maldito. De cuando en cuando se detenía el sonido, le escuchaban maldecir en alemán, acaso la veta que acababa de encontrar no resultaban ser diamantes, y al poco reanudaba su quehacer: volvían los golpes del pico.

—Detrás de mí, chico —le susurró Bill al pequeño—. Sujétame el cochino y que no le pase nada.

Así lo hizo el crío: aferró contra su pecho al cerdito, dispuesto a protegerlo con su vida.

Habían desenfundado sus armas; solo Culpepper permanecía detrás, oculto tras una alberca llena de agua sucia. La cabaña del alemán estaba cerca, pero ya se habían asegurado de que no había nadie en ella. Recordaba al chamizo donde Averell había decidido

plantar su hogar; era un destartalado armazón de maderos y tablones cuyo techo amenazaba derrumbe.

Les hizo Doc un gesto para que se prepararan y dio la señal apuntando con el colt hacia la mina. Fueron aproximándose muy despacio, atravesando de puntillas los arbustos; no le quitaban ojo a la entrada oscura en la roca.

Una voz les hizo detenerse: salía el alemán, cargando el pico al hombro y cantando.

—*Aihó! Aihó! Wir geh'n nach Haus*…

Enseguida apareció en la entrada, barbudo y fuerte como un oso, pero de escasa estatura; venía ensimismado en la contemplación de un viejo papel arrugado.

Amartillaron todos sus armas, prestos a disparar, y el sonido de los *clic-clic-clic*, hizo detenerse al hombre. Estaba sorprendido, sin duda, pero parecía hecho de hielo, no afectó reacción ninguna. Los cuatro Marsden le examinaban detenidos como estatuas; si uno de ellos hubiera respirado se habrían puesto a disparar.

—La mina —dijo el hombre con fuerte acento— es un interminable laberinto de pasillos.

Ninguno comprendió qué quería decir.

—Es muy fácil perderse ahí dentro —añadió—. Llevo recorridos y examinados muchos kilómetros y todavía no he encontrado los diamantes. Si ustedes me matan no sabrán dónde buscar, tendrán que empezar de cero, como hice yo.

Cletus Culpepper se ajustó las gafillas sobre el puente de la nariz, arrugando la cara. Descubrió el papel que el hombre sostenía entre sus manos y se alzó allá atrás, junto a la alberca.

—¡Lleva el mapa! ¡El maldito lleva el mapa de la mina!

No tuvo nadie tiempo para reaccionar: el alemán se metió el papel en la boca y comenzó a masticarlo.

—¡Hijo de perra! —gritaron los Marsden, y se abalanzaron sobre él, dispuestos a sacárselo.

—¡Escupe eso!, ¡escúpelo, maldito!

El alemán los mantenía a distancia, amenazante, enarbolando el pico de un lado a otro. Tenía sus años, pero era de lo más fiero; el trabajo diario en la mina había convertido su pequeño cuerpo en una montañita de músculos. Masticaba y masticaba a toda prisa, procurando tragarse el mapa.

—*Ihr müsst sie mir aus den Gedärmen reißen* —dijo entre dientes—. Y entonces ya no os valdrá de nada.

Por fin consiguió tragárselo y los cuatros hermanos quedaron detenidos en un enorme desconsuelo.

—Será hijo de… —murmuró Bill.

Solo Happy estalló en una carcajada.

—¡Me gusta este miserable! —dijo—. Eres muy listo, alemán. Muy listo.

Averell sacó del cinturón un herrumbroso cuchillo de montaña y se adelantó hasta el minero.

—Vamos a destriparlo, aunque solo sea para darle por culo.

—Podríais, pero luego os llevará media vida dar con los diamantes. Y yo conozco la mina de memoria, sé bien qué pasillos he examinado ya y cuáles no.

Doc detuvo a Averell.

Añadió el alemán:

—Hay diamantes ahí dentro para todos. Yo estoy dispuesto a repartirlos, ¿estáis vosotros dispuestos a perder aquí unos cuantos años?

Ladró desde atrás el mezquino de Culpepper, indignado.

—¿Qué? ¡Nada de repartir! ¡No repartiremos nada más!

Callaban los hermanos, observando al alemán, que les enfrentaba como quien acaba de lanzar un órdago en el póker, pero allí estaba el maldito, serio y confiado, sin gota de miedo. Hacía rato que había leído en los ojos de aquellos hombres que ya no le matarían.



Poco pudiera reprochársele al fuerte Grimm, más allá de su construcción sobria, cuartelaria, y la vida aburridísima que ofrecía a sus ocupantes. Su posición privilegiada en medio de aquella explanada permitía contemplar la planicie en kilómetros a la redonda. Dentro, como si aquel fuera un pueblecito, disponían de herrero y caballerizas, de una tienda de comestibles, corral de buen tamaño y, para esparcimiento de los soldados, hasta una sala con billar. Era, sin duda, un oasis en aquel páramo.

A Margaret, sin embargo, vivir en el fuerte Grimm se le hacía más insoportable cada día. No era solo el puro tedio; no era lo peor aquella soledad, el estar rodeada de palurdos, ni el polvo o la lluvia o el

viento, ni siquiera el aullar de los coyotes por la noche: le molestaban sobre todo los indios, los condenados salvajes que acampaban en los alrededores para comerciar. Margaret solía espiarles; de cuando en cuando se asomaba a los agujeros practicados en el muro del fuerte: allá donde se introducían los mosquetes ella metía la nariz y contemplaba a los condenados mojaves; la señora no conseguía explicarse cómo permitía su marido que aquellos paganos se pasearan por allí con tal impunidad. «No han hecho nada malo, querida», decía el coronel. «Son indios, Jonathan —respondía ella—, no tienen que hacer nada: simplemente sin indignos de confianza». Su marido le hacía alguna carantoña, como quien escucha la rabieta de una niña caprichosa, y luego, por supuesto, no tomaba ninguna resolución respecto de los indios. «Nos llevamos bien con ellos, Margaret, querida; mejor tenerlos aquí comerciando que por ahí arrancando cabelleras».

La vida en el fuerte era aburrida y monótona; sus habitantes, los soldados del Sexto regimiento de caballería de los Estados Unidos, eran sometidos a una disciplina férrea, quehaceres constantes, horarios estrictos, marchas y maniobras cada cinco días…; al resto de inquilinos del fuerte, colonos de paso y comerciantes en su mayoría, les quedaba poca cosa que hacer sino ver pasar la vida en la cotidianeidad más apática: alimentar a las gallinas, tender la ropa y barrer el polvo de la cabaña. En alguna ocasión, sin embargo, la señora del coronel organizaba un bailecito.

Estos bailes ridículos apenas servían para que ella luciera sus pomposos modelos traídos de París: no había noche en que, tras uno de estos bailes, la señora no se acostara llorando. Qué grandes expectativas, qué ilusiones se había hecho, soñando con la noche aquella; y qué penosos, en cambio, los resultados de sus tan planeados bailes: soñaba que a ellos asistían caballeros sureños de alto copete; al son de una pequeña orquesta de cámara flotarían en el ambiente melodías vienesas, alegres valses; beberían champán. Lo cierto es, venía a imponerse la realidad, que a estos bailes no acudían sino paletos y soldados, llamaba la atención lo astroso de sus ropas requemadas por el sol. De la orquestita de cámara apenas quedaba el testimonio exiguo de uno de los cabos del fuerte, que con un violín desafinado tocaba melodías populacheras y canciones militares. Ni rastro de champán; en su lugar debían conformarse con el ponche espantoso que preparaba la esposa del herrero. «Ya, querida —decía su marido el coronel, consolándola con unas palmaditas en la espalda mientras ella lloraba después de estas veladas—. Ya saldrá mejor la próxima vez». «Vámonos de aquí, Jonathan —imploraba la señora—.

Sácame de este fuerte polvoriento alejado de la mano de Dios y llévame a Nueva York o a Washington, te lo suplico». «Ya, querida, ya».

El tormento de la señora, con todo, no había hecho más que empezar. A la vida insufrible que pasaba en el fuerte Grimm se le iba a añadir que conociera de una circunstancia calamitosa: su marido, el coronel, tenía una amante.



En tiempos había sido una mujer impresionante, y todavía conservaba aquella belleza, a pesar de que ya rondaba la cuarentena y de que los años y el polvo del camino habían cincelado sus rasgos hacia un cierto gesto de amargura. Margaret Queen era una mujer alta y elegante; muchos habrían dicho que no había hembra más hermosa en todo el sur del Gran Cañón, y ella misma se lo decía cada vez que se miraba en el espejo de su dormitorio.

Acostumbraba a llevar trajes entallados que realzaban sus buenos pechos y caminaba muy erguida, recordaba a una reina. Por las noches, al desnudarse, colgaba su vestido y pasaba un buen rato dándole palos con la estera, para sacudirle el polvo de aquel fuerte inmundo. Si al mirarse en el espejo encontraba una arruga nueva en el mapa de su cara ya se pasaba todo el día de mal humor, pagándola con propios y extraños; daba órdenes a los soldados como si el coronel fuera ella y no su marido. «Haga el favor de limpiar los matorrales de ese tejado, joven». «Vacíe usted los trastos de ese almacén, muchacho». Siempre tenía para todos una palabra antipática, un gesto displicente. Miraba a los habitantes del fuerte por encima del hombro y a los indios ni siquiera los miraba.

Nada más tenía ojos para un ser vivo: un cuervo flaco y mal encarado que acudía de cuando en cuando a su ventana; la señora Queen le trataba como a una mascota y le daba en el pico miguitas de pan que la alimaña agradecía con un graznido. En el fuerte eran muy dados a hacer bromas procaces sobre las misteriosas habilidades del pajarraco; se decía que la señora y él eran inseparables.

La noche en que Margaret Queen descubrió que su marido el coronel tenía una amante fue para ella la más amarga de su vida. Hacía años que no le amaba, desde luego, pero se le hizo terrible la humillación de saberse suplantada por otra, más joven en este caso y tan hermosa que daba pudor mirarla.

No era raro que su marido, enfrascado en los muchos requerimientos del fuerte Grimm y encerrado en su oficina, acudiera tarde a acostarse. Esa noche, sin embargo, algo hizo sospechar a la señora Queen; acaso un cambio en la dirección de la brisa, un cierto color en la luz de la luna. Los indios decían de ella que era una bruja y que la acompañaba un aura tenebrosa. También se cuenta que fue el cuervo, el condenado y asqueroso cuervo, quien, graznando en el exterior igual que un vigilante que avisara, la hizo mirar por la ventana.

Palideció la cara angulosa de la mujer del coronel, al ver salir de la oficina de su marido a aquella joven india. La señora Queen ya la había visto otras veces, merodeando por el fuerte y vendiendo baratijas indígenas; no había hombre allí que no mirara con deseo a aquella salvaje, pues la belleza de su rostro solo encontraba parangón en el cuerpo delicado, de suaves y dulces formas. Palideció la mujer del coronel y hasta se puso verde de furia, al ver cómo aquella asquerosa india salía a hurtadillas de la oficina de su marido a altas horas de la noche.

Primero le dio un ataque de ira y arrancó del armario sus ropas para despedazarlas con sus solas manos, pataleó los muebles, rompió las cortinas mientras gritaba como una fiera.

—¿Cómo se atreve ese miserable a humillarme? A mí, que podía haber escogido casarme con un alcalde, un diputado…, o incluso, ¿por qué no?, con un presidente.

Mientras arramblaba con todo imaginó que eran las carnes de su marido las que arañaba, que le arrancaba los pelos y le sacaba los ojos. Lo habría matado.

Al ver su rostro reflejado en el espejo, la señora Queen se detuvo, sorprendida; había encontrado no a la chica que creía ser, joven y hermosa, sino a una mujer ya madura, jadeante y enrojecida, bajo cuyos ojos apuntaban ya unas bolsas de piel, las mejillas comenzaban a descolgarse.

Margaret Queen acudió al espejo temblorosa; se preguntaba si aquella era su imagen real o pertenecía a otra. Y el espejo respondía a su tormento, por cierto; mostrándole que ya no era joven, ni mucho menos la más bella al sur del Gran Cañón.

La señora Queen se giró lentamente hacia la puerta. Imaginó a su

marido en su oficina, al otro lado del fuerte, unos metros más allá, y lo imaginó abrochándose la chaqueta azul del Sexto de caballería, muy ufano después del encuentro con la joven india, él, que podría ser el padre de la chica. Lo imaginó recolocándose el mechoncito que desde la calva le caía sobre la frente, atusándose el bigote finísimo. Y Margaret Queen sintió por él el más salvaje de los odios.

Cruzó la puerta del dormitorio, recorrió el pequeño salón y entró en la cocina. Allí se dispuso a preparar una infusión de esas que tanto gustaban a su esposo. Le haría bien a esta hora de la noche, calmaría las pocas ansias que le quedaran al maldito, si es que le quedaba alguna tras el encuentro con la india asquerosa.

La señora Queen colocó la tetera sobre el fuego de la cocina de hierro. Puso a hervir el agua y allí se quedó, ensimismada ante las llamas, cuyo reflejo amarillo brillaba en sus pupilas. Ni siquiera escuchó el aleteo en la ventana; acababa de posarse el cuervo, a contemplarla en secreto.

No hubo más testigo que él, con el pico anaranjado y el cuello encorvado hacia adelante, de que la señora Queen abría el armarito de la cocina para sacar de un tarro de metal los polvos matarratas.



Despertaron todos al sonido de los gritos, salieron soldados y colonos de barracones y casitas; daban tanto miedo aquellos alaridos que hasta los caballos temblaban en las caballerizas.

Nadie fue capaz de apaciguar el ánimo de la señora Queen, inconsolable ante el cadáver de su marido, el coronel. Pocas veces se ha visto tanto dolor en una esposa. Al desdichado se le encontró tirado en el suelo de su oficina; había estado trabajando hasta el último minuto.

Poco costó que, entre vaso y vaso de güisqui, el médico del fuerte firmara la defunción.

—Paro cardiaco —dijo balbuceante, borracho como una cuba.

Ya se había cuidado Margaret Queen de retirar la taza con infusión de matarratas que le había traído un ratito antes. «Toma, querido,

bébete esto, que te sentará bien». «Gracias, Margaret, eres muy amable». «Trabajas demasiado», añadió ella con un puntito de malicia que él, bebiendo el primer sorbo, fue incapaz de advertir.

Al coronel le sustituyó en el cargo el capitán Humbert Hunter, hombre acostumbrado a las duras condiciones de los páramos norteamericanos y bregado en mil batallas, pero de escasa inteligencia y al que, eso compartía con la señora Queen, no le entusiasmaban los indios.

—Me quedo más tranquila sabiendo que se queda usted al mando, capitán —dijo la señora Queen. Sorprendía tanta zalamería en una mujer que había tintado de negro todos sus vestidos—. Ahora que ha fallecido mi esposo, el fuerte queda bajo su mando.

—¿Sí? —respondió él, que no había caído en la cuenta.

—Digo yo, capitán —añadió ella. Su voz se había convertido en una suerte de miel—, si no será más apropiado impedir la entrada de los indios en el fuerte. ¿No cree usted?

—Pues…

—Tanto indio merodeando todo el día… ¿No le parece fuera de lugar? ¿Qué diría un caballero de Washington al ver a esos paganos entrando y saliendo, según les da la real gana, como si esto fuera una plaza pública? Un fuerte es un sitio de orden.

Tanto insistió que, por darle el gusto a la pobre viuda, el capitán ordenó que a partir de entonces los indios tuvieran prohibido el acceso al fuerte Grimm; ya no podrían entrar en la taberna ni en la tienda, y solo se les permitiría comerciar en los alrededores del complejo.

Los orgullosos indios pusieron el grito en el cielo, como es natural: se sintieron ofendidos. Pero los oídos del capitán, atentos solo al murmullo hipnótico de Margaret Queen, se volvieron sordos para ellos. «A la pobre viuda le molestan, no la voy a contrariar, con la que está pasando».

Muchos de ellos se fueron, vistas estas nuevas circunstancias, tan poco ventajosas y humillantes. Otros, sin embargo, permanecieron en su campamento, merodeando cerca del complejo. Por cierto que la señora Queen solía subir a un alto del fuerte por las tardes, a contemplar su obra.

—Como perros a los que se les hubiera quitado el sustento.

La viuda del coronel observaba desde lo alto, con la inquina saliéndole por los ojos a borbotones. Ella, la condenada amante de su marido, la india guapa, era una de las que se había quedado.

Todos, blancos e indios, habían sentido la muerte del coronel, había sido un hombre muy apreciado, pero si a alguien entristeció en

verdad fue a la joven y hermosa india. Desde su otero en lo alto del fuerte, la señora Queen observaba como, cada domingo, la maldita se acercaba hasta el cementerio situado cerca del fuerte, depositaba en la tumba del coronel una pluma de águila, que debía considerar protectora, y lloraba allí amargamente. Un día, harta de ver que otra lloraba por su marido, Margaret Queen se acercó a zancadas hasta el pequeño cementerio y enfiló los pasos hacia la india. Con una patada, la mujer del coronel apartó de la tumba de su marido las repugnantes plumas que la chica había depositado en ella. La piel roja se puso pálida ante los ojos enfurecidos de la viuda.

—Tú, asquerosa —le dijo Margaret Queen apretando los dientes—. ¿No contenta con trajinarte a mi marido en vida vienes a visitarlo en la muerte?

La india no supo qué decir, estaba demudada.

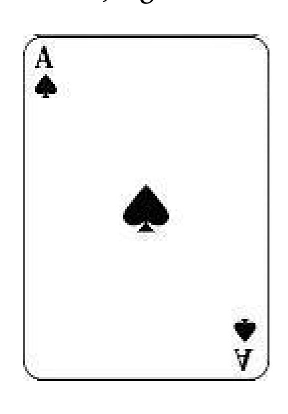
—¿Yo?

—No te hagas la mosquita muerta, maldita. Vi cómo te escapabas a hurtadillas de su oficina, de madrugada.

Tragó saliva la hermosa joven; tenía miedo de aquella mujer a cuyo paso parecía oscurecerse el cielo, y fue incapaz de contarle la verdad.

—No vuelvas a acercarte a mi marido, furcia. Si te veo otra vez por aquí te arranco la piel a tiras.

Sin que el nuevo capitán tuviese conciencia, hablar de los indios se fue volviendo un tema recurrente entre la señora Queen y él. Fue Hunter quien le contó que los indios decidían los nombres de sus recién nacidos sirviéndose de alguna referencia ocurrida en torno al nacimiento; un perro gris que había pasado por allí serviría para llamar Perro Gris al bebé; una luna llena y la niña se llamaría Luna Llena. El día en que nació la salvaje en cuestión, de esto se enteró Margaret Queen, había caído una ventisca tan poderosa que los campos yermos quedaron cubiertos de nieve. El nombre de aquella india, pues, vino solo: traducido, significaba Nieve Blanca.



Nieve Blanca. Nieve Blanca. Hermosa como ella sola, de mirada dulce y serena.

—Tan buena que parece, la mosquita muerta.

La señora Queen la perseguía con los ojos allá donde fuera; si iba, si venía, si acudía a por agua al pozo, si preparaba una fogata o si tapaba con la manta a un indio anciano que se había sentado frente al fuego. Allí estaba la señora Queen observándola, de día, de noche, con luz y entre las sombras. A veces, el cuervo aquel venía a posarse sobre el hombro de la viuda y ofrecían una imagen temible, los indios apenas se atrevían a mirar aquella figura oscura que les observaba desde un alto del fuerte con aquella alimaña en el hombro.

Nieve Blanca. Era a ella a quien Margaret Queen veía cuando se miraba en el espejo. Aquel reflejo le recordaba a la viuda que era menos bella que la asquerosa india, menos joven. Nieve Blanca. De madrugada, en su cama, la señora Queen imaginaba torturas para la india, cavilando cómo habría de conseguir que aquella maldita terminara muerta y más que muerta. La viuda tenía la sensación de que solo con esto podría recuperar su juventud o su belleza perdida. Nieve Blanca. Nieve Blanca. Nieve Blanca. Solo la muerte de aquella salvaje podría traer sosiego a su atormentado espíritu.

Una noche, después de seducir al capitán Hunter, estando todavía en la cama, sudorosos, la señora Queen susurró más veneno en los oídos del hombretón.

—Hay una cosa que no te he contado.

—¿Sí?

—Sospecho que la muerte de mi marido no fue natural: la noche en que murió…, vi saliendo de su oficina a esa india tan guapa, la que llaman Nieve Blanca.

—¿La viste saliendo de su oficina?

—A hurtadillas y de madrugada.

—Qué me dices… —musitó el capitán incorporándose en la cama.

—Me temo… —añadió la señora Queen—. Estoy segura de que el pobre fue envenenado.

Quedó pensativo el capitán. Ella se acercó por detrás, puso sus manos sobre los hombros de él y murmuró en su oído.

—Ella…, Nieve Blanca. Ella lo mató.

Humbert Hunter retiró las sábanas y se puso en pie de un salto; colgaba su miembro entre las piernas, largo y gordo.

—Coño, mañana mismo ordenaré que la arresten y la conduzcan al fuerte Eastwood.

La señora Queen se levantó, también ella estaba desnuda. Apretó su cuerpo contra el cuerpo fornido de él, lleno de pelo desde las

mejillas hasta los dedos de los pies. El capitán sintió aquellos pechos generosos, arrimados contra su brazo.

—Si la arrestas, amor —le dijo ella—, solo conseguirás que los indios se solivianten; ya has visto cómo la miran, todos adoran a esa ramera.

—¿Que se solivianten?

—Piénsalo. ¿No querrías el ascenso a coronel?, dime. ¿Crees que beneficiará a tu carrera que, por detener a esa furcia, los indios se te rebelen?

Humbert Hunter se rascó la barbilla.

—Eso no sería bueno.

—Claro que no. Lo que tienes que hacer…

Se detuvo.

Acudió hasta la puerta y, por asegurarse de que nadie estaba escuchando, se asomó un momento. El fuerte estaba en silencio, reinaba la noche.

Margaret Queen volvió hasta los brazos del capitán, en donde de nuevo encontró cobijo.

—Lo que tienes que hacer es llevarla tú mismo a un lugar apartado y…

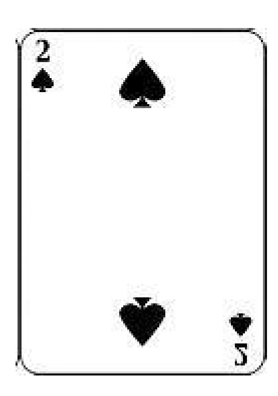
—Espera, ¿que la lleve yo?

—No puedes confiar en nadie, amor. Si quieres vengar la muerte de tu coronel tendrás que ocuparte tú.

—Sí, tienes razón —dijo Hunter—. Hay cosas que un hombre tiene que hacer solo.

Margaret Queen acarició el torso velludo del infeliz.

—Eso es —dijo en un susurro—. Lleva a esa puta a un lugar apartado, en donde puedas sacarle el corazón.



Había soñado con su madre. Acaso fuera esto lo que le dio fuerzas esa noche: los que, como ella, pertenecían al *pipa a'ha macave*, «el pueblo del agua», creían que ciertos sueños traen consigo un poder de

protección.

La india Nieve Blanca entreabrió los ojos y se descubrió a oscuras dentro de la tienda. En el aire flotaba el aroma penetrante de las flores de cactus. Todo el campamento indio olía así, esa madrugada; el aroma atravesaba las paredes hechas de piel de bisonte y se metía en los tipis.

Se dio la vuelta; hacía calor, le molestaba la ropa. Escuchó que en el páramo ladraba un perro, a lo lejos, y los ladridos vinieron a meterse en el duermevela que ahora la sobrecogía; por un momento no supo si estaba dormida o despierta.

Soñó con la voz de su madre, sintió en su oreja el aliento caliente que le susurraba:

—Despierta, Nieve Blanca, vienen a matarte.

La joven india entreabrió los ojos, confusa, y le pareció que la mano velluda de un hombre apartaba la piel de la entrada para acceder a su tienda. Por un instante se advirtieron, al fondo, las luces pálidas del fuerte en medio de la noche; al entrar, el hombre cerró la tela tras de sí y regresó la oscuridad. Vestía la planchada manga del uniforme norteamericano, asomaban los galones de capitán.

Nieve Blanca escuchó su jadeo en la penumbra, contemplándola en la entrada sin decir nada, como un espíritu malvado que hubiera viajado desde el inframundo para cumplir una misión aquí. Parecía temblar.

—No hagas ruido o te mato —musitó.

Siendo una mujer joven, sola en el mundo, hermosa e india, se enfrentaba cada día a la amenaza de ser violentada, de modo que anticipó en el soldado la peor de las intenciones.

—Por favor, no me haga daño.

—Calla —replicó la sombra entre dientes. Parecía furioso ante la misión que le habían encomendado. No era el sexo de la joven lo que venía a llevarse esa noche, sino su vida.

Se arrodilló junto a su cuerpo tendido y Nieve Blanca tuvo la impresión de que toda ella se convertía en madera, rígida, rígida, inmóvil.

La brisa movió la tela que tapaba la entrada, volvieron a verse las luces del fuerte cercano. Una de aquellas luces, Hunter lo sabía, pertenecía al candil de cristal verde encendido en la habitación de Margaret Queen. La imaginó esperando y dando vueltas, inquieta. Tal vez Margaret pensaba que él no tendría valor suficiente para llevar a cabo su cometido. «No, no creo que lo tengas», susurraban sus ojos bajo la luz del candil, mirando por la ventana hacia la oscuridad. Él había dudado, por cierto: «¿Acuchillarla? Los indios se nos echarán

encima, sospecharán que hemos sido uno de los soldados». «No la acuchilles entonces —dijo la señora Queen—, toma esto y méteselo en la boca».

El capitán Hunter agarró a la india; ella apenas emitió un gemido de dolor aterrado y, como si tuviera que justificarse, dijo él: —Yo no soy un asesino.

Nieve Blanca aferró la muñeca del hombre; estaba sudando, temblaban los dos.

—Por favor —le dijo.

La brisa trajo hasta ellos el aroma de las flores de cactus. Brotaban una sola noche al año los tímidos pétalos, al caer el sol, florecían llegada la medianoche y morían al amanecer del día siguiente. Si coincidían con la luna llena era una gloria verlas brillar, pero esta noche se abrían invisibles: no había más que una luna delgada y mortecina, que apenas brillaba. Su aroma lo llenaba todo: competían entre ellas por atraer a las mariposas nocturnas. Aquellas flores blancas tenían esa noche su única oportunidad.

—Yo… —repitió el hombre sacando algo de su bolsillo—, no soy un asesino. Perdóname.

Agarrándola y tapándole la nariz, obligó a Nieve Blanca abrir la boca en busca de aire. Forcejearon. La chica pataleaba contra aquel oso corpulento. El hombre se dispuso a verterle en la garganta el contenido de la botellita que la señora Queen le había entregado. Nieve Blanca, ahogada, se resistía en vano.

Quién sabe si la madre de Nieve Blanca viajaba en el perfume de las flores de cactus, tal como antes lo hizo en su sueño. Quién sabe si el capitán se acobardó en medio del crimen o si, simplemente, todavía no había llegado la hora de la joven india. Hunter dudó un instante y bastó esa duda para soltarle la cara; apenas había llegado a verter en la boca de ella una gotita del veneno.

Nieve Blanca tosió; el sabor amargo le bajaba por la garganta. El capitán Hunter se sumergió en la oscuridad, las sombras lo acogieron.

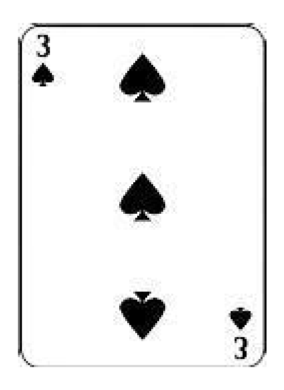
—No soy un condenado asesino —murmuró—, no puedo hacerlo. Vete. Vete, chica, abandona el campamento y vete para siempre o Margaret Queen no descansará hasta acabar contigo.

Faltaba poco para el amanecer y las flores de cactus liberaban su aroma, enloquecidas, tratando en vano de agarrarse a sus últimas horas de vida. Humbert Hunter agarró a la india y la obligó a abandonar el tipi, la empujó fuera y Nieve Blanca trastabilló en la tierra polvorienta.

—Vete, he dicho, o tendré que matarte.

Nieve Blanca echó a correr, medio asfixiada todavía, y corrió sin

mirar atrás hacia el bosque cercano, ya el sol empezaba a salir por el horizonte; corrió sin detenerse, con la boca llena de hiel, mientras a su alrededor morían a cientos las flores de cactus.



El veneno que había entrado en su cuerpo había comenzado ya a matarla. Acababa de apoderarse de su garganta y ahora se filtraría desde allí a venas y arterias, donde, muy poco a poco, iría emponzoñando aquella sangre joven y hermosa.

Nieve Blanca obedeció las órdenes del hombre que había intentado matarla y continuó corriendo sin descanso; subía y subía, internándose en las montañas de las que apenas sabía nada. Corrió hasta la extenuación, porque todavía escuchaba el susurro de su madre muerta.

—Corre, Nieve Blanca —le decía—. Corre, no te pares.

Temió que, arrepentido de haberla dejado ir, el soldado la persiguiera ahora o que organizara una batida con los hombres del fuerte y salieran todos a cazarla. Atravesaba ahora un bosque de altas copas; la muchacha se iba girando hacia atrás, por asegurarse de que nadie iba tras ella, pero en cada árbol le parecía ver una sombra apostada. Nieve Blanca lamentó más que nunca no tener familia, haber perdido a su madre, estar tan sola en el mundo.

Contempló a unos pajarillos que volaban de árbol en árbol, despertados por las primeras luces, y tuvo la impresión de que trataban de guiarla. Fue tras ellos.

Sintió algo extraño en el pecho, como si por dentro le bajara un frío. Casi había desaparecido el amargor para dejar un curioso regusto que recordaba al de la manzana. Solo entonces advirtió que aquel hombre podía haberla envenenado. Temblaba de terror, ¿acaso iba a morir allí, sola en medio de la espesura? Nadie quemaría su cadáver, no podría entrar en el mundo de los espíritus y su alma quedaría vagando por el mundo. Tenía tan flojas las piernas que pensó que se le astillarían como ramitas, pero quiso creer que no era esto efecto del veneno, sino del propio miedo.

—Ten valor —se dijo. Y siguió avanzando en su huida.

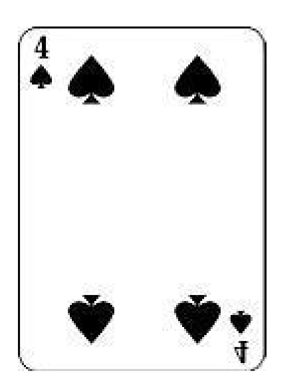
Nieve Blanca echó también de menos al coronel; él la habría protegido, habría hecho cualquier cosa para evitar que le ocurriera nada malo.

Se detuvo.

En medio del bosque era todo mucho más frondoso, se hallaba en una paz estremecedora. Ante sí, iluminada por un tajo de luz que caía desde entre las copas de los árboles, tenía una vieja cabaña de los blancos; la habían reparado y podían apreciarse aquí y allá los remendones, unos tablones conformando una pared nueva, el tejado recompuesto… Se trataba de un campamento, por todas partes había barriles y cajas, herramientas. Le llamó la atención un cerdete de buen tamaño que hozaba dentro de una zona vallada, tan pimpante.

La voz cantarina de un hombre la indujo a mirar hacia lo alto del roquedal cercano, en donde Nieve Blanca descubrió la entrada oscura de una mina.

No supo entonces si huir o si pedir ayuda. El frío que tenía en el pecho bajaba ahora hacia su estómago. «Es el veneno —se dijo—; el veneno que está comenzando a matarme».



—¡Ai-hoooooooooooooooo…!

Bill *Grumpy* Marsden señaló al alemán con el pico.

—Te juro que si cantas otra vez esa mierda te abro la cabeza.

Estaban negros de la cabeza a los pies, literal y metafóricamente, más negros aún que el mudo, de picar allí dentro.

Como cada mañana, el alemán y Doc se reunían para comprobar dónde picarían hoy. Un nuevo pasillo, largo y oscuro, se abría ante ellos para perderse en la montaña.

—¿Y este? ¿Ya lo revisaste en su día?

—Este no. Podemos probar.

Resonaba el eco de sus voces a lo largo de las galerías.

—¿Estás seguro, alemán? No me fío de tu memoria.

—Fíate más de mi memoria que de la tuya, Marsden; te digo que

recuerdo bien cada pasillo en donde probé y este…

Doc descubrió señales de pico en las paredes rocosas.

—Maldito seas, Chucrut, ahí picaste en su día.

Se acercó el alemán para ver mejor; sobre el casco llevaba un par de velas.

—Carajo, es verdad. Pues tienes razón, en este ya probé, pasemos a otro.

Doc Marsden se alejó por no darle un puñetazo.

—Maldita la hora en que te comiste el mapa, alemán, y maldita en la que no te destripamos para sacártelo.

Sus hermanos esperaban sentados en la antesala que conducía a las galerías.

—Este imbécil ha vuelto a equivocarse, yo creo que no sabe dónde picó y dónde no.

—Nos está engañando —dijo Averell—, ya os lo avisé. Vamos a ciegas.

El más idiota de los Marsden no veía la hora de volver con su esposa, la sueca. Estaba tan enamorado que hablaba de Olga a todas horas: preguntaba a sus hermanos, como si ellos pudieran saberlo, qué estaría haciendo ella en ese momento, qué habría cocinado hoy o qué diría si le viera aparecer por la puerta. Por las noches, Averell apretaba los ojos antes de dormirse y se esforzaba para soñar, por ver si Olga escuchaba sus sueños en la distancia. «Estoy bien, mi querida Olga; volveré pronto, no me olvides». Solo al despertar, por la mañana, Averell advertía que no había soñado más que estupideces y que la sueca no habría escuchado sus mensajes.

Ni siquiera Happy estaba contento; llevaban largos meses trabajando allí y todavía no habían visto el mísero brillo de un diamante.

Sentado con la espalda apoyada en la pared de roca, Bill se tapó la cara.

—Odio esta puta mina.

Vino hasta ellos el alemán, con el pico al hombro. Parecía tan de buen humor como quien está a punto de salir de pícnic.

—Ya queda poco, muchachos; me lo dice el instinto. Estamos a punto de encontrarlos.

Se llamaba Kurt, pero, cómo no, lo llamaban «el alemán». Para referirse a él también le decían «Salchicha» o «Chucrut» o cualquier cosa parecida que a aquellos cuatro burros les sonara a Alemania. Era incombustible, el maldito; no había cosa que pudiera con él, jamás se desalentaba, jamás perdía la esperanza. Para seguir adelante solo una cosa le era imprescindible: dormía como un condenado topo.

Necesitaba pasarse diez horas en la cama, roncando a pierna suelta, y eso le permitía trabajar en aquella oscura mina durante catorce horas diarias, picando y resoplando, resoplando y cargando sacos de piedras. «Hoy encontraremos los diamantes, lo sé», decía cada día. Y los cuatro hermanos, el niño negro y el charlatán del crecepelo tiraban de sus doloridos cuerpos para seguirle en aquella lucha infinita.

Pero los diamantes no aparecían.

—Odio esta mina. ¿No podemos usar dinamita, Happy?

—Demasiadas galerías, la montaña es como un queso de gruyer, se vendría abajo todo. —Estaba tan cansado que ni siquiera le quedaba humor para citar la Biblia.

Con las manos en la cara, Bill apretaba los dientes.

—Diossss.

Cletus Culpepper les observaba en silencio. También él picaba, aunque menos, porque era un alfeñique, y el tiempo que empleaba yendo y viniendo con los sacos de piedras se lo pasaba contemplando a aquellos bandidos: lo que más temía en el mundo es que se hartaran de picar allí y se marcharan después de pegarle un tiro. Aquello era un polvorín. Solo una cosa podía apaciguar estos ánimos caldeadísimos: que aparecieran de una vez los diamantes. Esto, sin embargo, conducía a una posibilidad que a Culpepper le parecía aún peor: que cuando aparecieran, también le mataran. Por las noches, Cletus dormía mal: temía que en medio de la madrugada le degollaran aquellos bestias. Apenas se relacionaba con los hermanos, pues no hacían sino reírse de él o mortificarle con bromas pesadas que solo a ellos les hacían gracia. Del chico mudo qué decir, se había convertido en un hermano más; le adoraban todos los Marsden. Era servicial y trabajador; como no hablaba, jamás se quejaba. Siendo negro, el charlatán no podía fiarse de él y, por lo demás, el muchacho siempre tomaría partido por los cuatro hermanos. Solo en el alemán encontraba Culpepper a un posible camarada, con él mantenía alguna conversación de cuando en cuando. «Alemán, si estos salvajes encuentran los diamantes nos matarán; lo sabes, ¿no?». «Lo sé», respondía el otro, taciturno. Acaso había concebido en aquella cabeza cuadrada su propio plan, que consistía en matarles él primero. Y en esto el charlatán no sabía qué pensar: si Chucrut le mataría también, por considerarle parte del grupito, o le dejaría en paz.

—Me ahogo, no puedo estar más aquí dentro —dijo Bill.

Se levantó y en dos zancadas se plantó en la entrada de la mina. Observó el bosque en derredor, la cabaña, abajo, en aquel campamento improvisado que cada día parecía más caótico, y aspiró una bocanada de aire. Enseguida llegaría el invierno, el aire estaba ya

fresco. Con el frío sería peor aquel trabajo espantoso. No quiso ni pensarlo.

A su espalda, en lo profundo de la mina, resonó la voz del alemán.

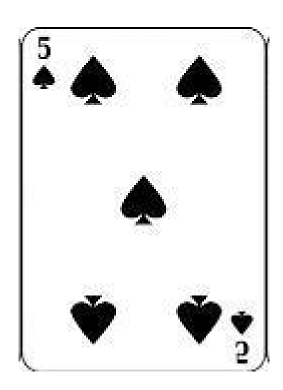
—¡Ai-hoooo…!

Sonaron de nuevo los picos sobre la piedra y Bill dio un largo suspiro.

Bajó hasta la cabaña y en la alberca se lavó las manos y los antebrazos, la cara. Echó un vistazo al gorrino, para asegurarse de que estaba bien y entró, necesitaba echarse un trago de aquella botella que guardaba, escondida bajo el colchón de paja.

Al principio no reparó en la india, sacó la botella y se echó a la garganta un lingotazo. Solo cuando iba a guardarla de nuevo la descubrió, acostada en uno de los camastros y dormida; más hermosa que ninguna de las mujeres que hubiera visto nunca.

—La leche jodida —murmuró.



La chica india abrió los ojos, despierta al fin. Se había tendido un momento a recuperarse de aquel cansancio terrible, de aquel frío interior.

Ella y él se miraron, tensos, como dos gatos que fueran a salir corriendo cada uno por su lado. Él, sin embargo, le cortaba una posible huida hacia la puerta.

—¡Venid! —gritó Bill *Grumpy* Marsden—. ¡Venid corriendo, por el amor de Dios!

Acudieron enseguida los otros, Nieve Blanca escuchó los pasos presurosos saliendo de la mina, las voces preocupadas.

Cinco hombres y un niño asomaron por la puerta, armados con sus picos, y entraron en la cabaña para detenerse al verla; quedaron petrificados.

—Que me parta un jodido rayo —dijo Averell. Si no hubiera estado tan enamorado de su Olga, en ese instante se habría enamorado de la desconocida.

—Perdón —dijo la india encogiéndose en el camastro—, me tumbé

a dormir un poco, creo que estoy enferma.

—Hablas bien nuestro idioma.

—Mi tribu acampa junto al fuerte Grimm, he aprendido a hablar las palabras del hombre blanco. Me iré enseguida, no molestaré. Por favor, no me hagan daño.

—¿Daño? —replicó Happy sonriente—. No te preocupes, muchacha, nosotros somos buenas personas y este —dijo señalando a Cletus— es impotente.

Doc adelantó un paso.

—Dime, ¿qué es eso de que estás enferma?

Nieve Blanca tragó saliva.

—Alguien, una mujer que me odia, me envenenó. Una sola gota, pero creo que me está haciendo mal por dentro.

—Yo soy médico —dijo Doc—, deja que te examine. Hay que averiguar lo que te está pasando y darte un remedio.

—Yo tengo un…

—Cállate, Cletus, tu crecepelo no sirve de nada —dijo el hermano mayor—. Salid.

Fueron abandonando la cabaña Cletus, el alemán y el niño negro, de lo más respetuosos.

Los hermanos se miraron.

—No sé… —dijo Bill.

—Es médico —replicó Averell—. Sabrá él mejor que nosotros lo que hacer, ¿no?

No parecía tenerlas todas consigo el gruñón de Bill.

—Vamos —dijo Happy, y tomó del brazo a su hermano.

Salieron también.

—Que me traiga el mudo mis cosas de la alforja —añadió Doc.

El Mudito acudió hasta el caballo de Doc y de su alforja extrajo un paño largo que guardaba los instrumentos de médico. Se los llevó y después salió de nuevo, dejando dentro a Doc y a la chica.

Sobre la mesa destartalada, Doc desenrolló el hatillo de paño y dejó a la vista los instrumentos, el perfecto kit de campaña; punzones, sacamuelas y tijeras, venda de tela y banda de metal para cortar hemorragias y hasta una sierra para amputar miembros. La india se puso pálida.

—No tengas miedo —dijo Doc—, solo voy a utilizar esto.

Del hatillo extrajo un invento usado para escuchar en los interiores del cuerpo humano, que llamaban Estetoscopio.

Tomó asiento a los pies de la cama; había algo en el hombrecillo, quizás una cierta edad o esa manera de comportarse de los médicos, que tranquilizó a la chica y le hizo confiar en él.

Cooper *Doc* Marsden había sido, de entre todos sus hermanos, el único que estudió. Ya de pequeño se pasaba el día entre libros, mientras aquellos mataperros no hacían más que tropelías. Traían a su madre por la calle de la amargura: «¡William Marsden! —decía la buena señora—. ¿Es verdad eso que me han contado, por el amor de Dios, que has pintado de verde la vaca de la señora Lucy?». «¡Fenimore Marsden! ¿Es verdad que te has disfrazado de predicador, desgraciado, y has ido pidiendo un donativo por todas las casas del pueblo?». Con el tiempo, las diabluras de los pequeños Marsden irían acrecentándose, a medida que se acrecentaba el culo del mayor de ellos: Cooper no hacía otra cosa que estar sentado y leer y leer y leer. Los kilos fueron siempre sus enemigos naturales: era rechoncho; bajito, como todos ellos; hacían juego las gafitas redondas sobre su cara regordeta.

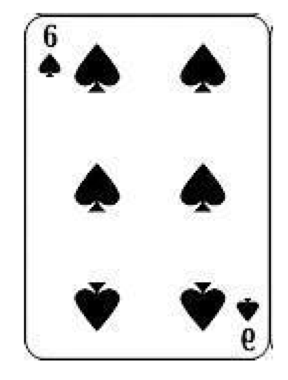
A Dios gracias, había fallecido ya su madre el día que Cooper partió hacia San Francisco para estudiar medicina: la señora Marsden se libró de ver cómo sus otros hijos robaban su primera diligencia.

A mitad de carrera de medicina, al erudito Cooper ya le llamaban Doc. Volvió al pueblo que le había visto nacer convertido en todo un médico prestigioso; montó su despacho y, mientras sus hermanos iban cometiendo pequeños robos aquí y allá, hoy una tienda de comestibles, hoy una oficina de correos, Cooper iba haciéndose un nombrecito en la pequeña localidad. A él acudían los vaqueros que se habían roto una mano, las comerciantes a los que les ardía el estómago por culpa de una úlcera, las señoras y los niños, los ancianos y el predicador. Fue el único de los hermanos Marsden que llegaría a convertirse en un ciudadano respetable.

De lo que pasó aquella noche de tormenta, el mayor de los Marsden nunca habló, constituía el más oscuro de los episodios de su vida. Si se le preguntaba se limitaba a decir: «Yo no respondo a preguntas estúpidas». Lo cierto es que Cooper *Doc* Marsden no volvió a ejercer de médico tras ser sorprendido violando a una muchacha en mitad de una consulta. Tuvo que escapar de una turbamulta furiosa armada de palos y antorchas, mientras trataban de ahorcarle en medio del pueblo. Perdida su reputación, acabó escondiéndose con sus hermanos, malviviendo como ellos, de golpe en golpe; convertido, como ellos, en un proscrito. «¿Cómo pudiste hacer una cosa así, Doc?, abusar de aquella chica». «Yo no respondo a preguntas estúpidas».

Mirando a la joven Nieve Blanca, Doc se colocó las gafas. Fue incapaz de reprimir el brillo que alumbraba el fondo de sus ojos.

—Levántate la camisita, ¿quieres? —dijo con voz meliflua—. Voy a examinarte el pecho, para ver cómo están tus pulmones.



El alemán se había vuelto al trabajo, dijo que no podía perder más tiempo cuando estaba a punto de encontrar los diamantes; y ya se escuchaban los golpes de pico en el interior de la mina. Cletus, por su parte, hacía lo de siempre, jugar un solitario apartado de todos y enfurruñado.

—Ni se te ocurra espiar por la ventana —le amenazó Bill—. Quítate de ahí.

Y Cletus recogió sus cartas y acudió hasta donde apilaban los troncos para leña.

Averell y Happy charlaban por lo bajo mientras, de reojo, observaban la puerta cerrada de la cabaña.

—¿Te preocupa que le haga algo a la india? —musitó el idiota.

—¿Qué? No, ni por asomo —mintió Happy, y la sonrisa se le transfiguró en la cara, convertida en una mueca. No hacía sino aguardar a los gritos de la india, sabedor de que vendrían más pronto que tarde.

Bill *Grumpy* observó al niño negro acodado en la valla que protegía al gorrino, con la mirada clavada en el animal pero con la mente en otra cosa. El gruñón se acercó hasta allí y también se puso a mirar al cerdo. Bill le observaba por el rabillo del ojo; había en el crío esa expresión triste que no le abandonaba nunca.

—No pienses tanto, Mudo. Pensar no te hace bien.

El crío amagó una sonrisa.

—¿Qué te pasa, andas recordando?

Asintió el chico, encogiéndose de hombros. Señaló con el mentón al cerdo y luego zarandeó la valla.

—No te gustan las cercas, ¿es eso?

El mudo asintió.

—No se la he puesto para impedirle que salga —dijo Bill—, sino para que ningún otro animal entre a comérselo, ¿comprendes? La naturaleza es así de cabrona; es como con los hombres, pero peor, nadie respeta a nadie, todos los animales tienen a otro por encima,

que amenaza con comérselo. A los cerdos les amenazan otros seres humanos, los coyotes, los lobos, los perros, los osos… Casi el mundo entero. Hay que protegerlo, ¿ves? Por eso lo metí ahí.

El niño le miró con los ojos llorosos; señaló las viejas heridas de grilletes que marcaban sus tobillos, interrogando a Bill con la mirada.

—¿A ti? No, eso no fue porque intentaran protegerte. A ti te mantenían esclavo porque así es el ser humano, no hay quien no se aproveche de alguien.

El niño señaló a los otros hermanos, al alemán en la mina, a Cletus…

—Sí —respondió Bill—. También esos se aprovecharán de quien sea con tal de sacar tajada.

El muchacho se aproximó a Bill y le señaló.

Bill Marsden apartó la cara, miraba al cerdo.

—¿Yo, dices? ¿Tú qué crees?

El niño le señaló muy convencido y dijo que él no. Bill suspiró.

—Muchacho, a lo largo de mi vida he hecho cosas que avergonzarían a un coyote.

La voz de Bill sonó como salida de un sitio oscuro y profundo.

—Yo también, Mudo. Yo soy el peor de todos.

Quedó pensativo el chico negro, dándole vueltas, y Bill *Grumpy* Marsden tuvo la dolorosa sensación de que había roto algo en el interior del muchacho.

—Coño —dijo apartándose de la valla—, preguntas demasiado.

Aproximó los pasos a la puerta de la cabaña, decidido a entrar, y tocó en la madera.

—¡Doc! Llevas mucho rato ahí den…

Se abrió la puerta y la figura rechoncha de *Doc* Marsden se dibujó en el dintel; Bill observó por encima de su hombro que, detrás, la chica se ponía de nuevo la camisa. Parecía estar bien.

—Es veneno, desde luego —dijo Doc limpiándose las manos con un retal—. Por fortuna apenas ingirió una gota, si no ya estaría muerta, pero me temo que irá actuando lentamente, a no ser que le demos un antídoto.

—¿Un qué? —preguntó Averell.

Respondió Cletus, como si el condenado canalla supiera una palabra de lo que hablaba:

—Un antídoto; una cura que deje inoperativo al veneno.

—¿Que lo deje qué?

—Carajo, Averell, que deje K.O. al veneno.

Doc se volvió hacia la chica.

—Si no le damos el antídoto, me parece que morirá.

Nieve Blanca agachó la cara.

Aumentó la inquietud de los hermanos.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó Bill.

—No tengo ni la más remota idea. No soy ningún experto en venenos y, además, tendríamos que saber qué veneno le dieron, para actuar en consecuencia.

Asomó la india por la puerta; venía demacrada y débil, tiritaba.

—Ella lo sabe —dijo.

—¿Ella?

—La mujer que me envenenó, la señora Queen.

Añadió Doc:

—Dice que vive en el fuerte Grimm, al otro lado del bosque. Quizás alguno de nosotros pudiera ir a preguntarle.

Hubo un silencio; no supo ninguno de ellos dónde poner la vista. A Happy le hizo gracia.

—¿Ir a preguntarle al verdugo qué cuerda usó? Igual nos manda a tomar por saco.

—Igual, pero no veo otra solución.

Averell señaló a Cletus.

—Podría ir él, ¿no dice saber tanto de remedios?

El cantamañanas se puso lívido.

—Tampoco es que yo sea ningún experto, la verdad —replicó—. Y además, señores, en fin, yo lo siento por la chica, pero…, estamos aquí por otra cosa. Hemos venido a trabajar en esa mina y lo cierto es que hay cosas perentorias que resolver; sin ir más lejos, el problema de la comida, que comienza a escasear; no deberíamos distraernos con…

—Carajo, Cletus —dijo Happy sonriendo con amargura—, eres todo corazón, ¿eh?

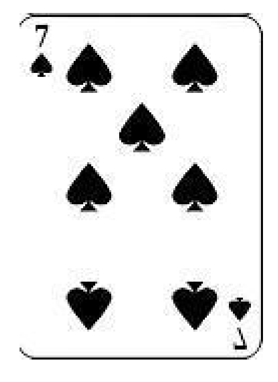
Dio un paso adelante el chico negro, muy resuelto, y se señaló el pecho varias veces.

—Dice que irá él al fuerte.

Se interpuso Bill.

—Sobre mi cadáver.

Miró a la joven, tan hermosa y frágil que parecía estar a punto de desmoronarse. Rezongó como hacía siempre, refunfuñando por lo bajo, y añadió: —Iré yo.



Fue el chico negro quien revisó sus alforjas, por ver si llevaba de todo; se había quitado su ración de venado seco para dársela a él y también metió la botella que Bill guardaba en el camastro. Bill *Grumpy* Marsden se disponía a partir.

—No me voy a la guerra, chico —dijo Bill, y al negro le pareció que el hombrecillo sonreía.

El Mudo revisó que estuviera bien atada la manta, y cargado el rifle.

Viendo su carita de preocupación, el gruñón trató de tranquilizarle.

—Volveré esta noche, si sale todo bien. Verás que no me pasa nada.

Habían salido sus hermanos a despedirle y ninguno de ellos ocultaba su inquietud; si las cosas que contaba la india eran verdad aquella era una mujer temible, pero no había tiempo que perder. «A la chica le quedan apenas unos días de vida», había dicho Doc.

Bill accedió al interior de la cabaña. La muchacha reposaba en uno de los camastros, adormecida por la fiebre, le habían salido dos chapones rojos en las mejillas. Al verse ante ella, Bill *Grumpy* se quitó el sombrero y lo sostuvo a la altura del vientre.

—¿Cómo te encuentras?

—Creo que un poco mejor —respondió ella. Apenas podía hablar.

—Salgo ahora mismo, muchacha. Volveré lo antes posible.

—No sé cómo darte las gracias, hombre blanco. Siento que tengas que arriesgarte por mí.

Bill se encogió de hombros.

—Seguro que esa perra no es tan mala, después de todo.

—Oh, sí lo es —replicó Nieve Blanca—. Es una mujer temible, no te fíes de ella. Ha hechizado a los soldados, también; es como si todo el fuerte estuviera bajo una nube negra.

Esta mañana, los ojos color almendra de la chica eran más vivos; tan dulces le parecieron a Bill que creyó que podría contemplarlos durante el resto de su vida.

—¿Qué ha podido hacerle una muchacha como tú para que te odie tanto?

Una sombra se adelantó hacia la luz; el espíritu de la madre de Nieve Blanca contemplaba a su hija con aire preocupado.

—Díselo, hija —murmuró.

Nieve Blanca apartó la cara, tan preocupada como su madre.

—El que era marido de esa mujer, el coronel del fuerte Grimm…

Se detuvo.

Bill se adelantó también, intrigado.

—¿Sí?

—El marido de esa mujer…

Pocas veces había visto Nieve Blanca aquella sonrisa en el espectro de su madre; la anciana, de pronto, volvía a ser una muchacha joven, radiante.

—Vamos, díselo; necesita saberlo. No hay por qué avergonzarse; yo no lo hago y soy tu madre. El amor es siempre un sentimiento limpio.

Nieve Blanca alzó la mirada hacia Bill Marsden. También ella encontró algo en sus ojos: una dulzura que nadie había sabido ver jamás, como si estuviera escondida tras una maraña de espinos y hierros.

Salieron las palabras de su boca en un hálito.

Al escuchar el secreto de Nieve Blanca, Bill Marsden quiso adelantarse y tomar la mano de la muchacha. Habría dado todo lo que tenía, por besar sus labios.

—Crees que ha querido matarte por eso.

Ella agachó la cara.

—Tiene un corazón retorcido.

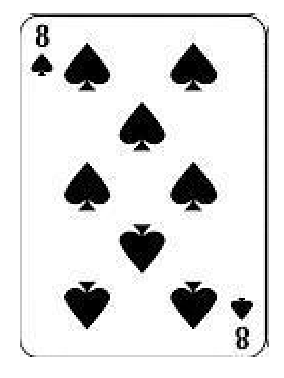
Ni siquiera fue consciente el bandido de que tomaba por fin la mano de la india; sentía su calor, la piel áspera de aquellas manos acostumbradas al trabajo duro.

Acogida por él, le dijo Nieve Blanca:

—No vayas. Por favor, no vayas. De verdad que ya me encuentro mejor.

Bill *Grumpy* Marsden sonrió. Besó la mano de la muchacha en un gesto fugaz.

—Volveré lo antes posible —dijo.



El alemán, enfrascado en su trabajo en la mina, ni siquiera advirtió la marcha de Bill. Cletus, por su parte, medio escondido tras una esquina de la cabaña, observó con alivio cómo se alejaba el cascarrabias. Tener que lidiar con un Marsden menos era para él una noticia feliz.

Al poco desaparecieron en la espesura Bill y su caballo, quedó el campamento en silencio, se miraron los hermanos.

—Es un tipo de carácter, seguro que sabe convencerla de algún modo para que le dé el antídoto.

—Seguro —dijeron todos, pero con la boca pequeña.

Mientras atravesaba el bosque siguiendo la dirección que Nieve Blanca le había indicado, Bill se preguntaba qué le diría a la viuda, cómo haría para convencerla. Le espoleaba, en todo caso, un sentimiento: era como una semilla que le hubiera germinado dentro, nada más ver a la joven india; y ahora crecía en su pecho. No recordaba haber sentido nada igual. Acababa de marcharse y ya echaba de menos contemplar a la muchacha, se quedaba embelesado solo de mirarla. La india, que se daba cuenta, le sonreía febril y se dejaba mirar, pues también en ella, pese a todo, había germinado la misma semilla.

No hacía ni media hora que se había marchado Bill cuando los hermanos escucharon los gritos. Se hallaban todos fuera de la mina, recogiendo el desordenado campamento.

—*Mein Gott!* —gritó el alemán allí dentro.

—¿Qué le pasa ahora a Salchicha?

—*Mein Gott!* —repitió aún más fuerte.

Acudían todos a la entrada de la mina, a ver qué le había ocurrido, cuando él salía, con los ojos muy abiertos, contemplando el diamante que traía consigo.

—*Mein Gott! Mein Gott!*

Se arremolinaron a su alrededor, querían ver la piedra. El alemán la frotaba con un paño viejo y salían poco a poco los brillos de aquel diamante bruto, del tamaño de una nuez. Se abrazaron, gritaron y

rieron, dieron gritos de júbilo y tiraron al aire los sombreros. Hasta Nieve Blanca sonreía, que se había asomado a la puerta de la cabaña, enfebrecida y débil.

Un gruñido les hizo detenerse, el gruñido largo del cerdo, que gritaba. La risa se les había congelado cuando se volvieron hacia la pequeña valla.

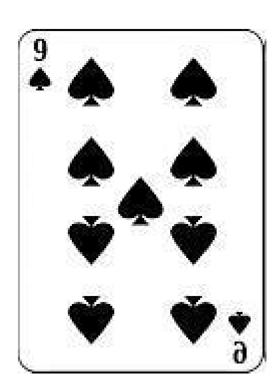
Metido allí, de rodillas, encontraron a Cletus Culpepper sacando el cuchillo de la garganta del animal. También se giró hacia ellos el charlatán, había un brillo de locura en su mirada, que hizo estremecerse hasta al más frío de los hermanos. Con el cerdo desangrándose en sus brazos sonreía.

—Esta noche cenaremos como Dios manda, ya está bien de pasar hambre.

Happy dio un paso al frente y, contemplando a aquella pobre bestia que agonizaba, suspiró.

—Carajo, Cletus, cuando vuelva Bill te romperá la cabeza.

—Eso —respondió Cletus Culpepper— será si vuelve.



Le llevó unas horas alcanzar el fuerte Grimm; ya en la distancia se advertía que andaba todo soliviantado. Los indios que acampaban junto al fuerte se arremolinaban en los portalones de la entrada gritando, amenazadores, y enarbolando cuchillos y rifles. Varios soldados apostados les impedían acceder al fuerte.

Bill Marsden se cruzó con un colono que abandonaba el sitio tirando de un burro cargado de mercancía.

—¿Qué ocurre ahí?, ¿qué les pasa a esos?

—Dicen que ha desaparecido una de sus indias y están poco menos que en pie de guerra. Yo me marcho, ahí están a punto de ocurrir cosas terribles; y si yo fuera usted, joven, no me acercaría.

Bill saludó al hombre tocándose la punta del sombrero y continuó camino hacia el complejo. Ya más cerca, fue incapaz de comprender lo que gritaban los indios, pero pudo darse cuenta de que responsabilizaban a los del fuerte, y con razón, de la desaparición de

la muchacha.

Siendo blanco y pensando que venía a comerciar, nada le dijeron los soldados, le dejaron pasar.

Bill encontró desolado el interior del fuerte, los colonos se hallaban encerrados en sus casas mientras que los militares permanecían firmes, apostados en la empalizada, y hacían guardia en los sitios estratégicos, armados hasta el último de ellos.

Bill desmontó de su caballo y se dirigió a un capitán que pasaba con aire encabronado.

—Disculpe, busco a la señora Queen.

El capitán Hunter miró al hombrecillo desde arriba; eran el punto y la «i».

—¿Qué desea de ella, si se puede saber?

—Le traigo noticias de su marido —dijo muy sereno Bill *Grumpy*.

El militar, intrigado, tardó un momento en reaccionar.

Ordenó que llevaran el caballo del señor al establo y a él le pidió que le acompañara. Se encaminaron hacia la cabaña del fondo.

—Están feas las cosas por aquí, ¿no? —comentó Bill.

—Putos indios, así a cualquiera le firman un ascenso. Por culpa de estos cabrones me van a dejar de capitán de por vida. ¿Noticias del coronel, ha dicho usted?

—Sí, señor.

—¿Del muerto?

—Del muerto.

Humbert Hunter se detuvo ante la puerta de la viuda. Todavía echó un par de miradas al hombrecillo, tratando de adivinar sus intenciones o si pudiera convertirse en un dolor de cabeza. Tocó en la puerta y una voz fría, tan gélida que heló la respiración de Bill, le dijo desde el interior que podía pasar.

El capitán metió la cabeza.

—Ha llegado un hombre al fuerte, señora. Dice… Dice que le trae «noticias de su marido».

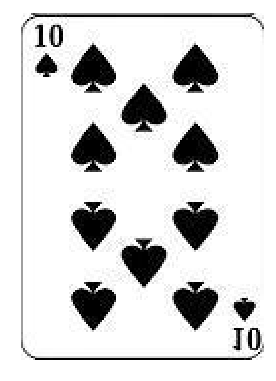
Se hizo un silencio en la cabaña. Algo debió responderle ella con un gesto, porque Hunter se giró hacia *Grumpy* Marsden, muy serio, y le dijo: —Puede pasar. Estaré aquí vigilando.

—¿Vigilándome a mí? —replicó Bill.

—Vigilando lo que coño sea, ándese con ojo. Aquí no nos gustan los líos.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo Bill señalando con el mentón a los mojave que gritaban en la entrada.

Pasó junto al capitán y se metió en la cabaña. Cerró tras él.



Le pareció una mujer hermosa, pero había algo en sus movimientos y en su mirada que infundía recelo; daba toda la impresión de esconder un juego de cuchillos bajo las enaguas. Cuando Bill entró en la cabaña la encontró alimentando en el pico a un cuervo asqueroso que daba saltitos en el alféizar.

—¿Qué es eso que le ha dicho al capitán?, lo de que trae noticias de mi marido.

—Pues eso mismo, señora. Y sé que está muerto, lo sé bien.

Margaret Queen hizo que el cuervo abandonara la ventana con un gesto displicente y se volvió hacia él; era tan bella como intimidante.

—Escucho atentamente, ha despertado usted mi curiosidad.

Solo fueron dos, las palabras que dijo Bill:

—Nieve Blanca.

Dos palabras y la mandíbula de la señora Queen se puso tensa.

—La puta de mi marido —dijo.

Bill se rio.

—¿Eso cree?

—La vi salir de madrugada de su oficina, escondiéndose entre las sombras como solo hacen las rameras.

—La india no era su amante —dijo Bill.

La viuda permaneció quieta y en silencio, no hubo respuesta en la expresión de su gesto, solo sus ojos hablaban, deseosa de saber más.

—Nieve Blanca no era la amante del coronel —añadió Bill—, sino su hija.

Asomó un rayo de sorpresa al rostro de la mujer.

—El coronel la hizo llamar para decírselo, la noche en que usted la vio abandonando su oficina. Eso, cosa curiosa, señora —añadió Bill con un punto de burla—, la convierte a usted en su madrastra.

La señora Queen estaba pensativa.

—Su hija… —repitió.

Comenzó a acercarse hacia él muy lentamente; se movía como un condenado puma de las montañas.

—Esta información… Diga, ¿cómo la conoce usted?

A Bill le parecía paladear aún el sonido de aquellos labios, mientras Nieve Blanca le contaba su secreto. «Un día, el día en que mi madre iba a reunirse con la tierra, apareció en la oscuridad de la tienda el coronel. Se arrodilló junto a mi madre y, como liberado de la coraza que solía ofrecer, acarició su frente; no parecía un militar sino un simple hombre enamorado. Mi madre unió mi mano a la de él y me dijo: "Nieve Blanca, este es tu padre"».

Bill alzó la barbilla ante la señora Queen.

—Me lo dijo ella misma.

Se detuvo el puma.

—¿Se lo dijo la india? Entiendo entonces que está viva.

—Enferma, a causa del veneno con el que usted trató de matarla, pero viva.

Se revolvió Margaret Queen hacia la puerta, llena de odio hacia el inútil del capitán.

—No se le puede encargar nada a un hombre —dijo.

—Estoy de acuerdo —replicó Bill.

Fue él quien ahora dio un paso hacia ella.

—Señora, entiendo que usted la odiara si pensaba así de ella, pero la chica es inocente. Su marido de usted, el coronel, le fue infiel con su madre en todo caso. Nieve Blanca no tiene culpa, no merece morir por eso.

Margaret Queen respiraba por la nariz, temblorosa.

—Hay poca gente inocente en este mundo, señor —dijo con frialdad—. Me doy por enterada de su información asquerosa.

—Necesito el antídoto.

—¿El antídoto?

—Para el veneno que usted le dio. La chica se está muriendo.

Se giró la viuda hacia la cómoda y abrió un cajón.

—Espero —dijo por lo bajo— que muy lentamente y entre muchos dolores.

Sacó del cajón un cuchillo Bowie de curva afilada, muy capaz de abrir gargantas y hasta de arrancar cabelleras; y con él se hizo un corte en el antebrazo.

—¡Capitán! —gritó tirando el cuchillo a los pies de Bill—. ¡Capitán, socorro!

Ni un segundo tardó Hunter en echar la puerta abajo, irrumpió como un toro enfurecido solo para encontrarse a la viuda sangrando y el cuchillo junto al hombre.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó Bill—. ¡Pero cómo se puede ser tan hija de…!

Fue inútil que tratara de forcejear con el capitán, le sacaba cincuenta kilos de peso y medio metro de altura; era como luchar contra un gigante.

—Sabía que ibas a dar problemas en cuanto te vi, maldito.

—¡Yo no he hecho nada, se ha cortado ella misma!

—¡Ha tratado de matarme! —dijo Margaret Queen fingiendo terror; señalaba a Bill *Grumpy* con el dedo, temblando espantada—. ¡Y acaba de confesar que fue él quien mató a la india! ¡La mató él! ¡Dígaselo a los indios, capitán: la mató él!

Ya no pudo replicar nada más el viejo Bill. Un puñetazo seco de Humbert Hunter lo sumió en la negrura.



—Mierda.

Humbert Hunter hacía una magnífica estampa, atravesando el fuerte en su atildado uniforme bajo la luna oscura. Al acercarse a la cárcel, vio la muchedumbre de indios agolpada a las puertas del fuerte; rostros requemados y abrumados de cicatrices, hombres en su mayor parte, también algunas mujeres. Hunter reconoció las caras mojaves más habituales del fuerte. Relucían al brillo de las antorchas los enormes aros en las orejas, algún amenazante tocado de piel, una chistera mil veces cubierta de mugre. Los ojos de un viejo, sobre todo, resultaban terribles a la luz de las llamas; quizás fuera lo que aquellas gentes tan primitivas llamaban chamán. Pareciera que podían atravesar los ojos de uno y leer en su interior.

Hunter bajó la mirada, no fuera que el viejo atisbara los deshonrosos recuerdos que guardaba en su corazón, y se dirigió hacia un teniente que rondaba a los salvajes sin saber cómo reaccionar, un muchacho de buena cuna al que Hunter tenía por poco espabilado.

—Teniente, ¿por qué cojones sigue ahí esa chusma?

—Me temo que mientras no pasen las puertas no podemos hacer nada, mi capitán. Están furiosos, por la india esa. Se han enterado de que retenemos al asesino.

—Vaya usted largándolos, ahí no se puede estar. Ordene al alférez

Ford y a Hawks que despejen esto.

—A la orden.

Ya se iba el muchacho cuando Hunter alzó la voz.

—¡Con diplomacia!

La cárcel tenía ya sus años y tanto su antecesor como él mismo habían ido retrasando por desidia las necesarias reformas. Aquella vieja puerta no iba a aguantar el embiste de una multitud.

Ni el viejo chamán ni ninguno de los indios supo darse cuenta de la particular transformación que se operaba en el capitán Hunter. Al girar la llave para abrir era todavía un héroe, un honorable capitán del ejército de los Estados Unidos. Tras cruzar el dintel, sin embargo, era ya el asesino: le acababan de servir en bandeja un perfecto cabeza de turco.

—Fuera —le dijo Hunter al soldado que hacía guardia junto a la mesa.

El muchacho le entregó la llave de la celda y abandonó la habitación sin mirar atrás; cerró tras él.

Humbert avanzó dos pasos hasta la celda y abrió la reja.

Bill *Grumpy* Marsden estaba al otro lado, tumbado boca abajo sobre el terrazo, atado con las manos a la espalda y amordazado. Un riachuelo de sudor le bajaba por la espalda.

Hunter se agachó y tardó un momento en sacarle de entre las muelas la mordaza repugnante, empapada de saliva. La arrojó asqueado contra una esquina mientras Bill echaba los restos, como si el capitán hubiese destapado un corcho.

El capitán Hunter se desabotonó el cuello del uniforme azul.

—Dónde está la india —dijo con la voz ansiosa.

Bill se había quedado inmóvil. Humbert Hunter le pateó la cara.

—Que dónde está la jodida india.

Grumpy quedó unos instantes confuso, escupiendo sangre.

—Carajo, socio, ¿me vas a pegar estando atado? —dijo—. Eres todo un caballero.

Fuera, los gritos de los salvajes se encendían más y más, los fuertes golpes hacían temblar la pared, las mujeres canturreaban un soniquete lento y grave. Tanto Hunter como Bill habían oído antes aquellos aullidos espantosos, que recordaban al de los coyotes sedientos de sajar gargantas; cualquier blanco en leguas a la redonda sabía que no auguraban nada bueno.

Hunter acudió hasta la mesa y de un cajón sacó un pañuelo que usó para limpiarse la sangre de la punta de la bota.

—Donde se esconde Nieve Blanca —insistió—. Dímelo, me comprometo a salvarla.

—Que te jodan, soldado.

Se vino aquella locomotora directa hacia él y descargó otra patada, esta vez en el estómago de Bill. Allí quedó, retorciéndose mientras boqueaba para buscar oxígeno.

Hunter se acuclilló y lo agarró por el pelo para obligarle a alzar la cara.

—¿Has visto alguna vez lo bonito que queda un hombre cuando le arrancan la cabellera? Esos salvajes de ahí fuera te creen el asesino de la india. ¿Quieres que te entregue a ellos?, di.

Bill se rio.

—De modo que sabes que yo no lo hice. Eres un cabronazo. ¿Lo hiciste tú?, dime.

El capitán miró a los lados, temeroso de que en las paredes hubiese oídos. Toda su altanería parecía haberse venido abajo como cera derretida.

—Si fueras un hombre de honor —insistió Bill— les sacarías de su error, pero no eres más que un cobarde.

Al darle el siguiente puñetazo algo se deshizo en el capitán Hunter. El pelo se le repegaba a mechones de sudor y la apostura del uniforme se había venido abajo.

—¿Te crees mejor que yo, infeliz?

—Mejor no, solo más guapo.

Hunter volvió a agarrarle del pelo; lo enfrentó. Sus pupilas eran dos brasas ardiendo.

—Yo no quería matarla.

—¿No? Pues se está muriendo, hijo de perra.

Hunter le soltó una bofetada.

Bill *Grumpy* se acordó de lo que diría su hermano Happy y se rio.

—Pegas como una vieja, soldado.

—Dónde está.

—A salvo de ti y de la bruja.

—¡Dónde!

Bill tenía los ojos cerrados, el estómago golpeado le latía tan fuerte que parecía haberle nacido allí un segundo corazón. Gruñó sin abrir los ojos.

—No sé qué te dices por las mañanas al mirarte en el espejo para afeitarte, soldado, pero eres una deshonra para ese uniforme.

También el capitán Hunter quiso sonreír, pero apenas pudo esbozar una mueca de dolor. Como si quisiera protegerlos, ocultó los galones con una mano.

Se puso en pie y acudió hasta la mesa para apoyarse, estaba derrengado. El canto grave de las mojaves había ido envolviendo a los

aullidos, imponiéndose como el aceite en el agua. Ahora era una serie repetida de sonidos, hipnótica.

—Dónde está la india.

Esta vez, Bill *Grumpy* Marsden ni siquiera se molestó en responder.

Pudo haberse equivocado, pero creyó ver un atisbo de alivio en la expresión del capitán cuando acudía a cerrar la celda de nuevo.

—Como quieras, tienes hasta el amanecer. Mañana, alguien que no seré yo abrirá los portalones para que entren los indios.



En unas pocas horas, el aire del campamento se había vuelto irrespirable. Había bastado la aparición de un diamante pequeño para que ahora todos se miraran con desconfianza; hasta los hermanos recelaban los unos de los otros.

Kurt el alemán dijo que él ya no dormiría en la cabaña: a partir de entonces se pasaría el día en la mina.

Después de matar al cerdo, Cletus no hacía otra cosa más que mirarse por encima del hombro, temeroso de que apareciera Bill y lo degollara por la espalda. Vagaba por el campamento como un espectro, con los ojos idos, la pechera y las manos manchadas todavía de la sangre del gorrino. No daba para sobresaltos: en cada sombra veía al gruñón, que había vuelto, y pegaba un respingo.

—Si este sigue así —dijo Doc—, acabará volviéndose loco.

Los hermanos, por su parte, también desconfiaban. Casi a la vez habían decidido todos que dormirían con un ojo abierto, por si a alguno de ellos le daba por pegarles un tiro mientras roncaban.

—Estamos haciendo una montaña de un grano de arena —dijo Happy—; quizás no haya más diamantes que ese en toda la condenada mina.

—Quizás —respondió Averell—. O quizás sea solo el primero. Por lo que a mí respecta no pienso perderos de vista ni un segundo, cabrones, que sois muy listos y estoy seguro de que intentaréis estafarme con mi parte.

Doc no decía nada; desde que la india llegó solo tenía ojos para Nieve Blanca. Permanecía largo rato sentado en una esquina de la cabaña, observándola sin decir nada, tirando bocanadas de su pipa y con un gesto tan sombrío como no le conocían sus hermanos. «A saber —se dijeron—, qué le estará pasando a este por la cabeza».

—Entonces, lo de aquella chica, Doc…, es verdad que abusaste de ella.

—Yo no respondo a preguntas estúpidas.

Lo cierto, sin embargo, es que a Doc se le había instalado un nubarrón dentro de la cabeza; uno parecido al que le ensombreció las ideas el día aquel, el de la chica en su consulta. Por no decir nada que pudiera delatarle callaba *Doc* Marsden que en su cabeza arreciaba una tormenta. Se veía obligado a contener los pies para no correr hacia la cabaña, irrumpir en ella y abalanzarse como un lobo sobre la india. Le llamaba, la maldita; le llamaba su olor, como la carroña llama a los buitres allá en los cielos. Y *Doc* Marsden se apretaba las manos, retorciéndolas mientras fingía que tenía frío, aunque ardía por dentro.

A su alrededor, por cierto, no veía más que estorbos para conseguir su propósito. Se había quitado de encima al más peligroso de sus hermanos, a Bill, pero allí quedaban como testigos el idiota de Averell, el bobalicón feliz de Happy, el condenado alemán y el condenado cantamañanas de Cletus. «Ojalá les partiera a todos un rayo ahora mismo», pensó.

Y pensando esto, fue que cayó en la cuenta de que sobraban. Sobraban todos menos él, en aquel decorado; como si aquellos que ahora le rodeaban fueran personajes de otra historia, que se habían inmiscuido en la suya solo para entorpecerlo todo. Sobraban. Sobraban.

—Esa cochina india tiene que ser mía —dijo por lo bajo, decidido —. Y esos cochinos diamantes también.

Pero no hubo nadie cerca para escuchar estas palabras; y fue eso lo que sentenció a Cletus y a Happy, a Averell y al alemán. Todavía no lo sabían, pero ya estaban muertos. Y callando, callando, fue pergeñando su plan el diabólico doctor Marsden.

Ajena a todo, tiritaba en un camastro la hermosa Nieve Blanca. El veneno había avanzado hasta hacerse con su organismo. En aquel duermevela espantoso, la india soñaba que regresaba a rescatarla Bill *Grumpy* Marsden montando un caballo blanco; pero cuando Nieve Blanca entreabría los ojos se descubría en la cabaña, bajo la exigua luz del fuego que ardía en la chimenea y sin Bill, pero rodeada por sus hermanos, entregado cada uno de ellos a un quehacer diferente por no dejar solos a los otros. Y Doc la miraba, la miraba todo el rato con una

expresión que ella, curtida y más que curtida, reconocía bien. En un hilo de voz, Nieve Blanca cerraba los ojos por no enfrentarse a la mirada del médico y suplicaba a su madre muerta que acudiera a protegerla; tenía mucho miedo y mucho frío; ardía en fiebre.

Era de madrugada en aquella noche sin luna, tan oscura como la piel del mudo, cuando resonó en lo más profundo de la mina un estruendo. ¡*Boom*! Acudieron todos en la oscuridad, desde diferentes puntos.

—¿Habéis oído eso?

—¿Qué ha sido?, ¿un disparo?

—¿Quién ha disparado?

Encendieron los quinqués en la entrada de la mina; se miraron unos a otros, ahora que ya podían verse. Cualquiera de ellos podía haber disparado dentro de una galería y, aprovechando la oscuridad, salir enseguida hasta reunirse allí con todos.

—A mí que me registren —dijo Cletus—, yo estaba donde el cerdo.

—Yo había ido a dar un paseo por ahí atrás —dijo Doc. Y mentía.

—Y yo a mear a aquellos árboles —dijo Averell—. ¿Y tú, Happy? ¿Estabas ahí dentro?

—¿Yo? No, joder; estaba echando un cigarrito detrás de la cabaña.

Solo uno de ellos faltaba.

—El condenado Chucrut ha disparado dentro de la mina.

—Sí, pero ¿por qué lo ha hecho?

—Quizás sorprendió a alguien que venía a acabar con él.

—¿Entonces por qué no está aquí fuera?

Asomaron todos al interior, procurando no ofrecer mucho la espalda a los otros.

—¡Alemán! —gritó Doc, y el eco de su voz se perdió en el interior de aquella temible negrura—. ¡Alemán!, ¿estás bien?

Solo respondió la brisa, el silencio.

—Deberíamos entrar a ver si está bien, ¿no?

—Claro que sí, Happy; pasa tú primero.

—¿Yo? ¿Por qué no pasas tú?

—Callaos, coño —protestó Doc, más que harto, que ya había trazado el plan que mandaría al infierno a todos aquellos descerebrados—. Iremos todos y así nos aseguraremos de que ninguno organiza una jugarreta en el campamento. Mientras estemos todos juntos, el que entró para sorprender al Chucrut no podrá hacernos nada.

—Buena idea.

Fue así como, quinqués en alto y en grupo, apretados unos contra ojos y con mil ojos, entraron los tres hermanos Marsden y el charlatán, y fueron adentrándose en la oscuridad de la mina. El plan de Doc

marchaba a las mil maravillas, de momento.



Las galerías se hallaban encharcadas, por toda la montaña se iba filtrando el agua que luego caía en el interior del laberinto. Los pies de Doc y de Happy, de Averell y de Cletus, chapoteaban en aquel cieno. Sobre todo el charlatán había procurado más que ninguno mantenerse fuera de la mina: recelaba del estado de aquellos tablones y vigas.

Happy hizo pantalla con la mano y llamó en alto:

—¡Alemán!

—Por el amor de Dios, no grite usted, se va a venir todo abajo.

Avanzaban despacio, no solo temerosos de que tras una esquina les apareciera el Chucrut, sino de que alguna de aquellas goteras les apagara los quinqués. No querían ni imaginar lo que supondría quedar atrapados allí dentro sin luz.

—¿Qué estabas haciendo tú donde el cerdo? —preguntó Averell, que no terminaba de creerse la coartada de Culpepper.

—¿Yo? —respondió el cantamañanas—. Cortando algunas lonchas, para el desayuno.

—Sí, ¿eh? A lo mejor no llegas al desayuno, Cletus.

—A lo mejor no llega usted, señor.

Le encaró Averell dispuesto a darle un puñetazo y tuvo que separarlos Happy.

—Haced el favor de estaros quietos y tranquilos.

—Yo no he hecho nada, ha sido él.

—Me da igual quien haya sido. No quiero volver a…

Doc se había detenido en seco, hizo un gesto para que callaran. Estaba pálido.

—¿Qué pasa, Doc?

El médico se señaló la oreja para que escucharan, y luego indicó que el sonido venía de aquella galería.

Era un murmullo apenas: la vocecilla del alemán parecía un lamento débil y prolongado. Acaso no todo había salido como lo había planeado.

—Es un fantasma —dijo Averell temblando—. Quiero volver con mi Olga. No tenía que haber venido, ella me lo advirtió.

—Tráetela, Averell —replicó Happy—, vamos a necesitar a alguien fuerte como un mulo, para trabajar aquí.

—Callaos.

Avanzaron con cuidado, paso a paso, ninguno tenía mucha gana de ir delante y este honor recayó sin él quererlo sobre Doc. Desenfundó el arma, decidido.

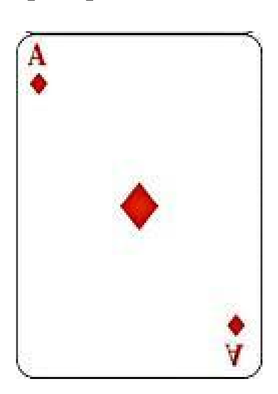
—No irá a disparar aquí, ¿verdad? Se vendría todo abajo.

—Espero no tener que hacerlo.

Llegaron a la entrada de la galería, al otro lado se avistaba el resplandor tembloroso de una vela. Asomaron poco a poco los tres hermanos y el charlatán.

En el suelo, a pocos metros, les esperaba sentado contra la roca el alemán, enarbolando su pistola; tenía los ojos desaforados y un pico clavado en el hombro; temblaba, murmurando en alemán, espantado, y nada más ver a Doc se lio a pegar tiros, creyendo que volvía a rematarlo. Recularon los hombres, Doc y Happy cayeron sentados de culo, y al estruendo de los disparos se vino abajo la galería en donde estaba el alemán; las rocas y los maderos aplastaron sus huesos. La mina se llenó de polvo y los cuatro supervivientes se pusieron a toser, medio asfixiados y ciegos.

Se habían apagado los quinqués.



Como lobos que se agazapan, así permanecían los indios en el exterior del fuerte, bajo la ventana de la celda donde yacía Bill *Grumpy* Marsden. Dormían algunos, vencidos por el cansancio, y otros, los menos, charlaban aquí y allá, en parejas, ansiando la llegada del alba.

Dentro de la celda, Bill escuchaba el rumor de esas conversaciones y adivinaba el sentido de sus palabras, imaginando cómo ansiaban llevarse con ellos al hombrecillo infame que había matado a su Nieve Blanca; lo atarían a cuatro palos en el suelo para despellejarlo al sol y

que lo devoraran las hormigas. Bill tenía tanto miedo que apenas podía tragar; le dolía cada uno de los malditos golpes que le había dado el capitán. Y, con todo, no era solo su precaria situación lo que le inquietaba, sino el paso inexorable de las horas, que la india estaría aguardando su vuelta con el antídoto que nunca llegaría.

Bill Marsden se incorporó en el camastro de su celda y, en aquel gesto tan suyo, se tapó la cara con las manos, rabioso, impotente. Habría dado lo que fuera por escapar de allí con el remedio para la chica. Habría dado todos los condenados diamantes de aquella mina, si es que alguna vez existieron.

El soldado que vigilaba al otro lado de la reja se había quedado amodorrado. «No lo pierdas de vista —había dicho el capitán Hunter —, es un pájaro peligroso». El chico, que no llegaría a los diecinueve, había evitado la mirada de Bill durante toda la noche, temeroso de que solo con ella pudiera desarmarle. Allí ronroneaba el gatito, con la barbilla sobre el pecho y bien agarrado a su fusil, a la tímida luz de un quinqué que tintineaba en la mesa.

Un leve, levísimo, quejido en la madera llamó la atención de Bill. La puerta que conducía al patio del fuerte se abrió despacito y, para asombro del bandido, una sombra se deslizó oficina adentro; la sombra de un espectro que se movía sinuosa en la penumbra. Bill contuvo la respiración, creyó que era la muerte misma, que venía a visitarlo. La sombra, sin embargo, se acercó hasta la mesa, agarró una botella que sostenía una vela y se la rompió al soldado en la cabeza; el cuerpo del chico cayó desmayado al suelo y allí se quedó, inerte.

Bill se aferró a los barrotes de la celda; apenas podía creer lo que veía: la sombra sonreía, enseñando unos dientes blanquísimos, y sus ojos le sonreían también.

El Mudito, desnudo, negro como la oscuridad en la que se había cobijado para llegar hasta él, le hizo un gesto con el dedo sobre los labios para que no hiciera ruido. Registró al soldado hasta encontrar las llaves de la celda. Abrió la puerta el niño y abrazó a Bill procurando no hacer ruido, temían los dos que los indios que estaban al otro lado de la pared hubieran podido escuchar algo.

—Estás loco, chico —susurró Bill.

El niño sonrió y de nuevo le hizo señas para que no hablara. Acudió hasta la estufa apagada y la abrió, metió las manos en las cenizas y sosteniendo un buen puñado lo extrajo para traerlo donde Bill.

—Me quieres volver negro, ¿eh? —dijo el bandido, encantado.

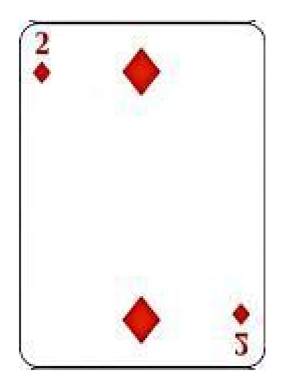
También él se desnudo enteró, y se embadurnó el cuerpo de ceniza hasta volverse tan oscuro como el Mudo. Hizo un hatillo con sus ropas

y las apretó contra el pecho.

—¿Tienes claro como salir de aquí?

Asintió el pequeño; había descubierto un punto ciego en la parte trasera del fuerte, cerca de las caballerizas y ajeno a la mirada de los guardias apostados. Por allí había escalado el chico hasta acceder a lo alto del muro, para penetrar en el complejo, y por allí iban a subir cuando Bill Marsden le entregó su ropa al chico y le dijo que esperara un segundo.

—Tengo algo que hacer todavía —dijo mirando hacia la cabaña de Margaret Queen.



Entreabrió despacio la puerta, procurando que no se escuchara ni un chirrido; dentro estaba oscuro, se empastaba contra el fondo negro de la cabaña la sombra que Bill era ahora. Avanzó y cerró tras él tan despacio como había entrado. Nada se escuchaba, sino la respiración de la mujer que dormía en la habitación de al lado.

Bill *Grumpy* Marsden avanzó de puntillas. A cada paso daba la impresión de que iba a quejarse la madera; nunca se le hizo tan largo un camino tan corto.

Cuando la mujer se revolvió en la cama ya estaba él encima de ella, de cuclillas en su pecho. Hubo un testigo, uno solo: el cuervo dio un graznido desde la ventana, aterrado, y la señora Queen despertó de sopetón para encontrar a aquel demonio en lo alto de su cama, negro, negrísimo y con los ojos encendidos de furia; no pudo gritar, ya tenía aquel cuchillo afilado apretándose contra su garganta.

—Cállate, bruja —susurró Bill—. No hagas ruido o entre los dos pintamos las sábanas de rojo.

Calló la señora Queen, en efecto; al tragar saliva tropezó con el filo de la hoja y sintió el corte en el gaznate.

—Qué quieres —musitó entre dientes, rabiosa.

—Ya lo sabes.

—Palurdo, no hay antídoto. El veneno es el que es y es bueno: la

furcia ya está muerta.

La agarró Bill Marsden y tuvo que hacer esfuerzos por no degollarla. Devolvió el cuchillo a su sitio, allá en el cuello.

—Te dije que la chica no era la amante de tu marido, sino su condenada hija. No se lo merece.

Los ojillos de la señora Queen bailaron hasta encontrar el espejo colgando en la pared del fondo. En el reflejo se hallaba Nieve Blanca, sin embargo; más joven que ella, mucho más hermosa que ella.

—Se lo merece más que nadie —replicó furiosa.

Temblaban las manos del cascarrabias de Bill, se estaba convirtiendo en un perro furioso y se le iba el cuchillo, se le iba.

—Dime cómo puedo curarla.

La boca de Margaret Queen se transformó en una mueca para emitir una risa cavernosa.

—Quizás, y digo quizás —dijo burlona—, un beso de amor verdadero pueda salvar a esa puta sarnosa.

El puño de Bill dio contra aquella cara bellísima y malvada, la mujer cayó hacia detrás, sobre la almohada. Bill la señaló con la punta del cuchillo.

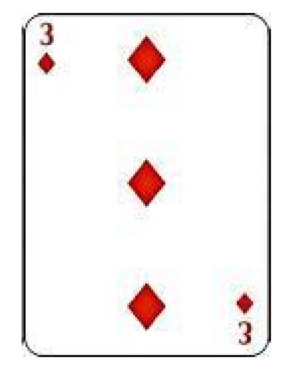
—Más te vale no volver a hacer nada malo, bruja, o volveré para cortarte la garganta.

El cuervo aleteaba en el alféizar, tras el cristal y graznando como un loco; hacía tal escándalo que iba a atraer él solito a toda la guarnición. Bill abrió la ventana y cuando el bicho iba a escapar volando, lo agarró como quien sujeta el cuello de una botella.

La bruja se revolvía en la cama, medio inconsciente y con la nariz partida, parecía estar borracha.

—Aunque la salves —balbuceó—…, aunque la salves allí estaré yo, tarde o temprano, escondida en algún sitio, esperando a que esa zorra vuelva a estar sola, para envenenarla otra vez.

Fue como si se moviera la oscuridad: Bill *Grumpy* le retorció el pescuezo al cuervo y, de un salto, se montó sobre Margaret Queen y le rebanó el cuello de oreja a oreja.



Desnudos y negros, por la misma cuerda por la que el chico había subido descendieron Bill y él, pared del fuerte abajo.

¿Qué ha pasado?, preguntó el Mudo con gestos, viéndole jadear. Grumpy traía algo en los ojos, un poco de horror y un poco de angustia, un desconcierto; la cara del que ha cruzado hacia el abismo para no volver. En alguna ocasión había visto el chico negro esa misma expresión, en los compañeros de la plantación que reaparecían después de haberse evadido, tras ser capturados como alimañas. El rostro de quien ya no tiene nada por delante.

—Todo está bien —respondió el gruñón—. Todo está bien. Camina. Sigue, no te pares.

El niño tenía tanto miedo de verle aquella expresión que estaba a punto de echarse a llorar.

—Sigue te digo, coño —dijo Bill dándole un empujón.

Protegidos por la luna nueva se arrastraron un rato por el suelo yermo hasta alejarse del fuerte, en dirección a la linde del bosque. Ya no tenía nada por delante Bill *Grumpy* Marsden. Sin antídoto, su misión había fracasado. Echó la vista atrás lleno de rabia, allá donde se advertían las pequeñas luces en el fuerte. Los habría matado a todos; al capitán y a los colonos, a los soldados, a los condenados indios; habría matado a la luna, si con ello…

El muchacho balbuceaba en silencio, le caían las lágrimas por la cara. Al verle así, Bill Marsden sintió que algo se le rompía en el pecho.

—No llores, por favor —dijo en un hilo de voz—. No llores.

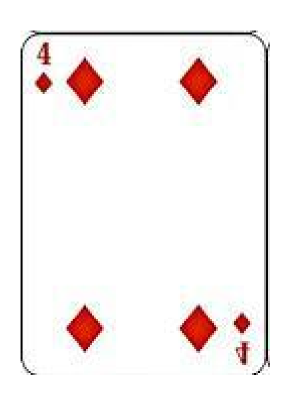
A prudente distancia del fuerte se incorporó y ayudó a incorporarse al pequeño, que temblaba en sus brazos.

—No llores, chico. Está todo bien.

Y el Mudo decía con la cabeza que no, que no lloraba, decía que no, que no, y apenas le quedaba respiración entre hipidos y lagrimones.

—No llores —decía Bill, pero también él estaba llorando.

Avanzaron a paso rápido, dejando atrás a quienes pretendían matarle, y se internaron en el bosque en dirección a la cabaña. Ni Bill ni el mudo traían con ellos el antídoto.



Echó a correr a ciegas, tanteando la galería de la mina; los estallidos de sus pasos resonaban sobre el agua encharcada. De cuando en cuando le caía encima un puñado de tierra; daba la impresión de que, a su alrededor, estaba todo a punto de desmoronarse. Ahora, más que nunca, Cletus Culpepper temía por su vida.

—¡Chicos! —gritó, pero el eco de su voz se perdió entre aquellos pasillos.

Habían echado todos a correr tras el desplome de la galería del alemán, cada uno por su lado. Cletus no sabía dónde estaban ellos ni dónde estaba él, creyó quedarse para siempre atrapado en aquel laberinto; temblaba de miedo.

—¡Le habían clavado un pico!, ¿lo visteis? —gritó otra vez en la oscuridad.

No había que ser muy listo para comprender lo que había pasado, pero el cantamañanas de Cletus Culpepper tardó unos segundos en sumar dos y dos. Al alemán lo había sorprendido uno de los Marsden.

—El maldito de Averell, como si lo viera —dijo entre dientes y avanzando a ciegas—; sabandija asquerosa; asesino y estúpido, la peor de las combinaciones.

Estando solo y a oscuras, también él corría peligro ahora. No veía la hora de salir de aquel agujero.

Una luz en la distancia rompía la oscuridad y Cletus retrocedió un paso, tan pegado a la pared como una cucaracha.

Suspiró aliviado: quien se acercaba por allí era Doc Marsden, el que le parecía más civilizado de entre los condenados hermanos. Iba a avanzar hacia él para llamarlo cuando tropezó con algo en el suelo que le hizo caer.

Era un bulto y tenía piernas. A Cletus Culpepper se le salía el miedo por las orejas. Apenas era capaz de farfullar unos balbuceos,

palpando el cadáver con el que acababa de tropezar. La luz que traía Doc estaba ya cerca; bastó esa luz para que el cantamañanas pudiera descubrir aquella expresión bovina; del cuello de Averell manaba un babero de sangre caliente que le iba empapando la camisa.

Llegó Doc hasta él y contempló al cantamañanas en el suelo, enredado en los pies de su hermano, a quien, por cierto, acababa de pasarle por el cuello su cuchillo, así, de izquierda a derecha, separándolo en dos como se hace con la corteza de un queso cremoso.

Cletus elevó los ojos hacia él, implorando quizás una explicación. Si Averell no era el asesino…, decían sus ojos, ¿quién es el jodido asesino?

Iba a explicárselo Doc, decidido a degollarlo también, cuando quisieron los astros confabularse.

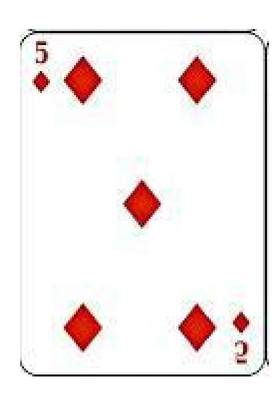
Fenimore *Happy* Marsden había llegado hasta Cletus desde el otro lado y le descargó tan tremendo golpe en la cabeza que el pico de la herramienta le entró a Culpepper por detrás y le salió por la boca. Se quedó quieto, con aquello clavado en lo alto, mirando al vacío, hasta que el blanco de los ojos, como si se le inundara, se le fue volviendo rojo sangre.

Happy jadeaba; se limpió con el antebrazo la baba que le caía de la boca.

—Hijo de puta cantamañanas, Crecepelo del carajo… —musitó—. Hijo de puta. Mató a nuestro Averell.

Doc estuvo a punto de soltar una carcajada; tuvo que morderse los labios para no romper a reír.

Estaba a punto de pedirle a Happy que caminara él delante para salir de la mina, cuando escucharon cerca, fuera de la mina, el grito asustado de Nieve Blanca.



Tosiendo asfixiados y con los ojos enrojecidos salieron de la mina como fantasmas, blancos de cabeza a pies y embadurnados de polvo; les perseguía una bocanada de tierra que irrumpió tras ellos. Tardaron

un instante en descubrir que Nieve Blanca se había levantado del camastro y avanzaba ahora por la fachada de la cabaña, agarrándose a la pared, febril.

Happy corrió hasta ella.

—Muchacha, adónde vas.

—Me desperté y vi que estaba sola, no había nadie en el campamento, tuve miedo.

—Ha pasado algo en la mina. Cletus mató al alemán. ¿Te lo puedes creer, muchacha? Y también ha matado a nuestro hermano, ese jodido matasanos.

La piel roja de la india empalideció.

—¿Muertos?

—Nosotros hemos escapado de milagro, se ha hundido la galería de los diamantes. —El hombre vestido de predicador se volvió para mirar a Doc—. No sé yo si podremos acceder ahí otra vez; no hay quien entre. Se nos ha jodido el negocio, hermano.

Doc echó una mirada hacia el interior; salía polvo todavía, flotando tras ellos como si pretendiera atraparles. Parecía todo tranquilo ya, sin embargo.

—Quizás aguante. Yo no desistiría.

Happy no dio crédito.

—¿Vas a arriesgarte a volver ahí dentro?

—Ya sabemos en qué galería están los diamantes. No tenemos más que desescombrar y volver a picar.

Algo, una cierta brisa, un temblor en la llama de las antorchas, le decía a Nieve Blanca que todavía estaba rondando la muerte.

—¿No ha vuelto Bill?

Nieve Blanca retrocedió en dirección a la puerta de la cabaña.

—Voy a entrar —dijo—. Me voy a quedar dentro hasta que vuelva Bill.

—Ya estamos a salvo, Nieve Blanca —replicó Happy—. Cletus mató al alemán y a Averell, pero ya le di yo su merecido.

Una oscuridad asomó a los ojos de Doc Marsden; Nieve Blanca fue testigo mientras retrocedía hacia la puerta.

—Estamos a salvo —insistió Happy.

A Happy le dio tiempo a escuchar el estruendo del disparo, pero ya no pudo advertir que su hermano Doc acababa de volarle media cabeza.

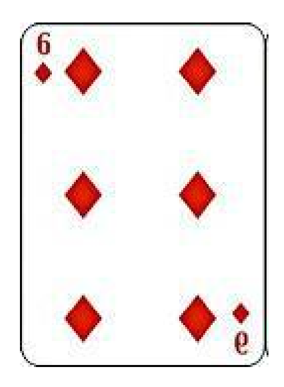
El cuerpo de Happy se vino abajo como una pared sacudida por el agua, parecía hecho de arena.

Humeaba el colt .45 de Daniel *Doc* Marsden, pero Doc no miraba hacia el cadáver de su hermano; y tampoco pensaba en los tres

hombres que acababa de asesinar, sino en aquella hermosa india, tan pura y virginal, que había encendido sus instintos más que el brillo de cualquier diamante. Le llamaba. Le llamaba, sí; su olor, sus ojos, hasta su alma india llamaba a Doc Marsden.

—Adónde vas, muchacha —dijo el médico.

Nieve Blanca miró en derredor: no quedaba nadie en el campamento que pudiera ayudarla.



La india trastabilló apoyándose en la pared y echó a correr hasta refugiarse en la cabaña; sus movimientos eran torpes y temblorosos.

Doc caminó tras ella con paso calmo; sin nadie que le estorbara en el campamento tenía todo el tiempo del mundo. La luz del sol bajaba en tajos, tan en ángulo que parecía cortar la piel.

—Estoy seguro de que tú me comprendes bien, Nieve Blanca.

Estaba ella cerrando la puerta cuando irrumpió el pie de él para impedírselo. Forcejearon, empujando cada uno por su lado, pero, aunque ya no tenía fiebre, la india había quedado extenuada.

Cayó hacia atrás y Doc abrió la puerta.

—Una mujer blanca no entendería nada, pero entre vosotros, los salvajes…, cada uno toma lo suyo cuando quiere, ¿no es así?

Cerró tras él y pasó al interior con ella.

—No me malinterpretes, yo soy un hombre que cree en la civilización; es solo que admiro esa libertad de los indios.

—Los indios no hacen eso.

De tan débil, la muchacha tenía que sujetarse en la pared, buscaba una forma de escapar. Quizás no fuera joven ni grande, pero el médico imponía: aquella oscuridad que tenía dentro le confería una especie de fortaleza apabullante.

—Me ocurre desde muy pequeño, que veo a una mujer y me domina un deseo de hacerla mía; es algo contra lo que no puedo luchar, ¿comprendes? Lo he intentado muchas veces, muchas; pero soy un hombre, carajo, tengo necesidades.

—Como los perros —replicó ella.

Doc sonrió. Iba caminando hacia la india, para arrinconarla en aquella esquina.

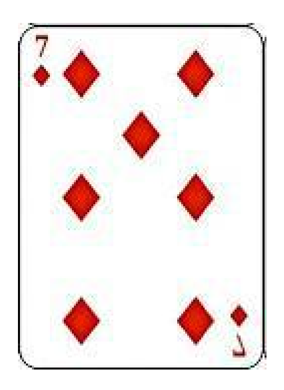
—Puede ser, Nieve Blanca. Quizás no sea mejor que un sucio perro.

La miró con tanta hambre que Nieve Blanca se encogió contra la pared.

—Pero, ah —añadió el miserable—, esta es la vida que nos ha tocado vivir: a mí la del perro y a ti la de la perra. ¿No es mejor mi parte que la tuya?

La agarró por la muñeca, apretaba tanto como una tenaza; ella trató de empujarlo, se vio incapaz. Doc se frotó contra ella mientras la india le daba puñetes en el pecho con la mano libre, hasta que también Doc la sujetó por allí, buscando su boca para besarla; lamiéndole la cara jadeaba, y en efecto recordaba a un perro.

—¡Doc! —gritó un alarido en el exterior, el alarido de una voz rota y desafiante; y Doc se quedó petrificado al escuchar la voz de Bill.



—No te esperaba tan pronto —dijo Doc desde el interior; también Nieve Blanca había quedado muy quieta. Por dentro, sin embargo, lloraba de alegría—. ¿Has visto lo que he hecho?

—Lo he visto.

—¿Vas a matarme?

—Lo voy a intentar —respondió Bill—. Igual que tú vas a intentar matarme a mí; pero a mí no me cogerás desprevenido como a los otros. Fíjate que de esperarme algo me lo esperaba de ti; siempre fuiste una sabandija. ¿Por unos cochinos diamantes?

El antiguo médico tenía la boca seca; miró en derredor por calcular sus posibilidades. La cabaña no tenía puerta trasera, se hacía imposible un mutis por el foro. Todo consistía en salir por allí y enfrentarse a Bill, sí o sí. Daba vueltas como un león enjaulado; era mucho peor tirador que su hermano, sabía que en este encuentro llevaba las de perder.

—Los diamantes son una llave, Bill, muchacho —dijo—. Eran los diamantes o seguir viviendo esta vida miserable contigo, con vosotros, a salto de mata, sobreviviendo de golpe en golpe, siempre huyendo. ¡Dios, soy médico! Merezco algo mejor. Los diamantes pueden comprarme una identidad nueva en Nueva York o en Washington, una consulta señorial, una vida mejor.

—Bueno, Doc; apostaste para quedártelo todo y has perdido.

—Todavía no, Bill; todavía estoy vivo.

No podía verle la cara, pero sabía que, allá fuera, su hermano estaría rabiando, apretando la mandíbula.

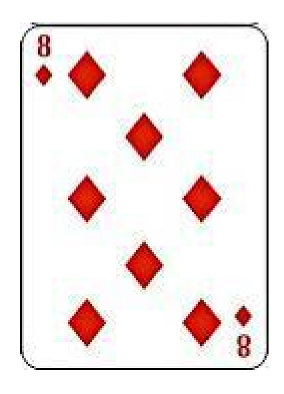
—Sal fuera, miserable —le dijo—; vamos a vernos las caras.

Doc contempló a Nieve Blanca, temerosa y cobijada en una esquina, destilando odio por aquellos preciosos ojos indios. Doc esbozó una sonrisa cansada, parecía de pronto más mayor que nunca.

—Si le mato —murmuró—, volveré a por ti y terminaré lo que he empezado.

Nieve Blanca creyó que le hervía algo por dentro, enseñó los dientes como un lobo, toda colorada, y mientras lanzaba un rugido se abalanzó sobre el médico. A duras penas pudo contenerla Doc, forcejearon, ella chillaba; asombraba aquella fuerza en una muchacha tan debilitada por las fiebres, pero la movía el más poderoso de los motores, la furia, el rencor, el miedo. La india trataba de sacarle los ojos con las garras, le arañaba la cara, se aferraba a su cuerpo con las piernas enroscadas alrededor del torso, gritando, gritando, gritando.

La puerta se abrió de golpe e irrumpió Bill *Grumpy* Marsden para separarlos. Forcejearon los tres en un baile imposible.



—¡Suéltala, maldito!

—¿Que la suelte, carajo? ¡Que me suelte ella a mí!

También Bill estaba muy débil, le dolían los moratones y la paliza del soldado; seguramente tuviera alguna costilla fracturada.

Consiguió Doc desembarazarse de la muchacha y se la echó a Bill

encima, cayeron los dos al suelo, y el médico aprovechó para salir corriendo; en la puerta tropezó con el chico que entraba, al que apartó de un empujón.

—¡Quita de en medio, negro!

Se arrastró Bill por el suelo, desenfundó su revólver y acudió hasta la puerta.

—¡Quédate con ella! —le dijo al Mudo.

Su hermano Doc huía como un conejo, atravesando el campamento hacia la arboleda.

—No te quiero disparar por la espalda, Doc —dijo el gruñón en la puerta de la cabaña, y amartilló la pistola.

Bastó ese *clic* para detener al médico; estaba ya junto a la alberca, a pocos metros de los árboles. Jadeaba, temblaba de miedo. Alzó las manos.

—¿*Quédate con ella*?, ¿le has dicho eso al negro? Sí que te preocupas por la india.

—Date la vuelta, Doc; te voy a matar.

Ni por asomo obedeció su hermano; permaneció dándole la espalda.

—Si te gusta la chica es tuya, Bill. Ya ves que se ha repuesto del veneno: los indios tienen queroseno en vez de sangre, no hay quien pueda con ellos.

—¿Igual no estaba tan enferma como nos dijiste, maldito?

Doc escuchaba cómo se acercaba su hermano lentamente, cómo le temblaba el colt y resonaba su respiración agitada. Todavía alzó algo más las manos.

—Estoy desarmado.

—Date la vuelta.

—Estoy desarmado, Bill.

—Debiste haberte armado cuando decidiste decorar el campamento con el cuerpo de Happy. Date la puta vuelta.

—Deja que me marche y no volverás a saber de mí.

—He dicho que te des la vuelta. ¡Date la vuelta, Doc!

Lo tenía ya en el cogote, muy cerca.

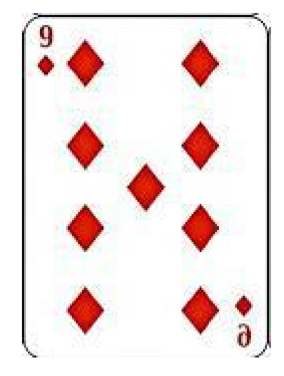
Una brisa agitó la copa de los árboles cercanos y la voz de Doc sonó como un murmullo.

—Bill…

—Qué.

—Te has acercado mucho.

Bill ni siquiera tuvo tiempo de advertirlo, fue tan rápido el giro de su hermano que lo siguiente fue recibir un puñetazo en la mandíbula.



Cayó hacia atrás, sintió el muro de la alberca contra su espalda, el agua fría, las manos desesperadas de su hermano Doc aferrando su garganta.

—¡Cuándo! —dijo Doc; creyó que de tanto apretar los dientes se los partiría—. ¿Cuándo pasaste de ser el viejo cascarrabias a ser el puto príncipe del cuento, Bill?

Confuso por el golpe, Bill el gruñón trató de aspirar una bocanada de aire y se llenó de agua los pulmones: su hermano le obligaba a meter la cabeza en la alberca; y cómo apretaba, Dios mío, mientras le estrangulaba. «Esto —pensó Bill—, es lo que debió sentir aquel pobre viejo al que ahogué», y lo sintió por él. Lo que habría dado ahora porque aquello no hubiera pasado. ¿No dicen que cuando uno está a punto de morir le pasa la vida entera por delante de los ojos? Al contemplar su vida, Bill *Grumpy* Marsden no encontró más que una sucesión de actos miserables y malvados, robos, peleas, engaños. ¿Acaso había creído por un momento que podía, sí, ser el príncipe de este cuento? Nunca antes se había sentido más ridículo. Todo estaba bien ahora, en su sitio. El villano moría al final de la historia, así había sido desde que el mundo es mundo; todo estaba bien. Fue dejando de forcejear; se iban quedando sin fuerza aquellas manos que trataban de impedir que lo estrangularan. Ni siquiera sintió odio por Doc; y mientras iba quedándose dormido, asfixiado bajo el agua, Bill tuvo la certeza de que merecía esta muerte espantosa.

Asfixiando a Bill y soñando con los diamantes y con aquella india salvaje que pronto sería suya, Doc Marsden tuvo una erección.

—Doctor —dijo una voz.

Alzó la mirada el viejo médico, sudoroso, colorado por el esfuerzo, y se encontró a la india apuntándole con el rifle.

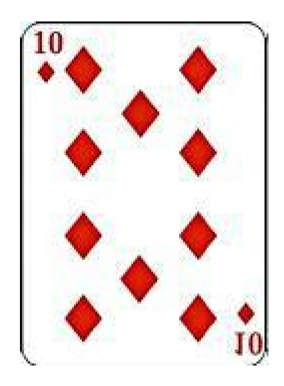
Debería haber sentido el terrible dolor en el vientre tras el estruendo y el fogonazo, *¡booom!*, pero Doc no sintió nada mientras el disparo lo empujaba hacia detrás y le hacía volar. Solo el placer, el placer dulcísimo de escuchar de labios de alguien aquella palabra

mágica.

—«Doctor»… —musitó Doc en el suelo, con las tripas fuera.

Y nada más; solo el placer, ningún sentimiento, ninguna sensación al ver cómo se acercaba Nieve Blanca y le contemplaba desde arriba. Ningún dolor mientras ella se arrodillaba y le cortaba en el nacimiento del pelo con el cuchillo herrumbroso y tiraba hacia atrás, hacia atrás, llevándose su caballera. Ninguna emoción en absoluto, solo el placer de aquella palabra, «doctor», mientras ella le mostraba el pedazo de piel con pelo que acababa de arrebatarle.

—Ahora, maldito, tu espíritu es mío —le dijo Nieve Blanca mientras la vida abandonaba aquellos ojos—. Nunca descansarás en paz.



Enseguida le sacaron del agua entre el Mudo y ella; el cuerpo de Bill Marsden era un guiñapo deslavazado. A su alrededor, el bosque se había acallado, daba la impresión de que, sobrecogidos, todos los animales estuviesen contemplando la escena.

Lo tumbaron sobre la tierra húmeda, el chico lloraba; y también lloraba ella, por lo bajo, con un dolor soterrado y profundo, mientras sostenía el cuerpo sin vida de Bill.

Nieve Blanca acarició aquel rostro feo y barbudo; la nariz demasiado grande, los ojos pequeños, que hasta hace poco siempre irradiaban furia. Había ocurrido en ella como en él; nada más verse sintieron algo por dentro, que nunca habían sentido; algo que no tenía nada que ver con lo que experimentaban sus cuerpos, sino con una corriente misteriosa que, sin más razones, surgía entre ellos.

Nieve Blanca contempló los labios de Bill Marsden, cortados aquí y allá, rotos a golpes, y, acaso llevada por la brisa o por la mano invisible de su madre muerta, la muchacha india se agachó hacia él.

Fue un beso dulce, delicado; duró apenas un instante; el más dulce que ella hubiera dado nunca. Un instante solo en el que ella respiró en la boca de él y él respiró por ella.

Al retirarse Nieve Blanca, Bill estaba vivo de nuevo.

Dio un golpe de tos y vomitó un buche de agua, se retorció en los brazos de ella ante los atónitos ojos del Mudo.

Rompieron a reír los dos, el chico y ella, entre lágrimas. Estaba vivo, el condenado.

Cuando Bill abrió los ojos se reencontró con aquel rostro, el más bello del mundo, mirándole, restablecida ya y sonriéndole.

—La bruja me lo dijo —musitó el hombrecillo—; que quizás pudiera salvarte con un beso.

—¿Salvarme?

Se rio Nieve Blanca de la ocurrencia, pero Bill parecía sentirse tan contento, tan orgulloso de su heroicidad, que no le quiso sacar del error.

Acarició la cabeza de Bill el cascarrabias y volvió a besarle mientras el chico negro se reía ruborizado, tapándose los ojos.



Ninguno de ellos tuvo intención de quedarse a desescombrar la mina para hallar los condenados diamantes. Solo uno habían rescatado de las ropas de Doc, el que le había quitado al alemán; el único diamante encontrado en la mina.

—Seguro que no hay más —dijeron encogiéndose de hombros—. Y algo sacaremos de este.

Les dieron sepultura a los hermanos allí mismo, al pie del roquedal; y hasta a Cletus Culpepper. Allá donde vertieron el líquido de su crecepelo nacieron unas flores hermosísimas, grandes y azules, como nunca se habían visto.

Bill dijo unas palabras.

—Que Dios os perdone a todos, chicos; y vosotros, Averell, Doc, Happy, dadle recuerdos a mamá.

Al cabo de un par de días Bill pudo recuperarse de la paliza; comenzaron a recoger el campamento. Venderían los caballos que habían quedado libres y también algunas herramientas; junto con el diamante sacarían un puñado de billetes. Quizás lo justo para comprarse un terrenito en algún sitio y montar una granja.

—¿Una granja yo? —replicó Bill, desdeñoso, con una sonrisa—. Carajo, no hay quien se lo crea.

Montaron los tres, aliviados de abandonar el campamento.

Bill se había comprometido a acercar a Nieve Blanca hasta su tribu, junto al fuerte. Todavía no habían decidido si denunciarían al capitán Hunter o si ella se quedaría allí mientras el Mudo y Bill se iban.

Pudiera ser, incluso, quién sabe, que unieran su camino los tres, alejándose hacia el horizonte bajo el sol del atardecer.

Ya lo resolverían, porque lo cierto es que juntos estaban a gusto; y sobre todo la chica y el bandido parecían emocionarse sin más cuando compartían una mirada furtiva. El chiquillo negro se reía de ellos.

Estaban ya montados, dispuestos a marcharse, cuando salió de la arboleda un jinete vestido de negro de sombrero a botas; traía un palillo de dientes en la comisura. Grumpy tuvo miedo de que fuera un agente de la ley, aunque no llevaba estrella a la vista. A Bill y a Nieve Blanca les preocupaba la manera que tenía de observar al Mudo; recordaba a un halcón ante un conejo. Nada les dijo mientras se aproximaba, pero traía con él un aura tenebrosa; se observaban todos, prestos a reaccionar al menor movimiento.

Hizo que su caballo se detuviera ante ellos y con las dos manos se apoyó en la cruz de la silla.

—¿Puedo ver tu lengua, muchacho? —preguntó.

Aquí intervino Bill.

—Esa, señor, es una pregunta muy rara, ¿no le parece?

El desconocido amagó una sonrisa, divertido.

—Me llamo Valance —dijo—. Soy agente del despacho de detectives Pinkerton.

A Nieve Blanca le fue imposible disimular la inquietud.

—Vámonos, Bill. Por favor, vámonos.

El agente ya sabía que si alguno de aquellos tres le disparaba sería el hombrecillo de la cara encabronada; se apartó el lateral de la chaqueta, como quien va a enseñar un truco de magia y muy lentamente se dispuso a sacar un papel. Tal y como había previsto, en efecto, Bill apoyó la palma de su mano en el revólver enfundado.

—Solo quiero enseñarle una cosa, amigo —dijo el agente—, no hay por qué perder la calma.

—¿Le parece que no estoy calmado, *amigo*? —replicó Bill, y lo cierto es que parecía un témpano de hielo.

El individuo mostró el papel que acababa de sacar.

—Si no me equivoco —dijo señalando al crío—, ese de ahí no tiene lengua y es un esclavo evadido: el amo paga un buen dinero por su

captura, vivo o muerto. Así que, de una forma u otra, se tiene que venir conmigo.

La piel negra del chico había empalidecido; no podía hablar cuando miró a Bill, ni maldita la falta que le hacía: ya hablaban por él sus ojos aterrados.

Bill se reacomodó en lo alto del caballo.

—A ver si dejamos clara una cosa, señor Palance…

—Es Valance.

—Como cojones quiera que se llame. El chico no va a irse con usted de ninguna de las maneras.

—Le he dicho que soy agente de…

—Como si es el jodido presidente de la Western Union. Ya me ha oído.

Nada respondió el señor Valance. Él y Bill se sostuvieron la mirada.

Nieve Blanca agarró las bridas del caballo del Mudo y tiró de ellas para ir retrocediendo juntos poco a poco.

El agente se guardó el papel.

De sobra sabía Bill que aprovecharía aquel movimiento para sacar el arma que llevaba escondida en la chaqueta. El agente puso cara de lamentarlo.

—Es una lástima, señor, que no me quiera facilitar las cosas. ¿Está seguro de lo que está haciendo?

Bill observó al muchacho y le guiñó un ojo.

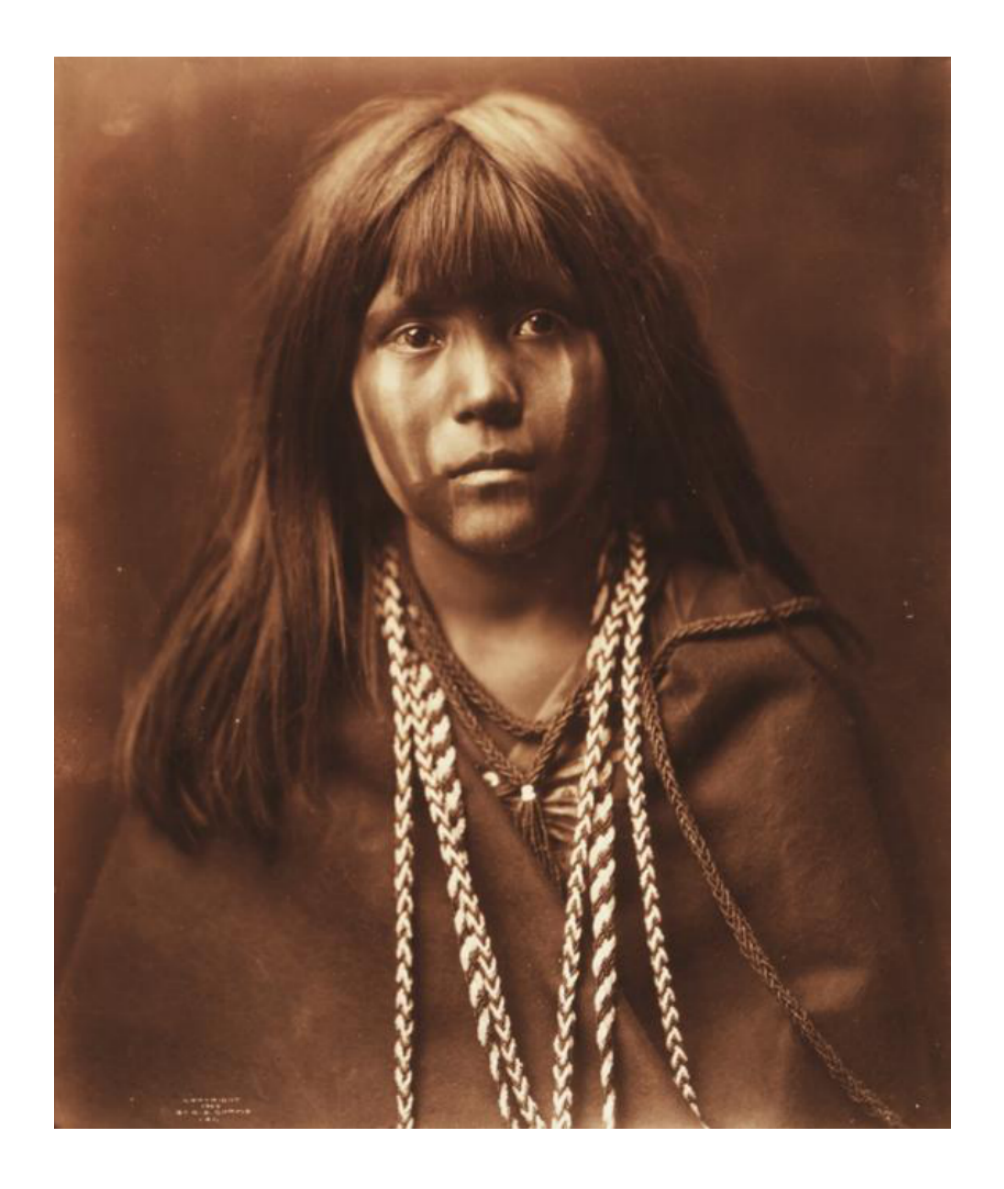
—Más que seguro —respondió—. El chico no va a irse con usted de ninguna puta forma, señor Palance.

El agente, ya furioso, quiso corregirle de nuevo.

—He dicho que me llamo…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Bill ya le había disparado.

Madrid, diciembre de 2021





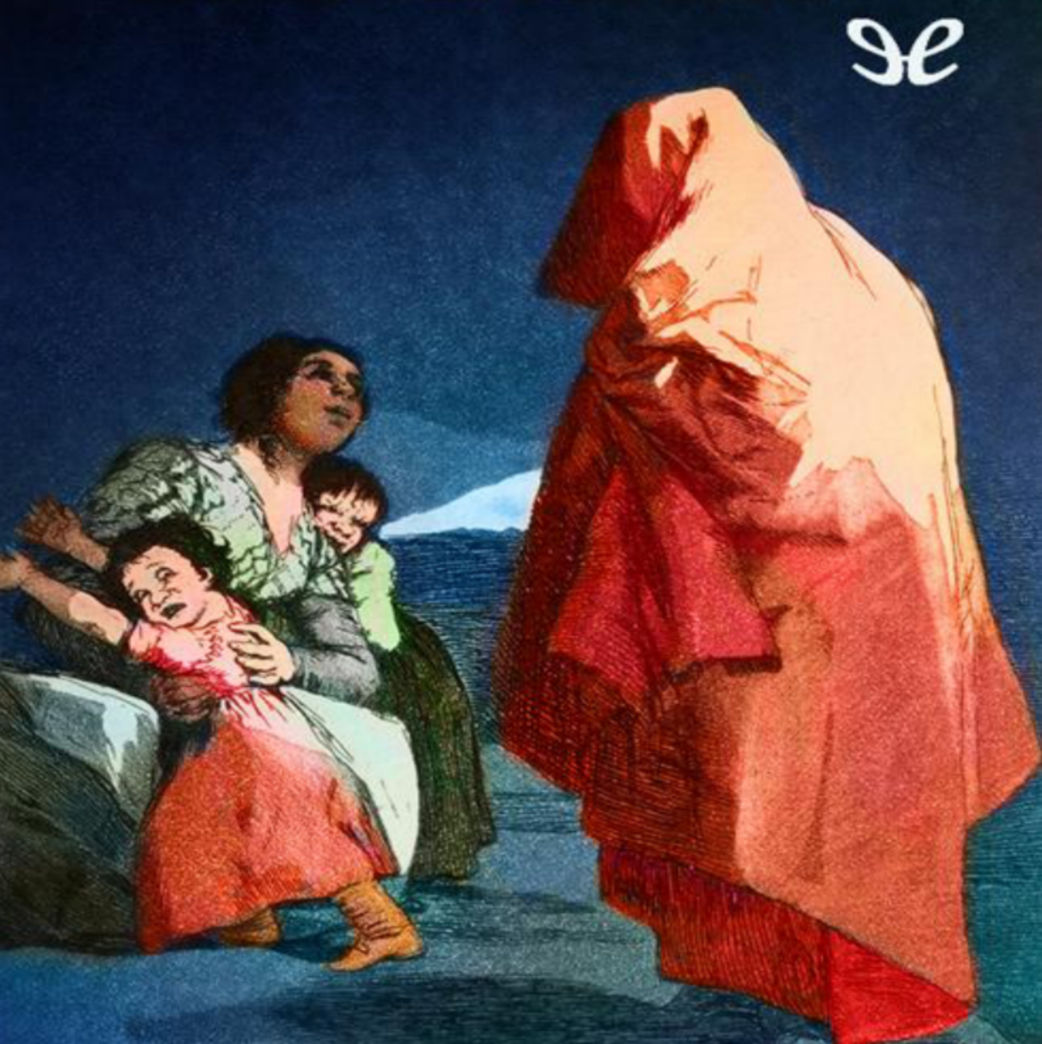
JOSE GIL ROMERO (Las Palmas de Gran Canaria, 1971) y GORETTI IRISARRI (Vigo, 1974) forman un tándem creativo desde hace más de veinte años. Tras licenciarse en Comunicación Audiovisual, crean un exitoso colectivo de cortometrajes, galardonados con más de cuarenta premios en diversos festivales. Tras esto vienen años de trabajo conjunto en el mundo del guion de cine, la ficción televisiva o la animación, donde desarrollan proyectos propios y ajenos.

En 2011 fundan con otros compañeros el colectivo editorial y revista *La Playa de Madrid* donde realizan crítica de literatura y cine, además de ediciones experimentales. José Gil Romero ha sido profesor de diseño, narrativa cinematográfica y teatro; Goretti Irisarri ha obtenido un DEA en Filosofía con una tesina sobre Poe y ha publicado artículos en diversas revistas culturales.

Actualmente se encuentran preparando dos proyectos para televisión: *Todos los muertos* y *Mercenario don Quijote*.

Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

Los recuerdos del HOMBRE del SACO



Un periodista está realizando una serie de entrevistas a un asesino que lleva preso cinco años y que es conocido como el hombre del saco.

Tras la primera entrevista, el periodista comienza a recordar unos misteriosos acontecimientos para los que no encuentra explicación.

Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

Los recuerdos del hombre del saco

Historias olvidadas - 5

ePub r1.0
Titivillus 15-03-2024

Título original: *Los recuerdos del hombre del saco*
Jose Gil Romero & Goretti Irisarri, 2022
Ilustración de cubierta por Jose Gil Romero y Goretti Irisarri a partir de *Que viene el Coco*, grabado de Francisco de Goya (1799)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





«Mi salud antes que Dios. Mi salud antes que Dios».

FRANCISCO ORTEGA, el *Moruno*,
según declaraciones recogidas por Milagros Soler Cervantes
en el sumario del crimen de Gádor de 1910

«Me temo que sí, señora —dijo Alicia—. No puedo recordar las cosas como antes».

LEWIS CARROLL, *Alicia en el país de las maravillas*

Los recuerdos del hombre del saco

La mañana del 31 de octubre comenzó a fallarme la memoria.

Nada más abrir los ojos advertí que algo extraño acababa de ocurrirme en la cabeza. No se trató, sin embargo, del olvido de una fecha o de un despiste, que es algo que uno esperaría antes o después, sino que de pronto había recordado algo que permanecía oculto en alguna parte del cerebro, igual que un recuerdo perdido que, sin ton ni son, acabara de salir a flote. Abrí los ojos en la cama y el recuerdo me vino a la consciencia, tan vívido como si nunca lo hubiera olvidado.

Esto fue, a grandes rasgos, lo que recordé:

Debía yo tener siete u ocho años y corría detrás de mi prima, persiguiéndola en uno de nuestros juegos infantiles. Nos encontrábamos en el campo, atravesando un camino de tierra; pese al frío del invierno reíamos dichosos como solo ríe uno cuando todavía no ha crecido. Tropecé, caí a gatas sobre el suelo de tierra. Qué recuerdo tan intenso, el del dolor; el sentimiento de miedo, la imagen de mi madre corriendo hacia mí para socorrer aquellas manitas mías: me impresionó ver la sangre que, igual que si escapara, manaba de aquel tajo en la palma de mi mano.

A partir de ahí se fundía todo en la bruma del olvido: ningún recuerdo más de aquella tarde en el campo con mi familia. Nada más.

Sé bien lo que digo cuando ahora afirmo que aquella mañana de octubre comenzó a fallarme la memoria: el redescubrimiento de aquel recuerdo perdido despertó en mí una sensación de inquietud; igual que si mi mecanismo cerebral advirtiera que algo estaba funcionando mal en los recónditos engranajes de mi cabeza; un secreto convencimiento del que todavía entonces yo era inconsciente.

Poco podía yo imaginar que aquella remembranza sería el primero de los muchos y terroríficos acontecimientos a los que habría de enfrentarme pronto; imposible sospechar la pesadilla que me aguardaba.

Aquella sensación de intranquilidad permaneció conmigo tras el

desayuno. Nada más encontrarnos en la redacción de la revista, mi editor advirtió que algo me pasaba.

—¿Has pasado mala noche, Solís?

—No, he dormido bien. Es solo que… Me ha pasado una cosa muy rara.

Le expliqué por encima. A Carranza le hizo gracia.

—Pero hombre —dijo quitándole importancia—, yo me acuerdo todos los días de cosas que había olvidado.

—No es el recuerdo en sí, sino la sensación… Una sensación rara en la cabeza, como si ese recuerdo estuviera ocupando un lugar que no es el suyo. No sé explicarlo mejor.

Los recuerdos infantiles están almacenados en el córtex temporal del cerebro. Yo podía sentir, sentir casi físicamente, que el recuerdo se había hecho paso a codazos.

—¿No habrá sido un sueño? —preguntó mi editor.

—No; es un recuerdo, estoy seguro. Se me había olvidado por completo, pero ahora lo tengo ahí, grabado a fuego como si hubiera ocurrido ayer, y no hace cuarenta años.

El editor jefe de la revista Siglo me observó de arriba abajo y, mientras sacaba un cigarrito de la cajetilla, dijo:

—Son los nervios, por tener que ir a entrevistar hoy a ese hijo de perra. ¿No hace cosas raras la cabeza, a veces, cuando uno está estresado?

Ulpiano Carranza se encendió el cigarrito.

—A lo mejor deberías dejar las entrevistas de Araquistáin.

—A lo mejor —respondí desabrido—, pero no voy a dejarlas.

A mediodía acudí, de hecho, a la segunda de las entrevistas, armado solo con el teléfono móvil: se me obligaba a dejar fuera la estilográfica y la libreta negra. Volvieron a abrirse para mí los portalones de la prisión de Segovia, prisión de segunda a la que, precisamente por su condición de tranquila, se había enviado al que los medios habían bautizado como Hombre del saco, en régimen de aislamiento absoluto. Era tanto el odio que su caso había despertado en la sociedad que ni siquiera disponía de eso que llaman «preso de confianza», que lo tutelara; eran pocos también los guardias escogidos para su vigilancia; los más fuertes y duros, los menos impresionables; corazones de piedra incapaces de conmoverse ante la presencia de uno de los asesinos en serie más prolíficos y siniestros de la historia.

—Julio Solís —dije colocando mi carné de identidad ante el guardia de la garita, en la entrada—; el periodista de Siglo.

No se hablaba de otra cosa en la prisión a raíz de mi primera visita: las entrevistas. En cinco años nadie había visitado al asesino

Araquistáin.

Había sido aquel mismo guardia quien me atendiera el primer día y, pese a eso, acaso creyendo imposible mi interés todavía, volvió a solicitarme la documentación.

—La carta del señor director y la autorización de Instituciones Penitenciarias.

—¿Me las va a pedir cada vez que venga?

—¿Pero es que piensa venir mucho?

Atravesé de nuevo pasillos y puertas, que eran abiertas a mi paso con un estruendo metálico; apestaba a lejía y a orines.

Se me condujo de nuevo a la enfermería del pabellón de aislamiento donde Araquistáin pasaba los días. Le habían detectado un cáncer terminal de pulmón, a él, que no fumaba, y ni con esas le permitían abandonar la prisión para acabar su tiempo en libertad. Sus dominios eran aquel pabellón vacío, una sola cama ocupada, la suya, el portasueros y el eco de cada movimiento recorriendo aquellas paredes pintadas de marrón y blanco.

Al llegar a la enfermería lo encontré en la cama, recostado sobre dos viejas almohadas.

—¿Quiere que me quede? —preguntó el guardia.

—No hace falta —respondí observando al preso. La precaución de las esposas que engrilletaban sus muñecas parecía a todas luces excesiva en aquel guiñapo que necesitaba llevar consigo el respirador portátil incluso cuando visitaba el baño.

Araquistáin Bosch; de nombre Santos, quién lo diría…; profesor de música en el colegio de uno de los niños desaparecidos, soltero; más que reservado, asocial; cuarenta y cinco mal llevados; era un hombre enjuto y callado a quien los cincos años que llevaba encerrado habían convertido en una sombra flaca. Desprendía ese aura inquietante que emanan ciertos personajes; no era el primer asesino al que yo entrevistaba. En todos ellos encontré la misma negrura al fondo de los ojos, como si nada hubiera tras ellos, en la conciencia; ni muerte ni vida, solo un vacío.

La figura del Hombre del saco, el hombre misterioso que secuestra a los niños y se los lleva metidos en un saco, obedece a la costumbre real que sufrían muchas aldeas en la edad media: igual que hacen los depredadores, para comer había quien elegía entre sus víctimas a los más débiles e indefensos. O acaso peor: para extraer de ellos la preciada grasa corporal, a la que se le atribuían facultades milagrosas. Abundan en el anecdotario macabro las hazañas de brujas que raptaban niños para preparar ungüentos contra la impotencia o para favorecer la cura de ciertas enfermedades. En los años diez del siglo

XX, sin ir más lejos, hubo un parralero que mandó raptar y asesinar a un niño en Gádor, Almería, con el propósito de untarse el pecho con sus mantecas y curarse la tuberculosis.

Puse el móvil sobre la mesilla plegable y Santos Araquistáin Bosch señaló el aparato en lo alto.

—Por favor —dijo—, ¿podría decirles que lo apaguen?

—¿El aire acondicionado?

—Les he pedido que lo apaguen, pero no me hacen caso.

No era ya la hiperacusia que se le había diagnosticado durante el juicio: a pesar de la enfermedad, que lo tenía baldado, daba la impresión de ser un hombre sumergido en una inquietud constante.

Caía sobre nosotros un chorro de aire caliente; única nota de calidez en la desabrida enfermería. Apagué el aparato suspendido a cierta altura sobre nosotros.

—Pasaremos un poco de frío.

—Lo prefiero: el zumbido me iba a volver loco. Hay muchos sonidos que no soporto, el simple murmullo de los restaurantes, por ejemplo.

La dicción del antiguo profesor de música era profunda, entonada, pero de cuando en cuando raspaba cierta nota escondida al fondo, como la cuerda rota de un cello antiguo cuyo cordaje estuviera hecho de tripa.

—Por suerte esta maldición terminará conmigo.

Algo así me había dicho ya, en la entrevista anterior: «El árbol de mi familia consta de un tronco único; para bien o para mal no queda ningún otro Araquistáin: tiene ante usted un *fin de race*…».

Ataqué.

—El 12 de abril, ochenta y un horas después de la desaparición, los padres del primer niño recibieron el primero de sus… *paquetes*, señor Araquistáin. Lo que la policía etiquetó como prueba Nº 5.

Asintiendo, suspiró.

—La «casita de muñecas». Fue el nombre que le dieron ustedes, los de la prensa, tan dados a los melodramas.

—En todo caso lo reprochable no es el nombre, ¿no cree?, sino aquella monstruosidad que le enviaba usted a los padres. Sádicas pruebas no de vida, sino de muerte.

Al arrastrar sobre la mesa la carcasa de mi móvil, Araquistáin puso gesto de desagrado.

—Por favor, no haga eso.

—Señor Araquistáin —insistí—, por qué le envió aquel *paquete* a la madre. ¿Su odio estaba en realidad dirigido a aquella mujer? ¿Buscaba hacerle daño a ella? A los padres, en definitiva.

Me pidió con el gesto que le alcanzara la boca del respirador; daba señales de agotamiento. Acaso vino a colocarse aquella máscara para negarse a responder de nuevo.

Decidí aproximarme desde otro flanco:

—Quisiera preguntarle por otro niño, la víctima número dos. —Pronuncié el nombre con cuidado, la vista clavada en aquellos dos negros agujeros que eran sus ojos—: Daniel Noya. Aquel segundo niño y aquel segundo paquete a una nueva familia evidenciaron ya que había un patrón y que nos enfrentábamos a un asesino en serie. Lo que los psiquiatras llamaron en el juicio… una «compulsión». ¿Tenía usted pensado desde el principio lo de los envíos macabros o fue algo que surgió poco a poco?

Santos Araquistáin se acarició la piel blanquísima; tenía el cutis de quien jamás se ha expuesto al sol. Bajo el plástico del aparato, me recordó a una criatura replegada en su madriguera.

—Usted —dijo— ya conoce todas las respuestas que yo pueda darle.

—¿Las conozco?

—Se las dije el otro día. Y, además, tengo poco más que añadir a lo que ya dije en el juicio, a pesar de que nadie quiso escucharme.

Resonó el chasquido de los muelles al adelantarse en la cama.

—Yo no secuestré a aquellos niños, señor Solís. Y por supuesto no los maté, ni envié ningún paquete a sus pobres padres.

Nada más salir de la prisión aspiré una bocanada de aire segoviano: la opresión en el pecho se mezclaba con la repugnancia, la impotencia y la rabia. El Hombre del saco se mostraba tan escurridizo como en los tiempos de sus fechorías.

Bien. La segunda entrevista había finalizado; disponía de un par de oportunidades más, dados los permisos que me habían otorgado en Instituciones penitenciarias, pero de poco habrían de servirme si el condenado asesino persistía en su farsa. No lo sacabas del «Yo no lo hice» y del «Encerraron ustedes al hombre equivocado». Y qué convicto no se vale de las mismas artimañas; cómo esperar honestidad de semejante reptil. «Sí, lo hice yo, señor Solís —estas eran las palabras con las que yo soñaba a menudo—; prepare la grabadora, que le va a salir humo, se lo voy a contar todo». Inocentes anhelos de periodista.

De manera que visto lo visto, opté por recurrir de nuevo al juez instructor; al antipático Martín Sedano. Quise pensar, inocentes anhelos de periodista otra vez, que ahora se mostraría más comunicativo.

Hacía años que Sedano se había retirado; pidió la jubilación voluntaria después del juicio de Araquistáin, como si, habiendo ya cumplido y sin más objetivos en la vida, decidiera abandonar por fin la sociedad.

El retiro dorado resultó caminar entre las partidas de mus al mediodía, en el bar de la esquina, el zumo de tomate con unas gotitas de vodka, y los paseos matutinos en el parque cercano a su casa.

En nuestras calidades de juez instructor encargado del caso, él, y periodista, yo, habíamos hablado bastante durante la investigación; he de decir que nunca me pasó información sobre el asesino; era esa clase de juez reservado que no ve sino carroñeros entre los periodistas; y si se ponía en contacto conmigo en aquel entonces, además, era para reprocharme las informaciones que yo difundía en Siglo: «Solís, no sea cretino y deje de publicar cosas sobre él, no hace sino darle alas, que es lo que ese hijo de puta quiere».

Si en aquellos tiempos Sedano se había mostrado hermético conmigo, poco podía esperar de él ahora, que el asesino estaba preso y el asunto más que cerrado. Como soy de natural cabezota, sin embargo, y el viejo jurista resultaba una de las piezas claves de este puzle, decidí apretar otra vez, por si acaso.

Me hallaba conduciendo por la autopista, de camino a casa del exjuez instructor, cuando la cabeza me hizo otra jugarreta. El recuerdo me brotó, soy incapaz de explicarlo de otra manera; creció de pronto, enraizado ya en mi mente, y se desarrolló de manera instantánea como una hiedra, aferrado a los pliegues de mi memoria.

El recuerdo databa de los días de la primera desaparición, la prensa todavía no había apodado al asesino porque se desconocía su existencia. Me recordé en el quiosco de la esquina de mi calle, comprando todos los periódicos. Buscaba en la sección de sucesos: allí se anunciaba la desaparición de un niño al que un hombre se había llevado del parque.

Al volante de mi coche, me extrañó recordarme comprando los periódicos que anunciaban la desaparición del niño que luego sería la víctima número uno.

Era, sin embargo y más allá de todo, el *trasfondo* lo que me extrañaba, pues ya entonces, cinco años atrás, yo solo me valía de internet para informarme; jamás compraba prensa escrita.

Ojalá eso hubiera sido lo único raro. Me recordé también analizando las secciones de sucesos en casa, más tarde y ante los periódicos recién comprados, señalando con rotulador rojo las noticias sobre el secuestro. Y por qué había hecho yo tal cosa, me pregunté, si en ese momento nada significaba para mí aquella desaparición.

Fue definitivo, sin embargo, cierto detalle para que yo temiera al fin que la cabeza me estaba funcionando mal. En mi recuerdo me hallaba en mi apartamento, sentado a la mesa del comedor, rotulador en mano y rodeado de periódicos. Solo que en mi casa no hay, nunca ha habido, mesa de comedor.

Nada más aparcar el coche me detuve en una farmacia para comprar aspirinas: se me había levantado una incómoda jaqueca, un dolor sordo en el fondo de la cabeza, muy al fondo, que recordaba al de mis viejas y gloriosas resacas.

En el bar al que Sedano acostumbraba a ir me dijeron que podría encontrarlo en el parque, donde los tableros. «¿Le pongo algo?», me preguntó el camarero. Algunos años atrás yo no habría perdido la oportunidad de meterme un güisqui. «Y no se lleve muy lejos la botella». Ahora, sin embargo, tras mucho batallar y después de grandes sufrimientos, había conseguido dejar atrás las borracheras, la farlopa y las resacas.

Salí del bar sin probar ni gota. Después de tantos años todo yo era una pura cicatriz; una cicatriz orgullosa de sí misma.

El parque me quedaba a tiro de piedra y decidí acercarme dando un paseo. La aspirina iba haciendo efecto, se pasaba el dolor, pero quedaba sin embargo un inquietante rumor en la cabeza, como lejano. Notaba el cerebro embotado.

—Es por las malas noches de estos últimos días —dije en un susurro mientras me adentraba en el parque—. Todo por dormir mal.

El exjuez instructor Martín Sedano se hallaba donde me habían dicho, en efecto: sentado en uno de los tableros que había en cierto rinconcito del parque. No había otros jugadores en el resto de tableros y aún en el suyo: estaba jugando a las damas consigo mismo.

Nada más aproximarme levantó los ojos por encima de la nariz y a modo de saludo, con su acostumbrada cara de póker, dijo:

—Anoche soñé con usted.

—Ah —respondí yo—. ¿Una premonición?

—Algo pesado que comería en la cena —añadió con sorna, encogiéndose de hombros.

Contrastaba el pelo negro del juez, muy corto, con la blancura de su barba; la barba que ocultaba su expresión sobre aquella cara de palo.

—¿Me puedo sentar? —pregunté.

—¿Blancas o negras?

—Hace mucho que no juego. Quería hablar con usted, Sedano.

Reunió las piezas en un batiburrillo y fue colocándolas en sus respectivos escaques.

—Negras para usted. Saco yo.

Tomé asiento ante él y me levanté el cuello del abrigo; soplaba una brisa fresca que, a nada que uno se descuidara, acababa cortándole los labios.

—Hoy estuve donde Araquistáin.

El juez no se inmutó, acabó de colocar la última de las fichas redondas.

—Y es la segunda vez que le visita —dijo adelantando la pieza una casilla.

—Ah, ¿lo sabía?

—Sigo teniendo amigos, me cuentan cosas. Le toca.

—Es la segunda entrevista que le hago, sí. Lo tienen en la enfermería.

—Eso también lo sé: a ver si es verdad y se muere pronto, el hijo de perra. Le toca, mueva.

Moví una de mis fichas, al azar y sin prestar atención. Él movió otra, enseguida, y añadí:

—No he conseguido sacarle mucho.

—Qué esperaba. Mueva.

—Bueno… —dije moviendo ficha—. No le queda mucho tiempo de vida y se acaban las oportunidades.

—Qué oportunidades —replicó antes de comerme la pieza.

—Las oportunidades para averiguar dónde están los cuerpos de los niños.

Levantó la mirada, viva y cortante; resaltaba por encima de las bolsas de los ojos.

—Si pretende que esa víbora colabore es que es usted un inocente de la peor especie, Solís.

—Qué especie es esa.

—Una que no abunda entre los periodistas; usted debe ser de los tontos. —Bajó la mirada otra vez y señaló el tablero—. Mueva.

Moví.

—Usted tendrá una teoría, señor juez.

—¿Una teoría de qué?

—De qué hizo Araquistáin con los niños. No es fácil deshacerse de nueve cuerpos.

Al juez Sedano se le agrió el gesto, movió ficha.

—Si son cuerpos pequeños es más fácil.

—En su época, durante la investigación, ¿barajaron ustedes algún sitio? Me refiero a algún lugar que no constara en los informes: ya sé que investigaron el basurero municipal y el parque que había junto a la casa de Araquistáin.

—Barajamos varios sitios y ordené que excavaran en todos, incluido un depósito de chatarra; hasta dragamos un par de lagos. —Y añadió—: Como usted sabe…, porque bien se encargó entonces de ponerlo negro sobre blanco, nunca encontramos los cuerpos. Mueva.

Moví sin analizar la jugada y esto le valió para mover él y comerme tres piezas de golpe.

—Carajo, no está concentrado, así no vale la pena jugar.

—Los padres de esos niños merecen saber dónde están sus cuerpos. Merecen tener un sitio donde llorar a sus hijos.

Martín Sedano se rio.

—No se le pregunta a un pirata dónde escondió su tesoro, Solís. Si espera que Santos Araquistáin se conmueva del dolor de esos padres y cuente lo que hizo con los cuerpos, es que además de carroñero es usted un cretino.

Atrajo las fichas hacia sí para recogerlas.

—Y no me sorprendería, tampoco. Que fuera un cretino, digo.

Arreció la brisa y abandoné el tablero de juego. El juez se disponía a colocar las piezas de nuevo para volver a jugar solo y yo comencé a alejarme sin decir adiós.

—Plumilla —dijo llamándome.

Al girarme encontré aquellos ojos de perro viejo, cansado; los ojos de un hombre que ya no espera nada.

—Si tuviera que apostar los huevos apostaría que escondió los cuerpos en su casa.

—Pero… —respondí yo—, ustedes excavaron en el sótano, inspeccionaron toda la casa, se comentó mucho en el juicio.

—Ya lo sé, removimos la casa entera y no los encontramos. No sé cómo lo hizo, pero estoy seguro: allí es donde escondió los cuerpos de los niños. Y allí seguirán todavía.

Nunca había llegado yo a entrar en el antiguo chalet de los Araquistáin, ni siquiera durante los meses posteriores a la investigación, cuando ya no estaba acordonado.

Hubiera uno pensado que bajo la inocente luz de la tarde el portalón de clavos resultaría menos temible, pero había en aquella madera un poso corrompido, como si la materia se hubiera ido empapando de los callados horrores que había ocultado tras de sí.

Junto a la puerta aguardaba una mujer con traje de chaqueta; aprisionaba el bolsito bajo el codo.

—Ah, le estaba esperando. No me he atrevido a entrar yo sola, si le digo la verdad. Normalmente viene mi compañero a enseñar esta propiedad.

La mujer de la inmobiliaria giró la llave en el portalón de clavos;

hubo de darle varias vueltas.

—Hace más de un año que no la enseñamos. Con semejante historia detrás, esta casa es imposible de vender.

Al abrir nos asaltó el hedor a cerrado.

—Disculpe, se ha dado de baja la luz, pero me he traído una linterna, ahora abro las contras.

Adiviné en la penumbra un larguísimo salón con forma de ele. Las paredes, recorridas por el baile de sombras de la linterna, jugaban con nuestros ojos a las fantasmagorías: aquí y allá crecían y decrecían nuestras siluetas. Era aquel el antiguo hogar de Santos Araquistáin y allí estaba yo: metiendo el hocico en la mismísima madriguera del monstruo.

La mujer entornó las persianas del salón y una tímida luz vespertina tomó la casa; pequeños tajos de luz mostraban los contornos de los muebles polvorientos. Allí seguía el sofá de estilo Chippendale que salía en las fotos del caso, con aquel enfermizo estampado de rosas.

—Al principio tuvimos una oleada de llamadas para visitar la casa; todo un desfile de curiosos y gente rarita. Pero era puro interés morboso, nunca hubo nadie dispuesto a quedársela. Y eso que está barata. Pero nadie quiere vivir aquí.

Era cierto que se advertía algo en el aire, una atmósfera opresiva; acaso la imaginación y el miedo eran capaces de crear tales fantasmas.

—¿Tiene para mucho rato? —preguntó.

—Quisiera echar un vistazo.

La casa me llamaba: era como una fuerza grave; un eco, quizás, que recordaba a la cuerda rota del viejo cello hecho de tripa que yo conocía bien.

La mujer se quedó atrás, en el salón, me dejó hacer; había yo enfilado el primero de mis intereses: la habitación contigua, destinada toda ella a biblioteca.

En el transcurso del juicio, la fiscalía había sacado a colación ciertos ejemplares hallados en estas estanterías. Entre ellos, un antiguo tratado de sedantes y opiáceos escrito en dialecto *hilalí*. Mucho se comentó, también, el descubrimiento de un cuaderno de trabajo de los hermanos Benedito Vives, ejemplar único de principios de los veinte, buscadísimo, que contenía determinados ejemplos sobre dermoplastia de mamíferos y que se correspondían con las técnicas practicadas en dos de los paquetes recibidos por los padres.

Araquistáin mantuvo siempre que aquellos estudios y tratados no eran suyos, que alguien los había puesto allí para incriminarle.

En aquella casa había crecido el niño Santos Araquistáin; aquellos

libros me resultaban un escaparate de la formación de su mente. Ojeé multitud de clásicos en su idioma original.

Que Araquistáin fuera un tipo de vasta cultura había despertado sesudos debates durante el juicio. Llegó a citarse al filósofo judío Lévinas, que tras ser apresado en un campo de concentración se preguntaba sobre la naturaleza de los gerifaltes nazis: capaces de ir a la ópera por la tarde y gasear niños por la mañana. La historia del siglo XX había demostrado que una vasta erudición es compatible con el monstruo que algunas personas llevan dentro. Yo mismo llegué a escribir entonces un artículo al respecto, que titulé *Los monstruos ilustrados*.

Como si hubiera venido sola a mis manos, abrí una primera edición de *Alice's Adventures Under Ground*, una versión primigenia de la historia de la pequeña Alicia que Caroll decidió publicar años después de que adquiriera fama su relato del país de las maravillas.

Hallé las palabras del prefacio, acaso subrayadas por la mismísima mano de Araquistáin:

> «*Those who see no divinity in a child's smile, would read such words in vain: while for any one that has ever loved one true child, no words are needed*».
>
> «Aquellos que no ven divinidad en la sonrisa de un niño, leerían tales palabras en vano: mientras que para cualquiera que alguna vez haya amado a un verdadero niño, no se necesitan palabras».

Se me vino a la cabeza aquel dibujo que había llegado a los padres de la cuarta víctima, en el que una letra infantil había escrito dos palabras: «embreado» y «emplumado». Tuve de inmediato la impresión de que una pesadumbre húmeda, pegajosa, chorreaba sobre mis hombros.

A medida que iba recorriendo las habitaciones de la casona palpé las paredes, los suelos. En alguna parte de mi cabeza se quejaba el juez Sedano. «Se creerá usted, plumilla, que no los buscamos por todas partes».

Me quedaba el sótano.

La bajada al sótano se abría en la cocina. Varias ollas bruñidas me reflejaron a la luz de la tarde; el orden que reinaba en aquella cocina ya lo hubiera querido yo para mi casa: cada espumadera, cada embudo, cada enser tenía su perfecta adecuación en el espacio.

Como en el cuento de Alicia, la puertecita que conducía al sótano estaba cerrada. Con una sonrisa torcida pensé que sería obligado beber de algún frasco con una nota que pusiese «Bébeme».

—¿Se puede bajar? —le dije a la mujer de la inmobiliaria desde el

fondo del pasillo.

—Espere que le abro —dijo ella.

Vino hasta la cocina revolviendo en el manojo de llaves.

—¿Le importa que no le acompañe?

—No.

La puertecita se abrió en un gemido de protesta.

Descendí los escalones, dejé atrás a la agente de la inmobiliaria y la luz del atardecer: me adentré en la oscuridad.

Allí dentro el aire pesaba. La linterna me reveló un espacio de unos treinta metros cuadrados; era difícil hacerse a la idea cuando estaba lleno de cachivaches y cajas. Casi todas estaban abiertas o destrozadas por el registro policial: contenían mohosos juguetes, muebles y ropa de la infancia de Santos Araquistáin; tan minuciosa era la forma en que se habían etiquetado y guardado aquellos recuerdos entre pliegos de papel como la de los enseres de la cocina. Allí no se había tirado jamás nada, desde el primer chupete al último cochecito metálico. De una de las cajas, rajada de parte a parte, se desmoronaban en dominó algunos de esos pijamitas que incluyen los pies: me resultó casi pornográfica aquella intimidad exhibida ante mí, y la cubrí con unos cartones. Los tablones del suelo habían sido retirados, los investigadores habían excavado en la pura tierra y allí, como balazos, permanecían todos aquellos agujeros.

Buscando posibles escondites secretos, recorrí cada centímetro, cada nido de araña y excremento de roedor que iluminaba la linterna; imposible permitirme el lujo de no ser meticuloso. Trataba de pensar como el asesino Araquistáin, de adivinarle; de algo me tenían que servir aquellas dos entrevistas, los meses de documentación sumergido en las actas del juicio, en la relación de artículos publicados ese año. «Yo los habría escondido aquí. O aquí».

No hallé ningún escondite secreto, sin embargo, ninguna falsa puerta. Un espejo de cuerpo entero, olvidado contra una esquina, llamó mi atención. Acaso yo, como Alicia, debía traspasarlo; quizás estuvieran allí los cuerpos de los niños, esperando al otro lado a que alguien los encontrara por fin.

Ocurrió cuando ya tenía un pie en las escaleras, dispuesto a subir de nuevo a la superficie: recordé al niño en un sobresalto, su recuerdo me saltó encima y se me agarró a la memoria.

En mi recuerdo, el niño estaba sentado de espaldas a mí, en la negrura; soy incapaz de decir si era allí, en aquel sótano o en otro sitio igualmente oscuro.

Recordando aquella imagen creí romper a gritar, de puro espanto.

Era una de las víctimas, reconocí sus ropas de haberlas visto en las

fotos del atestado policial.

En mi recuerdo, el niño vestía aquel pantaloncito de pana y el jersey que tenía cosidas dos coderas. Me daba la espalda, digo, y contemplaba la pantalla de una televisión que lo iluminaba con la luz azul, verde y roja de una película de dibujos animados.

Ni siquiera me despedí de la agente inmobiliaria. Abandoné la casa dando tumbos con un ataque de pánico, no sé cómo tuve cabeza para encaminarme hacia el coche y salir de allí con un acelerón. Recuerdo entre brumas aquellos momentos, dominado por la confusión y el miedo.

Al llegar a mi despacho dejé caer el cuerpo en la silla y marqué por teléfono la extensión del editor.

—Carranza…

Nos conocíamos desde hacía quince años y apenas me escuchó la voz supo que algo me pasaba.

—¿Te encuentras bien?

—¿Tenemos a algún especialista en fenómenos paranormales?

—¿En Siglo? —respondió—. No, hace un montón de años que cerramos esa sección. Desde los ochenta, me parece recordar.

—¿Conoces a alguien?

Carranza tardó un instante en contestar.

—En qué andas.

—Necesito a un especialista en parapsicología. Un tema personal.

—¿Tienes fantasmas en casa?

Atento al monitor de mi ordenador, yo andaba rebuscando en internet mientras hablaba con él.

—En la cabeza, más bien.

—¿Qué?

Aparecieron en el buscador varios estudiosos del asunto, casi todos colaboradores de programas de televisión; también libros versados en el tema y supuestos expertos anunciándose con publicidades hechas en powerpoint.

—Enrique de Villavicencio —dijo mi editor al otro lado del teléfono.

—Me suena.

—Colabora mucho en la tele. Fue director de *Momento cero*, hace años; supongo que él lo sabe todo sobre parapsicología. ¿Para qué lo necesitas?

—¿Tienes su teléfono?

—Sí, me parece que lo conservo todavía.

—Pásamelo cuando puedas.

Colgué, enfrascado ya en la lectura de varias web. La mayor parte

de ellas resultaban aproximaciones *amateur* de amantes de lo fantástico, fanáticos más o menos pirados que gustaban de recoger aventuras con ovnis y encuentros con fantasmas. Pocas, muy pocas, me parecieron serias, si es que cabe algún tipo de seriedad en el terreno de lo paranormal.

Me llegó al teléfono el contacto del tal Villavicencio.

Marqué enseguida. No tardó en responder al otro lado la voz rota de un fumador empedernido.

—Diga.

—¿Enrique de Villavicencio?

—Quién es —respondió.

—Me llamo Julio Solís, soy periodista de Siglo, me ha pasado su contacto Ulpiano Carranza.

—Ah —dijo él—, el amigo Carranza, sí. Cómo está.

Imagino que, por el tono de mi voz, supo ver enseguida mi grado de preocupación.

—Me gustaría que habláramos.

Estaba jubilado y, aparte de dar conferencias en círculos minoritarios y asistir a la tele, no hacía otra cosa más que leer, según él mismo me dijo.

Villavicencio y yo contactamos mediante videoconferencia. La imagen de su cámara web me mostró a un tipo barbudo, flaco y calvete, de ojos curiosos y manitas huesudas. A su espalda se alzaba una biblioteca morrocotuda, tan atestada de libros que muchos de ellos se hallaban amontonados entre fotos y recuerdos.

—Gracias por atenderme tan rápido, don Enrique.

—No —dijo enseguida—, pero tutéame, por favor. Y dale recuerdos al amigo Carranza, hace años que no sé de él.

—Se los daré de tu parte.

—Bueno, tú dirás; no sé si sabré responder a esas preguntas que quieres hacerme —dijo con sincera modestia.

—Seguro que sí. Estoy interesado en el tema de la «videncia»; si es que la cosa en cuestión se llama así, que yo no controlo mucho.

—¿Precognición? ¿Ser capaz de ver lo que va a ocurrir?

Fui incapaz de reprimir el rubor que me saltaba a las mejillas.

—Más bien lo que ya ha ocurrido.

—Sí, clarividencia —dijo muy seguro—. Retrocognición. Obtener información sobre un objeto, una persona o un lugar mediante percepción extrasensorial. Ocurre habitualmente en individuos sumamente sensibles.

—«Percepción extrasensorial» —repetí—. Percibir más allá de los sentidos, supongo.

—Con la mente, sí.

—¿Pero hay estudios serios sobre el tema?

—A miles. Serios y no serios, eso sí —respondió. Villavicencio me observaba lleno de curiosidad desde detrás de las gafitas de metal—. Qué te preocupa.

—No, nada, es… para un artículo que estoy escribiendo —dije yo. No había que ser clarividente para saber, por mis nervios, que no se trataba solo de eso—. ¿Entonces es posible… conectar de alguna manera con un acontecimiento que ya ha pasado? ¿Recordarlo igual que si uno lo hubiera vivido?

Puso cara de extrañeza y alzó un dedito para incidir en eso.

—¿Recordarlo, dices?

—Que le venga a uno a la memoria, como si fuera un recuerdo.

—La retrocognición no funciona así…, creo. No aparece en forma de recuerdo, sino más bien… como una proyección mental. Igual que si estuvieras viendo una película, digamos. Desde fuera, ¿comprendes? No desde dentro, que es lo que tú dices.

—¿Entonces cómo se llama a lo que yo me estoy refiriendo?

Esta se la tuvo que pensar durante unos segundos. Apoyado el pulgar en el pómulo, se tapaba la boca con el índice.

—¿Un fenómeno de regresión, quizás? El recuerdo dormido de una vida pasada.

—¿Como el que recuerda que fue Napoleón?

—O que vivió en Egipto hace tres mil años —dijo él.

—No, eso no puede ser. Son recuerdos de hace pocos años.

Me hallaba exhausto, falto de sueño, y volvía a dolerme la cabeza. Agradecí al experto su ayuda y di por concluida la conversación.

—Despersonalización —dijo Enrique de Villavicencio antes de cortar la videollamada.

—¿Qué?

—Puede que no se trate de nada paranormal, ¿has pensado en eso? Que se trate de un trastorno mental transitorio. Debido al estrés, seguramente. —Y añadió—: Despersonalización. El sujeto se convierte en testigo de procesos mentales y sensaciones corporales que no le parecen suyas.

Al llegar a casa esa noche me recibió la misma quietud de siempre, la soledad callada y a oscuras de mi recibidor y mi cuarto de estar, de la cocina. Me había detenido a mitad de camino para comprar un par de libros y los dejé en la mesilla de la entrada; uno era un tratado de parapsicología; el otro una relación de ensayos clínicos de pacientes afectados de estrés.

Calenté en el microondas la primera porquería congelada que

encontré en la nevera y me dispuse a cenar delante de la televisión.

Andaba rumiando el primer bocado cuando sonó un tic en el teléfono. Reconocí el nombre que anunciaba la pantalla.

> «Mañana salgo de viaje —decía el mensaje—, pero tengo un rato ahora, si te viene bien. ¿En el café de la esquina?, donde antes estaba la heladería».

Tecleé con el pulgar.

> «Voy para allá. 15 min».

Hacía años que no la veía, pero estaba igual; el pelo algo más corto, quizás. Nos saludamos con un beso.

—Prima, ¿cómo estás?

—Qué pasa, primo. Tiempo sin verte. A qué se debe la sorpresa.

—Vamos a entrar, te invito a un café.

Entramos en el café de la esquina. Allí habíamos echado muchas tardes ella y yo, con la pandilla, cuando era todavía una heladería. Pedimos descafeinado los dos y tomamos asiento. Nos pusimos al día respecto de nuestras respectivas vidas; la suya con algunos cambios y ningún cambio en la mía.

—¿No te apetece echarte novia, primo?

—Tendría que encontrar a alguna que me aguantara. Y tú, ¿has metido a muchos mangantes en la cárcel?

—A menos de los que quisiera —respondió—. Ser fiscal es muy cansado, estoy pensando en montar mi propio bufete con una amiga. Querríamos trabajar para algún banco o para alguna tabacalera mafiosa, ganando una pasta.

Compartimos unas risas y compartimos algunos recuerdos nostálgicos de la adolescencia.

—Precisamente de eso quería hablarte —dije—: de recuerdos. ¿Tú te acuerdas de un invierno que estuvimos las dos familias en una casa de campo? Estábamos jugando y yo te perseguía, me caí al suelo y me hice un corte en la mano. Mi madre se puso como loca porque sangraba que daba miedo verme.

—No me acuerdo —dijo mi prima—. Sería el año de la Tana.

—Yo con unos cuatro o cinco y tú con ocho o nueve.

Mi prima negó con la cabeza.

—No era yo.

—¿No eras tú?

—La del recuerdo ese, no puedo ser yo. Acuérdate, mis padres se mudaron a Logroño cuando le dieron la dirección del Banco Popular, estuve allí desde los siete a los doce.

Me quedé perplejo.

—No puede ser, si me acuerdo que eras tú.

—Es un falso recuerdo —dijo ella.

—¿Un qué?

—Los recuerdos son muy frágiles, estamos hartos de verlo en el juzgado. En cuanto pasa un tiempo la gente los cambia, quita personas, pone personas, añade detalles que no existieron, olvida otros que sí… No te puedes fiar mucho de los recuerdos porque tendemos a cambiarlos, primo: yo no era la niña con la que jugabas en la casa de campo esa.

No estaba lejos de mi apartamento y volví dando un paseo. Las nubes ocultaban la luna, recordaban a esas mantas ásperas que de niño te dan en los campamentos. Alguien debió escurrirlas allá arriba y comenzaron a caer gotas, que enseguida derivaron en chuzos. Apuré el paso hasta casa; entre farola y farola me cruzaba con flashazos de rostros; tenía la gabardina empapada.

Cuando estaba a punto de entrar en el portal escuché a mi espalda la puerta de un coche, que se abría.

—¿Julio Solís?

Frente a la puerta de casa y desde dentro de un Renault, asomaba un hombre. No lo reconocí entonces, a pesar de que lo había visto varias veces en el juicio.

—Soy el padre de Daniel Noya —dijo. Había en la expresión de su rostro una máscara de abatimiento, la tristeza de la que no había conseguido desprenderse desde la desaparición de su hijo—. ¿Le importaría que habláramos un momento?

El padre de Daniel Noya era un reumatólogo de cierto prestigio y a resultas de ciertas dotes naturales de liderazgo se había erigido en portavoz de los padres de las víctimas. Había perdido casi todo el pelo.

El interior del Renault olía fuerte, a perro mojado; retiró unas carpetas del asiento del copiloto y las echó atrás, donde esperaban amontonados cinco grandes sacos de pienso.

Tomé asiento junto a él. Di un portazo al entrar y quedaron tamizados los sonidos del exterior.

—Le voy a dejar mojado todo esto.

—No se preocupe, mire cómo tengo el coche. Perdone el olor, pero tenemos unos dieciocho animales en el refugio.

También él apestaba a perro mojado; entendí que ya no se dedicaba a la reumatología. A la esposa yo no la había visto nunca, ni siquiera en el juicio: según mis noticias, le afectaba tanto todo el proceso que era incapaz de hacer otra cosa que dormir y se pasaba los

días empastillada.

—Me he enterado —dijo enseguida— de que está usted entrevistando a Araquistáin.

Asumí que ahí vendría la ristra de reproches, por darle yo voz a un asesino, y antes de que me dijera más, ya estaba justificándome.

—Está muriéndose, tiene un cáncer terminal. Mi intención es sonsacarle dónde ocultó los cuerpos… de los niños.

Se quedó con la vista clavada en las gotitas que resbalaban hacia abajo en el cristal. Ninguno de aquellos padres y madres desdichados habría permanecido indemne: a Noya se le advertían ciertos instantes de ausencia.

—¿Usted le vio en el juicio?

—Fui a todas las vistas, sí.

—Soltero, poco dado a relaciones sociales, culto, hiperacúsico… Con aquella jodida cara, aquella actitud engreída y aquellos guantes que no se quitó nunca durante aquellas semanas…, Araquistáin tenía escrito en la frente «soy más raro que un perro verde».

El experto de la defensa había descrito su síndrome como «trastorno neurótico, con hipersensibilidad a los estímulos sensoriales»; más fortuna hizo el término de un psicólogo de la televisión: «PAS hipertrofiado». Nada de aquello, por supuesto, hacía acreedor a Araquistáin del mérito para ser un asesino.

El padre del niño Noya aferró el volante.

—¿Considera usted que las pruebas contra él eran concluyentes?

—Así lo consideró el jurado y así lo ratificó luego el tribunal.

De tanto convivir con perros había adquirido un gesto canino: levantó el labio mostrando los dientes.

—Todas. Todas y cada una de las pruebas contra Araquistáin eran circunstanciales. No había ni una definitiva.

—No… no entiendo.

—¿Restos en su armario del mismo pegamento con que había sido construido uno de los paquetes macabros? ¿Testimonios de algún vecino cotilla que le había visto salir del chalé cargando un saco? ¿Misteriosas ausencias del colegio en que era profesor, que Araquistáin no supo justificar?

—Había más evidencias.

—El caso era una patata caliente que ardía en las manos de la policía. Con cada nuevo secuestro la calle se ponía más y más furiosa; todos los padres se veían reflejados en los padres de los niños desaparecidos, todos temían ser el siguiente. La gente demandaba un culpable, ocurre siempre. Usted que es periodista sabe mejor que yo para quién se organizó aquel juicio, señor Solís. No para encontrar a

un asesino, sino para entregarle a la gente la cabeza de un chivo expiatorio.

Nos rodeaba el repiqueteo de gotitas golpeando el metal del Renault.

—Pregúntese ahora otra cosa —añadió—. Llevan años con ese hombre en su poder, le han interrogado de todas las formas posibles. ¿Y si en realidad no tiene ni idea? ¿Y si en realidad no fue él?, ¿sabe lo que eso significaría?

Tras una de esas ausencias fue él quien se contestó a sí mismo:

—Significaría que el Hombre del saco sigue ahí fuera. El monstruo que se llevó a mi hijo.

Al entrar en casa encontré la cena abandonada sobre la mesa baja del cuarto de estar; resultaba más desoladora que nunca la soledad y el silencio; por primera vez se me ocurrió que era yo quien traía de fuera todo aquello, y que mi apartamento no hacía sino acoger lo que yo llevaba conmigo.

Recogí los platos, los metí en el lavavajillas, me lavé los dientes y directamente me acosté.

La noche la pasé intranquilo, en un duermevela que me mantenía alerta y despierto a pesar de estar dormido.

Por la mañana fue peor.

Estaba preparando el desayuno cuando apareció otro de aquellos recuerdos perdidos; el más dramático y terrible; ojalá nunca hubiera vuelto.

En mi recuerdo me hallaba sentado ante la famosa mesa del comedor y construía con mis propias manos uno de aquellos envíos macabros que luego terminarían en manos de alguno de los padres. Solo que no reconocí esta pieza, no recordaba haberla visto en las pruebas aportadas durante el juicio.

Caí al suelo de espaldas, presa del miedo.

Ni media hora tardé en acercarme donde el exjuez Sedano. Acababa de llegar a su bar de costumbre, en la esquina de la calle, y desayunaba unos churros con chocolate. Tomé asiento a su mesa, jadeando por la carrera y sudoroso.

—¿Ha visto un fantasma, Solís?, está muy pálido. ¿Quiere unos churritos? Están recién hechos.

—No, no quiero nada. ¿Cree usted en los fenómenos paranormales, Sedano?

—¿Qué? ¡Arturo! —le dijo al camarero, con una voz—, unos churros para mi amigo.

—Sedano, escuche. —Lo agarré por el antebrazo—. Yo no creo

mucho en estas cosas; o no creía, más bien. —Comprendí que dijera lo que dijera iba a ser interpretado como una locura. Trataba de armar las piezas para exponerlas de una manera convincente—. Tengo mis reservas acerca de que Araquistáin sea el condenado Hombre del saco.

—De qué me habla.

—Que no creo que él lo hiciera.

Me dejó hablar sin quitarme los ojos de encima mientras daba un bocado al churrito.

—Sedano —añadí—, el Hombre del saco sigue ahí fuera, suelto, y me temo que ha secuestrado a otro niño.

—Qué cojones le hace pensar eso —respondió.

—Sé… —Me contuve—. De alguna manera que no puedo contarle, *sé* que está preparando otro de sus paquetes macabros, otro envío.

Le describí la obrita de arte que recordaba haber visto esa mañana y que yo, por muy disparatado que sonara, interpretaba ya como una percepción extrasensorial de algo que estaba ocurriendo o que iba a ocurrir. Le describí a Sedano el que sería un nuevo paquete; los botones rojos, la figura ahorcada colgando de un patíbulo de colorines, las manchas de sangre.

A medida que yo hablaba, iba cambiando la expresión del antiguo juez.

—Tenemos que hacer algo —concluí—. Tiene usted que avisar a sus colegas de la judicial para advertirles.

Sedano arrugó la servilleta que pasaba por su boca, parecía indignado.

—Cómo carajo sabe usted eso —preguntó.

—¿Qué?

—No fue culpa mía, ¿comprende? Se perdió en la cadena de custodia, por obra y gracia de algún policía inútil. A mí me jodió más que a nadie.

El camarero puso sobre la mesa mi chocolate y mi platito con churros.

—Sedano, ¿de qué cadena de custodia me habla?

—¿No se está refiriendo a uno de los envíos del Hombre del saco? Lo llamamos «El ahorcado». No pudimos incluir esa evidencia en el juicio porque se traspapeló en el almacén de pruebas, perdido en la cadena de custodia por culpa de algún idiota.

—Espere —dije—. ¿Quiere decir que fue uno de los envíos que hizo el asesino hace cinco años?

Todavía fui incapaz de atar los cabos y razonar el por qué recordaba yo haber hecho aquel paquete; y el exjuez no me dio tiempo a mucho más, porque ahora fue él quien me agarró el antebrazo.

Apretaba igual que si no quisiera dejarme marchar.

—Nadie llegó a ver nunca ese envío, solo nosotros, los padres… y el asesino. ¿Cómo recontramierda sabe usted lo de «El ahorcado», Solís?

Tenía el bigote sombreado de chocolate y los ojos inyectados en sangre.

—¿Hay algo que quiera contarme, Solís? —dijo entre dientes—. ¿Tuvo usted relación con Santos Araquistáin hace cinco años?

—¿Qué?

Apretaba. Disparó a bocajarro.

—Solís, más vale que lo diga ahora y colabore; por su bien se lo digo. ¿Participó usted *de alguna puta manera* en la desaparición de aquellos niños?

Retiré el brazo de golpe y me puse en pie. También él se incorporó, igual que un tigre dispuesto a saltar sobre su presa. Insistía, más furioso a cada frase:

—Solís, me cago en la puta, ¿colaboró usted con Araquistáin?

Caminé hacia la puerta, llevado por el miedo. A mi espalda resonaba su voz.

—Solís, ¡colabore! ¡Solís, vuelva aquí! ¡Haga el favor de volver!

Atravesé la puerta del bar ante los ojos extrañados del resto de parroquianos y gané la calle igual que si me faltara el aire. No recordaba dónde había aparcado el coche y vagué sin rumbo, perdido y confuso, incapaz de pensar en otra cosa: era yo, lo recordaba tan claramente como si hubiera ocurrido ayer; era yo quien había preparado el envío del quinto niño desaparecido, quien armé aquellos botoncitos rojos y pinté con sangre aquel patíbulo de juguete; era yo, solo que lo había olvidado hasta hoy, quien había construido uno de las pruebas de muerte más macabras que llegaran a aquellos padres desdichados: «El ahorcado».

Salió del portal y yo abandoné la esquina de la calle y caminé tras él. Se dirigía al restaurante de la esquina, y estaba a punto de entrar en el local cuando lo abordé desde atrás.

—Doctor.

Se giró para enfrentarme. Resaltaban, como hechas a juego, las gafitas redondas sobre la redonda cara y la perilla.

—¿Sí?

—Me llamo Julio Solís, soy periodista de Siglo. Usted fue uno de los peritos de la acusación en el caso de El hombre del saco y yo estoy entrevistando a Santos Araquistáin, investigando un poco todo aquello.

—Ah sí —dijo el psiquiatra—. Leí en algún sitio que le habían

detectado un cáncer.

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

Le resultaban extrañas mis ansias evidentes. Pretextó que iba a comer.

—Son solo un par de preguntas —dije yo.

Accedió a condición de que no le quitara mucho tiempo, necesitaba regresar a su consulta en media hora, y hablamos allí mismo, a la puerta del restaurante.

—Doctor, ¿en su opinión profesional es posible mantener algo olvidado durante muchos años?, no todo, digo, sino algún acontecimiento muy específico.

—¿Amnesia selectiva?

—¿Se llama así?

Se subió las gafitas con el dedo regordete.

—La amnesia psicógena aparece tras un acontecimiento estresante o un conflicto. En el trastorno por estrés postraumático y en el trastorno por estrés agudo puede existir amnesia del acontecimiento traumático, desde luego, hay mucha bibliografía al respecto.

—¿Quiere usted decir que puedo olvidar algo dramático que me ocurrió en cierto momento? ¿Vivir el resto de mis días sin tener consciencia de que eso pasó?

Tuvimos que apartarnos para que una pareja entrara en el restaurante.

—La amnesia disociativa es bastante común —añadió el hombrecillo—. ¿Cree usted que Araquistáin sufre de amnesia, señor?

Retrocedí un par de pasos, perplejo.

Hablando con él me había venido a la cabeza otro de los recuerdos. Me temblaban las manos y fui incapaz de reprimir las arcadas: tuve que echarme a un lado para vomitar entre dos coches.

—Pero hombre —dijo el psiquiatra, alarmado ya—, ¿está usted bien? ¿Quiere que subamos a la consulta?

Acababa de recordarme a mí mismo metiendo en un saco el cuerpecito de uno de los niños.

Estaba verde al atravesar la puerta de la redacción, verde de náuseas y de miedo. Puedo decir con pleno conocimiento que es tan frágil la frontera que rodea la locura que apenas basta un paso para franquearla; sentía yo entonces que había dado ese paso y que me adentraba en un terreno pantanoso: era incapaz de ver más allá de mis narices, de ordenar aquellos pensamientos míos; daban vueltas y vueltas en la centrifugadora que era mi cabeza.

Caminé hacia mi despacho atravesando las mesas de los compañeros de Siglo; no faltó quien, advirtiendo mi gesto, me

contemplara extrañado.

—Solís —me dijo alguien—, ha dejado dicho Carranza que en cuanto aparezcas te pases por su despacho.

—Ahora voy —respondí yo como en un sueño. Tuve la impresión de que era otro el que hablaba.

Me refugié en el despacho, cueva sacrosanta en la que podría ordenar mis pensamientos. Tomé asiento ante la mesa y encontré un aviso pegado con *pósit* en el monitor. «Ha llamado Enrique de Villavicencio. Que está intentando dar contigo y que le llames».

Acaso queriendo escapar del mundo, me tapé la cara con las manos.

Había sido yo. Yo era el Hombre del saco, por más que apenas recordara retazos de todo aquello. En el trayecto corto desde la consulta del psiquiatra hasta la redacción de Siglo, los recuerdos habían ido apareciendo a golpes, abriéndose paso a machetazos en mi memoria: creía notar ensangrentado el interior de la cabeza. Yo construyendo el primero de los paquetes; yo llevándome de la manita a Daniel Noya, saliendo juntos de un parque; yo estrangulándolos, apretando sus cuellos con mi manos desnudas, contemplando impertérrito sus ojitos aterrados.

Hube de vomitar otra vez, aproveché la papelera.

Estaba jadeando y exhausto, me temblaban las manos y creí tener fiebre; sentía el cuerpo como si me hubieran pegado una paliza, baldado, rendido.

No había otra explicación: las fechas coincidían, las desapariciones de los niños ocurrieron en mis años peores, los años de alcohol y farlopa, de resacas y olvidos. No sé qué guitarrista dijo aquello de «Me pasé drogado toda la década de los ochenta, no recuerdo ver crecer a mis hijos». Tampoco yo me acuerdo de muchas de las cosas que debieron ocurrir hace años; ni rastro en la memoria de cuando escribí mi artículo más celebrado, el más premiado; de los amigos que hice y de los amigos que perdí; ni rastro de los meses que pasé borracho.

—Tuvo que ser entonces —balbuceé con la papelera en la mano. Me tapé la boca, presa del terror, como si con aquella garra pretendiera ahogar el grito que me subía por la garganta.

Me observaban como si caminara ante ellos un cadáver, cuando abandoné la redacción. Acaso algo dentro de mis compañeros advertía de manera inconsciente que era yo el asesino; acaso podían olerlo, igual que huelen los corderos la presencia del lobo.

Caminé sin rumbo hasta que se me ocurrió llamar a la prisión y hablar con Araquistáin. ¿Qué pensaría él cuando le contara que sabía de su inocencia?, que llevaba cinco años en la cárcel cumpliendo la

pena que me correspondía a mí.

Llamé, sí, y me informaron de que se había agravado su estado. Permanecía desde la noche anterior en el hospital San Carlos, recibiendo cuidados paliativos.

Y hacia allí me encaminaron solos los pasos, mientras andaba y andaba con la mirada extraviada de un demente y acudían a mí más recuerdos espantosos; aspectos horribles de mis crímenes, tan nítidos como si los hubiera cometido horas atrás. Recordaba olores, tactos, cada detalle infinitesimal de los asesinatos, con la exactitud de quien en efecto los ha vivido.

Camino del hospital me pregunté quién era yo, quién realmente, y qué oscuros motivos me habían movido a lo largo de aquellos meses que duraron los secuestros. Cómo es posible que el alcohol y las drogas hubieran cambiado tanto lo que yo era. O acaso aquel, el *otro*, a quien tanto me costaba reconocer, era el Julio Solís real y este no fuera sino una máscara, una mentira.

Tuve miedo. Temí recaer en mis viejos hábitos y que volviera a salir el monstruo. Temí reanudar los secuestros y temí también olvidar mis crímenes después, como me había sucedido ahora. Cuántas cosas más no habría hecho, pensé, y que ahora no podía recordar. Cuentan que los muertos, antes de ser reencarnados bebían de las aguas del río Lḗthē, a fin de olvidar quiénes habían sido. Cómo ansié yo beber de aquellas aguas y olvidar quién era; recomenzar una existencia nueva, sin el lastre de mis recuerdos. Es la memoria quien conforma nuestra identidad; somos lo que recordamos.

Y los macabros recuerdos persistían, aparecían más a cada paso que me llevaba hasta el condenado hospital y hasta Santos Araquistáin.

Entré por la puerta L y accedí a la zona de Consultas. El cuarto de Araquistáin se había dispuesto en la planta Baja Sur, al final de una unidad destinada a infecciosos y que ahora permanecía vacía.

Hacían guardia ante su puerta dos policías. Uno de ellos examinó mis credenciales mientras el otro consultaba por teléfono al director de la prisión. Aún muriéndose Araquistáin toda prevención era poca: había llevado consigo al hospital aquel miedo ancestral que provocaba su figura.

Se me permitió acceder unos minutos a la habitación.

Rodeado de aparatos, el preso apenas hacía bulto bajo aquellas sábanas color gris grafito, etiquetadas con el nombre del San Carlos.

Cuando me reconoció sonrió de medio lado. Sonó la cuerda, con su sonido de tripa:

—Ya no podremos terminar las entrevistas.

No supe ni cómo abordar lo que venía a confesarle.

—Señor Araquistáin… Yo…

A pesar de que siempre nos habíamos comportado con una distancia cordial, pareció sorprenderle el formalismo con que ahora le hablaba. Cerró los ojos, buscando el aire del respirador; más parecía robarle el aliento que otra cosa.

Adelanté un paso hacia la cama.

—Hay una cosa que tengo que contarle —dije.

Me miró desde detrás de aquella máscara de plástico, los ojos más pequeños que nunca, el gesto más rendido que nunca. Respiraba con dificultad.

Allí, de pie ante él como quien se expone ante el juez que habrá de sentenciarle le detallé cada uno de los espantos que había recuperado de mi memoria: los botones rojos y las coderas del jersey, el *collage*, las pequeñas matas de pelo. Hice hincapié en los injustos años de condena que había tenido que cumplir; años que me pertenecían a mí y no a él. Culpas que me pertenecían a mí y no a él.

Acabé de hablar, se hizo el silencio.

Nada dijo. Tampoco expresó nada con el gesto. Me miraba en silencio, con los ojos vacíos, sin vida. Ya no respiraba, se había acabado el murmullo de sus pulmones.

A la llamada de esta muerte no acudió ningún médico alarmado, como ocurre en las películas cuando a alguien le falla el corazón en un hospital; ninguna enfermera, ninguno de los dos policías que custodiaban el cuarto: nadie iba a venir para tratar de reanimar al asesino Santos Araquistáin.

Contemplé por última vez el rostro del llamado Hombre del saco. Los agujeros negros de los ojos resaltaban sobre la piel blanquísima. Tuve unas ganas inmensas de llorar. Acaso un testigo desavisado me habría preguntado si lloraba por él.

La muerte de aquel compañero imposible me había dejado completamente solo. Había muerto la única persona en este mundo que podría entenderme. Quizás la única que podía perdonarme.

Esa tarde la pasé dando vueltas por la ciudad disfrazado de Raskólnikov, atormentado por el dolor y la culpa. Me hallaba, como él, frente al último capítulo de mi crimen. Fue acodado contra el bordillo frente al río, contemplando el agua, que decidí entregarme.

La sola idea de presentarme en una comisaría, sin embargo, se me antojaba insoportable. «Me llamo Julio Solís y soy el Hombre del saco. Puedo darles ahora mismo detalles de todos mis crímenes. Deténganme, por favor. Enciérrenme antes de que vuelva a

emborracharme y asesine a otro niño».

Lo verdaderamente terrible del caso es que, a la mañana siguiente, en plena resaca ya, nada recordaría, igual que si no hubiera ocurrido. Mucho marcó mi adolescencia el relato del amigo Stevenson: qué amarga se volvía ahora aquella lectura, a la luz de lo que yo era.

¿Y qué era yo en verdad, por cierto?, me pregunté de nuevo, ¿el buen doctor o el oscuro caballero?

A las puertas del bar de costumbre, que estaba ya cerrado, llamé por teléfono al exjuez instructor Sedano. No tuve respuesta.

En cambio fue a mí a quien llamaron al móvil. Se trataba de Enrique de Villavicencio. No quise responder.

El portal del edificio estaba abierto y encaminé los pasos escalera arriba, hacia la casa del juez; acaso de su mano sería menos dramática mi entrega, él sabría cómo hacer. Solo imaginar su rostro al contarle la verdad me revolvía el estómago.

Al enfrentarme a la puerta de su apartamento me sobrecogió un sudor frío. Estaba entreabierta. Nada se escuchaba en el interior, la luz estaba encendida.

—¿Sedano? —pregunté.

No hubo respuesta.

Entreabrí algo más; asomé la nariz.

El recibidor daba a un saloncito pequeño con cocina, las paredes estaban cubiertas de grandes estanterías repletas de libros. Resultaba inquietante el silencio, apenas roto por el débil tictac de un reloj de pared.

—Señor juez…

Me sobrecogió de repente el temor a que Sedano estuviera allí dentro, en algún sitio, herido o muerto. Apreté los puños y deseé no recordar de pronto haberle abierto la cabeza, haberle estrangulado. Qué miedo sentí; qué miedo tan espantoso.

—¿Sedano?

Avancé un paso hacia el interior. Solo me movía el temor de hallarle malherido en el interior de la casa, incapaz de pedir socorro.

—Sedano, soy Solís —anuncié—. Voy a entrar.

Confieso el alivio que sentí al no descubrir el suelo ensangrentado, o su cuerpo allí tendido, con la cabeza abierta como un melón maduro.

Eché un vistazo al resto de la casa y me tranquilizó al fin que no estuviera el juez. Suspiré y regresé al saloncito de la biblioteca para esperarle.

Había por todas partes diplomas y títulos, incluso algunos premios; ninguna foto personal, yo sabía que se trataba de un hombre soltero

que apenas conocía otra vida que la de la judicatura, a excepción de una donde aparecía el rey saludando a Sedano en algún acto protocolario. A lo largo de las paredes llamaba la atención semejante cantidad de libros y tomos antiguos, incluida la Enciclopedia Jurídica Española de 1910 editada por Francisco Seix y la Historia de la legislación romana de 1855, de José María de Antequera.

El exjuez Sedano seguía trabajando pese a la jubilación: sobre la mesa de centro, en medio de la estancia, se amontonaban varios libros de consulta junto a una delicada escribanía del siglo XIX y unas cuartillas de viejo papel apergaminado en el que había estado tomando notas. Me resultó curioso uno de los libros, un ejemplar del año 79 de la colección Otros Mundos, de Plaza y Janés, escrito por un tal Lamberto Arróniz y en cuya portada volaba un viejo dragón.

Me inquietaba tener que enfrentar al juez cuando apareciera. No era eso lo peor, sin embargo, sino lo que vendría después: habría yo de arrostrar al mismo escarnio público al que se había sometido Araquistáin. El terror a sufrir estas hieles me invitaba de cuando en cuando a escapar y evitar mi captura.

¿Pero adónde iría? ¿Sabría yo convertirme en un forajido? Todo eso tenía sentido en la ficción; semejante prueba, sin embargo, resultaba insoportable para una persona real, cuando no ridícula.

Un pensamiento nubló mi razón durante un instante: ¿no sería más fácil emborracharme y dejar que *el otro* tomara el control?

Acudí hasta la península que separaba el salón de la cocina y agarré con fuerza la botella de vodka mediada con la que se regalaba el señor juez a diario.

Contemplé la etiqueta como Alicia antes de beber del frasco. «Bébeme», decía.

Se me hacía casi irresistible la tentación de escapar así de la realidad, para que fuera *el otro* quien decidiera, y no yo. Para que fuera *él* quien sufriera.

Desenrosqué el tapón de la botella y, acaso movido por unas fuerzas ajenas a mí, eché un trago de la botella. Bajó por la garganta el líquido mágico.

Creí enloquecer por fin. ¿Ocurriría de pronto la transformación o al cabo de unas horas? ¿Me despertaría al día siguiente cubierto de sangre sin recordar nada?

El timbrazo del teléfono me hizo dar un respingo.

No recuerdo haber respondido la llamada. Quizás era ya *el otro* quien accionaba la pantalla del teléfono.

—¿Solís? —dijo al otro lado una voz rota por el tabaco—. Soy Enrique. Enrique de Villavicencio.

Fui a decir algo, pero ninguna palabra acertó a salir de mi boca.

Insistió:

—¿Solís?

—Sí —dije en un hilo de voz, aferrando la botella. Quería pedir auxilio y gritar que estaba a punto de perder la cabeza, a punto de cruzar la débil frontera para no volver.

—Solís, estuve pensando en lo que me preguntó, ¿sabe?, acerca de la memoria, los recuerdos, todo aquello. Me fastidia cuando no doy con la clave de las cosas y me quedé dándole vueltas. He estado consultando algunos libros.

Eché un trago largo de la botella sin escucharle, ávido por escapar, cuando la voz quebrada dijo el otro lado del aparato:

—«Tinta de muertos» —dijo Villavicencio—, así la llaman.

—¿Qué?

—Tinta de muertos, querido amigo. Se trata de una magia ancestral china conocida por muy pocos; la practicaban ciertos monjes en un olvidado monasterio de las cordilleras de Tian Shan.

Yo acababa de tentar otro trago largo del vodka. Resbalaba un hilillo de saliva barbilla abajo y balbuceé.

—Qué-qué…

—La fabricaban con los *jiǎ gǔ wén* o «huesos oraculares», huesos grabados con escritos heredados de enterramientos de una dinastía muy anterior, mezclándolos con una variedad desconocida de plantas y hierbas.

Sus palabras martilleaban mi cabeza, no callaba. Apreté los dientes.

—Enrique —murmuré—. Es muy mal momento para mí.

—Ah caramba —replicó—. Lo siento, pensé que le interesaría saberlo.

Iba yo a colgar, estaba a punto. Estas fueron las últimas palabras que escuché al otro lado del teléfono, preocupadas:

—Amigo Solís, alguien le está embrujando con tinta de muertos.

Tic, colgué. El sonido se cruzó con el de la puerta del apartamento a mi espalda, que alguien cerraba despacito.

Allí se dibujaba la figura del exjuez instructor Martín Sedano. Su rostro, lívido, tan espantado como el mío, anticipaba nubes de tormenta.

—Qué cojones hace en mi casa, Solís —preguntó.

—E-estaba abierto. Perdón.

—Bajé un momento al cuarto de máquinas a poner más fuerte la caldera —dijo. Adelantó un paso hacia mí, receloso—. Qué hace aquí,

qué quiere, aparte de beberse mi jodido vodka.

Como si la botella me quemara la dejé a un lado, sobre la mesa del comedor. Juro por todo lo sagrado que me habló el dragón de la portada de aquel libro; o quizás fue solo que descubrí el título del ensayo de Lamberto Arróniz.

La voz calma de Sedano parecía hablar por el dragón.

—Haga el favor de salir de mi casa ahora mismo.

Era un hombre cercano a la sesentena, pero no transmitía el más mínimo miedo; hablaba con la apostura y seguridad de quien está acostumbrado a ser temido.

—¿Me oye, Solís?

El vodka era fuerte y era bueno, me sentí algo mareado y me agarré con una mano a la mesa, allá donde el juez había estado escribiendo.

—Había venido a contarle… —murmuré.

Las cuartillas de viejo papel de arroz me resultaron tan inquietantes como la vieja escribanía del siglo XIX.

Leí lo que allí estaba escrito.

Fue como si el mundo se me viniera encima, creí que caería redondo allí mismo: qué mejor ocasión que aquella para derrumbarse desmayado, como ocurre en las novelas decimonónicas; y me temblaron las piernas, en efecto.

El juez adelantó otro paso hacia mí.

—Salga de mi casa, Solís —insistió.

Solo que había un matiz esta vez, casi un lamento. Hablaba en un hilo de voz.

—No tenía que haber venido —dijo después.

Contemplé su cuerpo avejentado, sus ojos de perro rendido que ya no espera nada de la vida. He visto antes ojos como esos, muchas veces, a lo largo de mi carrera; casi siempre detrás de una reja.

—Por el amor de Dios, Sedano —murmuré.

El cansancio me nublaba los ojos, o quizás era el vodka; fui a dar otro trago pero advertí que ya no tenía la botella en la mano y que estaba sobre la mesa, casi acabada. Reconocí la mesa.

Él nada respondió.

Recordé los ojos negros de Santos Araquistáin, apagados ya de vida, y, para mi sorpresa, reí.

Es posible que el juez leyera mi mente, o que fuera tan listo, es posible, que anticipara lo que yo estaba pensando. Tomó aire por la nariz.

—Araquistáin ha muerto —dijo—. El mundo necesita otro culpable.

Yo sonreía todavía. Ocurría todo ante mis ojos como en un sueño, yo era el protagonista del cuento macabro que los niños cuentan ante la hoguera de un campamento.

Extendí mi mano hacia él como quien la ofrece en señal de paz. A él le desconcertó este gesto y la contempló igual que analizando una posible amenaza.

—¿Quiere que le estreche la mano?

—Por qué no —respondí—. Hemos estado juntos en esto.

No había asomo de miedo en sus ojos, desde luego.

El exjuez instructor Martín Sedano sonrió también y estrechó mi mano en un apretón fuerte.

—¿Y después? —preguntó.

—Después —dije yo—, llamaremos a la policía y echaremos un ojo a esa caldera del sótano.

Fue tal y como yo sospechaba: sosteniendo su mano con fuerza yo la sentía con claridad, pese al vodka, pese al mareo y al miedo espantoso que tenía en ese momento. Sentía aterrado la cicatriz de su mano.

Sobre la mesa y junto al libro de Lamberto Arróniz, *Magia ancestral china*, escrito en una de aquellas cuartillas de viejo papel de arroz con la tinta de la escribanía, encabezaba una lista de muchas, muchas, muchas frases. Allí podía leerse: «Me recuerdo con siete u ocho años corriendo detrás de mi prima, persiguiéndola en uno de nuestros juegos infantiles. Era invierno, estábamos en el campo. Me caí y me hice un corte en la mano».



JOSE GIL ROMERO (Las Palmas de Gran Canaria, 1971) y GORETTI IRISARRI (Vigo, 1974) forman un tándem creativo desde hace más de veinte años. Tras licenciarse en Comunicación Audiovisual, crean un exitoso colectivo de cortometrajes, galardonados con más de cuarenta premios en diversos festivales. Tras esto vienen años de trabajo conjunto en el mundo del guion de cine, la ficción televisiva o la animación, donde desarrollan proyectos propios y ajenos.

En 2011 fundan con otros compañeros el colectivo editorial y revista *La Playa de Madrid* donde realizan crítica de literatura y cine, además de ediciones experimentales. José Gil Romero ha sido profesor de diseño, narrativa cinematográfica y teatro; Goretti Irisarri ha obtenido un DEA en Filosofía con una tesina sobre Poe y ha publicado artículos en diversas revistas culturales.

Actualmente se encuentran preparando dos proyectos para televisión: *Todos los muertos* y *Mercenario don Quijote*.